

FELIPE II

v

EL CÓNCLAVE DE 1559

SEGÚN LOS DOCUMENTOS ORIGINALES
MUCHOS INÉDITOS

POR

RICARDO DE HINOJOSA



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1889

tit. 64307

DBCL

A

M. Excmo. Señor
D. Carlos Francisco y Coronado
en testimonio de singular consideración
P. de Obispo

FELIPE II

y

EL CÓNCLAVE DE 1559

f. 64307

C. 1084714

FELIPE II

Y

EL CÓNCLAVE DE 1559

POR

RICARDO DE HINOJOSA



MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

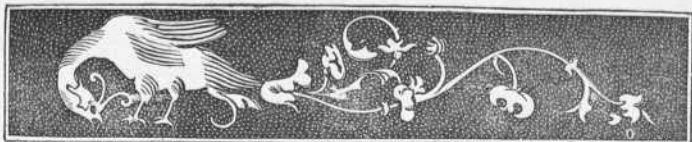
IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado

1889

R.54508





I

LA intervención extranjera en Italia desde los primeros siglos de la Edad Media, la política constante de la Santa Sede de combatir la consolidación de un poder preponderante en la Península, y el prestigio y autoridad que consigo llevaba el apoyo de los Pontífices, habían producido como resultado natural é inevitable el que los codiciosos invasores encaminaran todos sus esfuerzos á tener siempre en Roma un Papa que, lejos de oponerse á sus ambiciones y á sus miras, los auxiliara en sus empresas. Á la dominación de los Reyes Carlovingios sucedió en el suelo italiano la de los Emperadores de Alemania, y con la posesión de los nuevos territorios pasó también á estos últimos el interés y la importancia que para los primeros había tenido la elección de los Papas. Más tarde, cuando, desde el Pontificado de Alejandro VI, Francia y España comenzaron á ejercer gran influjo en la política de Italia y en los destinos de los pequeños Estados italianos, los Pontífices volvieron á poner en práctica la idea tradicional del Vaticano, de restablecer á todo trance el equilibrio y la independencia de la Península, colocándose á la cabeza de las Ligas para expulsar de ella, ahora á los franceses con ayuda de los españoles, y más tar-

de á los españoles con el auxilio de los franceses. Pero estas veleidades de los Papas, no ciertamente arbitrarias y caprichosas, sino impuestas por la necesidad de salvarse y resistir, despertaron, como no podía menos de acontecer, el empeño por parte de los nuevos dominadores de combatir en sus raíces la hostilidad de la Santa Sede, esforzándose por elevar á la Cátedra de San Pedro á hombres de su amistad y devoción.

Las rivalidades de Francia y España bajo Carlos VIII y Fernando el Católico, Francisco I y Carlos V, no habían menguado un punto con el último cambio de Monarcas: Enrique II y Felipe II continuaron, más encarnizadamente si cabe, la sangrienta lucha con que aquellos Soberanos habían traído agitada por tanto tiempo la Europa entera; y la Santa Sede, lejos de procurar restablecer la paz entre las dos grandes potencias católicas, para volver sus huestes contra la herejía que se alzaba en todas partes, alentó sus rencores, terciando con las armas en la contienda. Esta intervención armada del Pontificado á favor de Francia, y en contra de los españoles, había contribuído eficazmente, de una parte, excusado es decirlo, á aumentar el interés de ambos rivales en las elecciones pontificias; y de otra, fuerza es confesarlo, al mayor desenvolvimiento del luteranismo y del calvinismo en Europa. Atento á los cuidados de la política, á las vicisitudes de la guerra, á la defensa de Roma, á cuyas puertas llegaron las banderas del Duque de Alba, Paulo IV no había podido oponer sus fuerzas y su autoridad á las nuevas conquistas de la herejía. En estas condiciones, la elección de un Pontífice había de envolver necesariamente, no ya sólo para Francia y España, sino para la Europa entera y para la misma Sede Apostólica, excepcional gravedad.

La lucha entre el Pontificado y la Reforma, comenzada en tiempo de León X, había llegado á su período álgido. Á pesar de los enérgicos esfuerzos de Paulo III, de la gran reacción católica en su época iniciada, de la creación de nuevas órdenes religiosas, como la de los Jesuitas, los Teatinos, los Barnabitas y los Trinitarios, y la reforma de otras,

como la de los Camaldulenses y Franciscanos, destinadas todas ellas á combatir por doquiera la herejía y á afirmar la fe en los dogmas católicos; á pesar de las predicaciones de los discípulos de Loyola en España, en Lombardía y Toscana, Nápoles y Sicilia, la Alta y la Baja Alemania, Francia é Inglaterra; á pesar de los rigores del Santo Oficio; á pesar de las declaraciones del Concilio de Trento; á despecho, en fin, de las armas del Emperador Carlos V, que las persiguió sin tregua ni descanso, las doctrinas protestantes habían hecho rapidísimos progresos. Durante el Pontificado de Paulo IV, las nueve décimas partes de Alemania habían quedado definitivamente separadas de la Iglesia Romana. Los continuos ataques de los turcos, el desvío y la mala voluntad que la Casa de Habsburgo siempre había hallado en Roma, la convicción, por último, de que sin ganar á los luteranos no conseguiría jamás desterrar de sus dominios las guerras civiles, habían obligado al Emperador Fernando á solicitar la amistad de los príncipes protestantes, los más poderosos del Imperio, y á tolerar también la religión reformada en sus Estados hereditarios: en Bohemia; en Austria, en Hungría, la mayoría de los nobles y de los burgueses profesaban ya las nuevas creencias. Un país vecino, la Polonia, no tardó en acoger en su seno á los sectarios de Calvino; Segismundo II, Príncipe guerrero, pero sin convicciones religiosas, sin nobleza en su vida privada, sin dignidad en su conducta pública, dejó franca la entrada en su Reino á la herejía. Juan de Lasko y Pedro Vergerio, antiguos Obispos católicos que habían renunciado la mitra para contraer matrimonios sacrílegos, y renegado de una religión cuya pureza repugnaba sus infames pasiones, fueron allí sus apóstoles más celosos.

Las predicaciones de éstos y el ejemplo del Rey y sus Ministros, contribuyeron eficazmente á que los nuevos errores fueran acogidos en los castillos, penetrasen en las cabañas, se implantaran en las ciudades y debilitasen en todas partes el imperio de la fe (1). La muerte de María Tudor,

(1) *Histoire du Concil de Trente*, Lyon, 1851, tomo I, pág. 401.

restauradora del Catolicismo en Inglaterra, y la subida al trono de su hermana Isabel en 1558, acababan de demostrar que la restauración operada por María no había alcanzado á destruir los antiguos gérmenes de hostilidad contra la Santa Sede que fermentaban desde hacía tantos años en la patria de Wicleff; la ambición y el orgullo de la nueva Reina bastaron á sustraer para siempre la nación inglesa á la supremacía pontificia y á la religión católica. Esta revolución arrebató al mismo tiempo la Escocia á la obediencia de Roma (1). Los lansquenets alemanes habían propagado entretanto la herejía en Francia y en los Países Bajos. Los rigores de Enrique II alejaron por algún tiempo de su pueblo las luchas religiosas con que los hugonotes lo amenazaban; pero consagrado por entero á los preparativos militares y á los intereses políticos, no pudo impedir, en cambio, la propaganda secreta de los discípulos de Calvino. Á despecho de la severa vigilancia de Felipe II, los Países Bajos comenzaban á ser el palenque en que todas las sectas reformadoras pugaban por sobreponerse á la Iglesia establecida. Los Estados generales, rechazando con empeño cuantas reformas, así políticas como religiosas, meditaba el Monarca, favorecían grandemente la difusión del protestantismo en Flandes. En cada innovación intentada por Felipe, los flamencos veían una tentativa para someter al pueblo al régimen inquisitorial que imperaba en España (2).

La unión política establecida entre Alemania y España, por la elevación de Carlos I á la dignidad de Emperador, y el comercio intelectual que aquella unión había creado entre los dos países, hizo desde un principio inevitable la entrada de las doctrinas reformadas en la Península ibérica. La propaganda de estas ideas fué, por fortuna, en nuestra patria

(1) Philippon, *La contre-révolution religieuse au XVI.^e siècle*, Bruxelles, 1884, pág. 421.

(2) Por este tiempo escribía Granvela al Rey: «Hase con industria persuadido á los pueblos que V. M. quiere poner aquí, á mi instancia, la Inquisición de España, so color de los nuevos obispados.»—*Papiers d'Etat du Cardinal de Granvelle*, tomo VI, pág. 554.

lenta y penosa, porque ante ellas se alzaba amenazador y terrible el tribunal de la Inquisición. Sin embargo de esto, Paulo IV había visto también formarse en la católica España tres grandes centros de las nuevas teorías: Sevilla en el Sur, y en el Norte Valladolid, entonces capital del Reino, y Zamora, una de las ciudades más importantes de la Península. Entretanto, Suiza era el foco principal de los secuaces de Calvino: la mayoría de sus cantones había abrazado el calvinismo, y su apóstol había puesto cátedra en Ginebra, desde donde su doctrina se transmitía al Occidente y los pueblos latinos, como desde Wittemberg pasaba la de Lutero al Oriente y los pueblos germánicos. La voz de la Reforma, en fin, había traspuesto también los Alpes, y se dejaba oír hasta en el mismo recinto del Vaticano. En Roma, sin embargo, gracias á la severidad de Paulo IV, comenzaba á reflejarse ya, bien claramente por cierto, la gran contrarrevolución religiosa. Luigi Mocenigo, Embajador de la Señoría de Venecia cerca de la Santa Sede, decía en 1560 al Senado: «El ejemplo y los rigores del Papa regularon de tal suerte la familia y toda la Corte pontificia, que en verdad Roma, comparada con la de los tiempos de otros Pontífices, se podía reputar como un honesto monasterio de religiosos; así, aunque se pecaba, se hacía de la manera más secreta y oculta posible, á diferencia de otras épocas en que todos procedían licenciosamente, incluso los Obispos y los Cardenales, y sin el más pequeño respeto» (1).

Mas la relajación de las costumbres era en todas partes demasiado profunda; los embates y los golpes que venía recibiendo el Catolicismo, demasiado rudos; los interesados en buscar remedio á tantos males, demasiado numerosos; la

(1) *Le relazioni degli Ambasciatori veneti al Senato*, publicadas por Albèri, serie II, tomo IV, pág. 48 «...rigolò talmente la famiglia e tutta la corte (dalli nepoti in fuori, che senza timore fecero sempre una vita licenziosa), che veramente, per il detto d'ognuno, Roma a parangone delli tempi degli altri Pontefici si poteva riputar come un onesto monasterio di religiosi; di modo che se pur si peccava, si facevan le cose più segrete ed occulte che si potesse, mentre in altri tempi il tutto procedeva licenziosamente anco fra vescovi e cardinali senza alcuno pur minimo rispetto.»

autoridad del Pontífice, demasiado escasa, para que se esperara sólo de la Santa Sede una enérgica y eficaz reformación. Lejos de ello, todos los buenos católicos estaban de acuerdo en proclamar que, si no se satisfacían los votos ardientes de las naciones cristianas con una buena y verdadera reforma del clero y de la disciplina, con una clara definición de los dogmas, con un Concilio general, en fin, el Catolicismo estaba amenazado de total ruina (1). El mismo Embajador veneciano que dejamos citado, Luis Mocenigo, expresaba probablemente al Senado de su país la creencia que sobre tan importante materia predominaba en Roma, al escribir en 1560. «El poder espiritual del Pontífice está de tal modo disminuído, que si por la sola vía de un Concilio convocado con el consentimiento de todos los Príncipes, las cosas de la religión no se mejoran, habrá motivos para prever los más grandes males» (2) De esta misma opinión participaban también los Monarcas de Francia y España, los potentados italianos y los Príncipes católicos del Imperio, los cuáles habían declarado, en la Dieta de Augsburgo de 1559, que la única esperanza de salvación para el Catolicismo estaba en la reunión de un Concilio general (3).

León X y Clemente VII se habían opuesto por consideraciones meramente políticas á la reunión de un Concilio que Carlos V pedía con insistencia; Paulo III se había resistido también largo tiempo, por el temor de que la augusta Asamblea absorbiera la autoridad de la Santa Sede; pero, cediendo al fin á la presión del Emperador, la había convocado. Siete años después, á principios del de 1552, las exageradas pretensiones de los protestantes, la agitación política y religiosa de Alemania y la rebelión de Mauricio de

(1) Philippson, *La contre-révolution religieuse*, pág. 424.

(2) Relación de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pag. 24: «. . questa potenza spirituale del Pontefice è talmente diminuita, che se, per la sola via d'un Concilio convocato per volontà di tutti li principi, le cose della Religione non si mettono in migliore stato, si può dubitare con gran fondamento di male assai.»

(3) Bucholtz, *Geschichte Ferdinands des Ersten*, tomo IX, pag. 564 y siguientes.

Sajonia contra el César, determinaron la suspensión del Concilio, sin que ni Julio III ni Carlos V viesen realizadas sus piadosas esperanzas. La continuada lucha sostenida por las dos grandes naciones católicas, Francia y España, bajo el Pontificado de Paulo IV, y la intervención armada del Pontífice en la contienda, habían hecho imposible la reanudación del Concilio general y ecuménico de Trento, que reclamaban imperiosamente las necesidades de la Iglesia. La paz de Câteau-Cambrésis, que en la primavera de 1559 puso término á tan desastrosa guerra y que venía á unir á tan poderosos Monarcas en la firme intención de combatir, de común acuerdo, en sus propios Estados y en los demás países la herejía, facilitaba la solución del problema; pero aquel Pontífice apenas tuvo tiempo para dar comienzo á las negociaciones preliminares. Pocos meses después de la conclusión de la paz, quedaba vacante la Silla de San Pedro.

II

Tales eran las graves circunstancias por que atravesaban la Cristiandad y la Europa, al acaecer la muerte de Paulo IV. Las contrariedades y disgustos que le había proporcionado la desastrosa guerra con España; los arranques de violenta cólera y la constante tensión de espíritu que le produjeron las traiciones é imposturas de sus sobrinos, sobre todo las del favorito, el Cardenal Carlos Caraffa; el enojo y melancolía que había engendrado en su alma el destierro á que él mismo los condenara (1), comprometieron gravemente

(1) Mr. de Noailles, obispo de Ax, y Embajador de Francisco II en Venecia, al Cardenal de Lorena, 1.º de agosto de 1559, en Ribier, *Lettres et mémoires d'Etat des Roys, Princes, Ambassadeurs, et autres Ministres sous les régnes de François I^{er}, Henry II et François II*. Blois, 1666, tomo II, pág. 824. «L'ennuy et mélancholie qu'il a nouvellement acquise pour l'éloignement de ses neveux, dont il est demeuré si chagrin, si estonné et si confus en tout ce qu'il fait et dit, qu'il semble un homme à peu près hors de sens.»

la salud del Pontífice. Tres meses después de la partida de sus sobrinos, en Mayo de 1559, cayó enfermo, pero su compleción fuerte logró triunfar de este primer ataque. En el mes de Agosto tuvo una recaída, y entonces se vieron en él síntomas claros de enfermedad incurable: repugnábale toda comida, y bebía con exceso para apagar su sed ardiente. El 11 comenzó á quebrantar su cuerpo abrasadora fiebre, y el 18 empeoró de modo que al día siguiente, convencido de que su fin estaba próximo, convocó á todos los Cardenales, para exhortarlos á ponerse de acuerdo sobre la elección futura, y especialmente para recomendarles el Santo Oficio de la Inquisición, como único sostén del Catolicismo que amenazaba ruina. Momentos después, congregábanse los Cardenales con objeto de adoptar las oportunas medidas, así para el sostenimiento del orden, como para el gobierno del Estado eclesiástico en sede vacante. Los Cardenales Saracino y Vitelli propusieron llamar á Carlos Caraffa del destierro, y aunque muchos lo contradijeron, la mayoría estimó que su presencia podía ser necesaria en la Corte pontificia (1). Entretanto, y mientras el Papa estaba en la agonía, sus familiares se entregaban en el Vaticano al bandidaje y al saqueo. Alfonso Caraffa, Cardenal de Nápoles y sobrino de Paulo, apoderábase de las joyas y dinero que el Pontífice guardaba en su misma cámara, por cuyo hecho, después de pasar largo tiempo en un castillo, fué condenado á pagar cien mil escudos á título de restitución; de acuerdo con el propio Cardenal de Nápoles, expidióse un Breve, con la misma fecha de la muerte de Paulo IV, por el cual daba el Papa al Cardenal Scipione Rebiba los espolios de un cierto Nofri Bartolino, su antecesor en el arzobispado de Pisa: Breve que tras prolija discusión fué reputado subrepticio (2). Treinta mil escudos que el Papa había dejado en

(1) Véase en el tomo XII del ARCHIVIO STORICO ITALIANO, entre los documentos que siguen á la *Guerra degli Spagnuoli contro Papa Paolo IV*, de Norés, la Relación de la muerte de Paulo, escrita por un contemporáneo; y Pallavicino, *Istoria del Concilio di Trento*, libro XIV, cap. X.

(2) Norés, *Guerra degli Spagnuoli, contro Papa Paolo IV*, en el ARCHIVIO

Sant-Angelo, fueron distribuídos también entre varios Cardenales, los cuales comenzaban á disponer de todo, cargos y tierras, como si fueran dueños absolutos y no meros conservadores de lo que pertenecía al Pontífice futuro (1). La ambición y la codicia estallaban brutalmente en la mansión augusta de los Vicarios de Cristo.

Fuera del Vaticano, el pueblo daba rienda suelta á sus rencores. Al circular por la ciudad las primeras noticias de la muerte próxima del Papa, reúnen en el Capitolio las turbas, y desde allí, con las armas en la mano, se reparten por las calles de Roma, fuerzan las puertas de las cárceles inquisitoriales, incendian el edificio y ponen en libertad á los prisioneros; asaltan el célebre convento de la Minerva, habitado por frailes dominicos, guardadores y encargados del Santo Oficio de la Inquisición, é injuriándolos como á espías y reveladores de confesiones, aparéjanse á reducir á cenizas aquel venerando lugar y á arrojar á los monjes por las ventanas; pero la autoridad de Julián Cesarini logra evitarlo (2). Los oficiales de la Inquisición piden favor al Obispo de Angulema, Embajador de la Corte de Francia; mas cuando el Obispo, seguido de buen golpe de arcabuceros, llega al palacio inquisitorial, no es ya éste más que un montón de escombros (3). Animado por la impunidad y fiado siempre en el temor y desconcierto que reinaban en el Colegio de los Cardenales, el populacho vuelve al Capitolio,

STORICO ITALIANO, tomo XII, pág. 276 «E prima il Cardinal di Napoli fu imputato d'aver levato tutte le gioie e gran quantità de'denari, che il Papa conservava nella stessa sua camera: imputazione per la quale stette lungo tempo in castello, e n'uscì condannato in centomila scudi; si presuppose ancora, che di consenso e saputa del medesimo Cardinale di Napoli si formasse un breve, spedito il giorno medesimo della morte del Papa, a favore del Cardinal de Pisa, nel quale il Papa donava lo spoglio di Nofri Bartolino, suo predecessore nell'Arcivescovado di Pisa; il qual breve fu per ciò, dopo lunga discussione, reputato surretizio.»

(1) El Obispo de Angulema, embajador de Francia, al Cardenal de Lorena, de Roma, á 11 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 828.

(2) Pietro Norés, págs. 276 y 277.—Pallavicino, libro XIV, cap. IX.

(3) El Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, á 18 de Agosto de 1559, en Ribier, II, pág. 827.

donde se alza la estatua de Paulo IV, erigida pocos meses antes por el Municipio mismo de Roma, en celebración del destierro á que el Pontífice había condenado á los Caraffa. La estatua es derribada y hecha pedazos. Un judío arranca frenéticos aplausos al cubrirla con su gorro amarillo, distinción infamante que un edicto de Paulo IV acababa de imponer á todos los israelitas (1). La cabeza rueda varios días por las calles de la ciudad, siendo objeto de los más escandalosos ultrajes, y por último, es arrojada al Tíber (2). Entretanto, el Cardenal Carlos Caraffa entra en Roma, seguido de una buena escolta; el pueblo lo sabe, quiere asesinarlo y arrastrarlo, por haber sido él el verdadero causante de tantos males como en los últimos cuatro años habían afligido al Estado de la Iglesia; pero el Cardenal se refugia en el Vaticano. Sin dar tregua á sus iras ni á sus rencores, el pueblo, reunido en asamblea, publica un decreto declarando traidor é infame, y amenazando con quemarle la casa, al que no se apresure á quitar y romper las armas que «por acaso tuviese de la familia Caraffa, tan tiránica y enemiga del pueblo de Roma» (3). Un segundo decreto priva á los sobrinos de Paulo IV de la ciudadanía romana, y condena nuevamente á perpetuo destierro á los dos hermanos seglares, el Marqués de Montebello y el Conde de Montorio, no comprendiendo también á los Cardenales por respeto á la dignidad de que se hallaban investidos (4).

El Sacro Colegio no osaba contrastar el torrente, por considerarlo en aquellos primeros momentos insuperable. Además, había motivo para creer que animaban secretamente á las turbas los Barones romanos que habían sido ofendidos en sus personas, en sus bienes y en su honra por el Pon-

(1) Pietro Norés, pág. 277.

(2) Carta del Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, de 15 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 828.

(3) Pallavicino, libro XIV, cap. IX. Carta del Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, de 15 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 828, y Norés, pág. 278.

(4) Pallavicino, libro XIV, cap. IX.

tífice y su privado (1). Uno de ellos, Marc'Antonio Colonna, antiguo señor de la fortaleza de Paliano, había sido desposeído de su feudo por Paulo IV, para engrandecer con él á su sobrino el Conde de Montorio. Al saber la muerte del Papa, Colonna se presenta en Paliano, expulsa á los ministros del nuevo duque, y recobra su antiguo Estado. El Cardenal Caraffa acude al Embajador de Francisco II, para que reclame ante el Sacro Colegio del despojo de que había sido víctima su hermano, aliado de Francia, y ofrecéle mostrarse verdadero servidor del Rey Cristianísimo en el próximo Cónclave; pero el Embajador, que no cree que pueda hacer nada en interés de su Rey, se niega á formular semejante reclamación (2). Amedrentados, en el ínterin, los Cardenales y temiendo que el cuerpo del Pontífice pudiera ser objeto de nuevos y más graves ultrajes, habían resuelto no exponer públicamente el cadáver en la Basílica de San Pedro, como era costumbre; sino, rodeado de buen número de arcabuceros, sepultarlo de noche y á gran profundidad, porque era manifiesto el peligro de que fuese sacado y descuartizado por el populacho (3).

Tan deplorables escenas duraron hasta el 1.º de Septiembre. Mas, aun después de haberse calmado el pueblo, la ciudad ofrecía el espectáculo de la más espantosa confusión. Favorecidos por el desorden, habían acudido á Roma tantos bandidos y asesinos, que no se oía hablar más que de crímenes y desafueros. Los *bravi* ofrecían sus servicios por ocho, seis y aun por cuatro escudos, de tal suerte que en pocos días hubo centenares de asesinatos, unos por odios y enemistades, otros por pleitos, y muchos por recoger las he-

(1) Relación de Luigi Mocenigo al Senado de Venecia en 1560, en *Le relazioni degli Ambasciatori veneti al Senato*, publicadas por el Cav. Eugenio Albèri.—Firenze, 1857, serie II, tomo IV, pág. 38.

(2) Carta del Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, á 15 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 828: «Je crois qu'il est difficile qu' il fasse rien qui vailla, ny pour luy mesme, ny pour nous.»

(3) Carta del Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, á 15 de Septiembre de 1559, en Ribier, II, pág. 829; y Relación de Luigi Mocenigo, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 38.

rencias. Las casas de los Cardenales, Embajadores y demás nobles estaban defendidas por fuertes guardias. De día, pocos eran los que se aventuraban á salir solos, y de noche ninguno andaba por las calles de Roma, que no fuese protegido por buen golpe de hombres armados (1).

Fué Paulo IV, Pontífice de costumbres y vida tan puras y ejemplares, que aun sus mismos enemigos no hallaron nunca en él tacha alguna. Pero el mal suceso de la guerra con España; el llamamiento de los franceses á Italia; los innumerables perjuicios y daños que ambas cosas trajeron al Estado eclesiástico; la tiranía de sus sobrinos; sus exagerados rigores, llevados hasta el punto de maltratar á los principales Barones de Roma y confiscarles, sin causa legítima, tierras y castillos; el proceder con harta rigidez y autoridad en los asuntos de la Inquisición y en otros muchos que había encomendado al Santo Oficio; el absoluto aislamiento del pueblo de Roma en que vivió, y el cual imposibilitaba á todo ciudadano de poder querellarse de cualquier injuria recibida: todo esto junto, le había hecho de tal manera odioso, que, según testimonio de un Embajador veneciano, apenas había alguno que no le deseara la muerte y toda clase de males (2). Y si bien con expulsar á sus sobrinos de tierra de Roma se reconcilió en cierto modo con el espíritu popular, el odio y el recelo habían echado ya tan profundas raíces, que á nadie sorprendieron las escandalosas turbulencias de que fué seguida su muerte. Bajo el imperio de tan graves disturbios, comenzó el Cónclave que había de dar sucesor á Paulo IV.

(1) Relación de Luigi Mocenigo, de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, página 39.

(2) Luigi Mocenigo. Relación de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, página 47: «Restava anco malle satisfatto ciascuno di quella corte e del popolo, per non poter aver adito quasi mai di parlare alla Santità sua, vedendosi massime serrata la strada di poter risentirse e querelarsi di qualche ingiuria ricevuta; di modo che quasi ognuno gl'imprecava la morte, e gli desiderava ogni gran male.»

III

La muerte de Paulo no halló desapercibidos á los principales interesados en no dejarse sorprender por tan importante suceso; tales eran los miembros del Sacro Colegio, las grandes Cortes católicas y los Príncipes italianos (1). Siendo por aquel tiempo cosa corriente en Roma tratar de la elección de nuevo Pontífice mucho antes de que llegara á morir el que ocupaba la Santa Sede, no ha de extrañarse que casi desde el advenimiento de Paulo IV al Pontificado, su muerte hubiera sido prevista por Príncipes y Cardenales. Mas, por muy preparados que unos y otros se hallasen para este acontecimiento, la tarea de las diversas facciones en que el Sacro Colegio estaba dividido había de ser necesariamente labo-

(1) Para exponer el estado de Roma durante la elección y relatar los interesantísimos accidentes del Cónclave, los manejos de los agentes diplomáticos, los esfuerzos de los partidos, y sobre todo, las intrigas del Embajador español D. Francisco de Vargas Mejía, he tenido á la vista, entre otros de menos importancia, los siguientes documentos: Instrucciones y Cartas de Felipe II á su Embajador en Roma, D. Juan de Figueroa, de Bruselas á 20 de Enero, 20 de Febrero, 24 de Abril, 30 de Junio, 13 de Julio, 2 y 7 de Agosto de 1559. Archivo de Simancas, Secretaría de Estado, Roma, legajo núm. 885.—Cartas é Instrucciones de S. M. á Vargas, de 8 de Septiembre, 20, 26 y 27 de Octubre, 16 de Noviembre y 9 de Diciembre, copiadas del mismo Archivo y legajo.—Instrucciones y Cartas de Francisco II y de Catalina de Médicis á Monseñor Babon, Obispo de Angulema y su Embajador en la Corte de Roma, y á los Cardenales de Guisa y de Ferrara; así como las cartas de éstos, desde el seno mismo del Cónclave, al Cardenal de Lorena, primer Ministro del Rey de Francia: preciosísima correspondencia publicada por Ribier en el tomo II de sus *Lettres et mémoires d'Etat des Roys, Princes, Ambassadeurs et autres Ministres sous les regnes de François I^{er}, Henry II et François II*, Blois, 1666.—Dos relaciones de los días de escrutinio, desde el 10 al 27 de Septiembre de 1559, verosíblemente escritas por alguno de los agentes españoles en la Corte pontificia. Archivo de Simancas, Secretaría de Estado, Roma, legajo 884, fol. 51 á 55.—Quince cartas del Embajador Vargas á Felipe II, desde 27 de Septiembre de 1559 á 31 de Enero de 1560, publicadas por Dü-

riosa y difícil; porque esta vez, como tantas otras, el resultado final echaría por tierra los planes mejor combinados, desmentiría los cálculos y previsiones mejor fundadas, defraudaría las esperanzas y los temores que mantenían en tensión constante los espíritus.

Sí es verdad que el fervor religioso característico de aquella época, en que el Catolicismo sostenía formidable lucha con la herejía y en que tantos pueblos de Europa mostrábase concitados contra la autoridad pontificia, tenía una parte considerable en las operaciones de los Cónclaves, no lo es menos que desempeñaban también en ellas papel importante las preocupaciones políticas y los intereses personales de los electores. Aunque por un lado los Cardenales tendiesen á elegir al que consideraban más capaz de defender la fe contra el protestantismo y de continuar en el seno de la Iglesia católica la obra de la reforma, por otro, sus ambiciones les movían, ó á trabajar franca y abiertamente para ser elegidos, ó á esforzarse por excluir á los colegas que creían

llinger en el tomo I de sus *Beiträge zur politischen, kirchlichen und Cultur-Geschichte der sechs letzten Jahrhunderte*, Regensburg, 1862.—«Parescer á su Magd. sobre las cosas del Cónclave en tiempo que salió creado Papa Pío iiiij,» enviado al Rey por el Duque de Alba, y de que poseo copia tomada de un «Registre d'un Ambassadeur d'Espagne,» conservado en la Bibliothèque Nationale de Paris, Sala de Mss. españoles, núm. 161, fol. 13 vuelto.—Cartas del Cardenal Pacheco á Su Majestad, de 20 y 27 de Septiembre y de 17 de Octubre de 1559. Archivo de Simancas, Secretaría de Estado, Roma, legajo num. 884, fol. 245 á 248.—Extenso razonamiento que hizo el Embajador Vargas al Colegio de Cardenales el 26 de Septiembre de 1559. Archivo de Simancas, Estado, Roma, legajo núm. 885, fol. 28.—Relación de la plática que hizo el mismo Embajador al Colegio, á 8 de Diciembre de 1559. Simancas, Estado, Roma, legajo núm. 884, fol. 65.—Carta de Vargas al Rey, de 31 de Enero de 1560. Archivo de Simancas, legajo núm. 886, fol. 7.—Relación de Luigi Mocenigo al Senado véneto, en 1560, publicada por Eugenio Albèri en el tomo IV, serie II de las *Relazioni degli Ambasciatori veneti al Senato*, Firenze, 1857. Para penetrar, pues, en los misterios del Cónclave, seguir paso á paso los movimientos estratégicos de las facciones y poner de manifiesto, así el interés de Felipe II en la elección como la actividad maravillosa de su Embajador en Roma, me he servido de los informes proporcionados por los principales actores, y de otros documentos de veracidad incontestable.

hostiles y hacer Pontífice de su mano, á fin de tenerle siempre obligado con la memoria del beneficio recibido. No sólo los que contaban con el apoyo de algún potentado, sino otros que se creían también con fuerzas y méritos bastantes para aspirar á la tiara, hacían de largo tiempo atrás cuantos preparativos estimaban necesarios para conseguir sus fines, como si de un día á otro debiera presentárseles la ocasión de utilizarlos (1).

Los Príncipes, por su parte, habían tomado también sus medidas, elegido sus candidatos y enviado las oportunas instrucciones á sus agentes diplomáticos y Cardenales protectores. El justo afán de libertad é independencia de los potentados italianos, el deseo que á cada uno de ellos animaba de engrandecerse á costa de sus vecinos, la rivalidad de los grandes dominadores, el prestigio y demás ventajas que acompañaban siempre al apoyo moral y material de la Santa Sede, traían como consecuencia inevitable el que todos se apresurasen á llevar sus ambiciones y sus luchas á las salas del Vaticano, y, en Sede vacante, al seno de los Cónclaves. Aunque apenas hacía algunos meses que los Reyes de Francia y España habían puesto término á sus guerras con un tratado de paz, fortalecido luego por el casamiento del Rey Católico con Isabel de Valois, ni Felipe II ni Francisco II, que acababa de suceder á su padre en el trono de Francia, podían perder de vista que en aquel tiempo aun no se habían enjugado las firmas de una tregua, cuando las hostilidades se reanudaban con más fuerza y encarnizamiento que nun-

(1) El Obispo de Angulema á Enrique II, de Roma á 16 de Diciembre de 1558, en Ribier, II, 775, hablando de Carafa y Pacheco, decía: «Ils esperent faire demeurer icy Vargas en titre d'Ambassadeur, l'estimans instrument plus prope pour leur affaires et dessins, mesme le dit Paccieco pour parvenir au Papat; du quel il semble que depuis quelques iours il ait conçu plus d'esperance que de costume, et y aspire plus ouvertement. De l'autre costé, le Cardinal Carpy ne s'endort pas, et ne se promet pas peu, se deferans toutesfois le dit Carpy et Paccieco l'un á l'autre, et montrans signe de grande amitié et concorde, sans oublier rien des preparatifs qu'ils jugent estre necessaires pour parvenir á leurs fins, comme si de iour à autre l'occasion devoit venir de les employer.»

ca. La paz estaba hecha, pero la rivalidad subsistía siempre, y la muerte de Enrique II, campeón esforzado y audaz guerrero, había venido á aumentar las ambiciones de Felipe, á confirmarlo más y más en sus sueños de dominación universal y á aumentar, por otra parte, las desconfianzas y recelos de la Corte de París, la cual no veía de seguro en su nuevo y débil Monarca una sólida garantía contra el poderío del Rey Católico. En estas condiciones, la lucha por crear un Pontífice que fuese luego instrumento ciego de la política de una ú otra Corte, había de ser enconada y terrible. El Solio pontificio estaba colocado entre dos partidos poderosos y rivales, y cada uno de ellos había de procurar hacerle perder el equilibrio en su favor. El Emperador Fernando, ni reconocido ni coronado aún por la Santa Sede, se mantenía ajeno á la contienda (1).

Á esta rivalidad constante de Francia y de España, se unían los intereses particulares de cada una de estas naciones. Felipe II sabía muy bien que la base de su influencia en Europa estaba en sus posesiones de Italia, así como que el fundamento de su autoridad y de su fuerza en sus propios Estados, se hallaba en la jurisdicción eclesiástica. La experiencia le había enseñado que los Papas eran los más formidables enemigos de su dominación en la Península italiana, y que cuanto su padre y él hicieron por la conservación de la religión católica en sus Reinos, no había bastado nunca á hacer olvidar á los Pontífices que los Reyes españoles, Fernando el Católico apoderándose de Nápoles y Carlos V incorporando á su corona Milán, habían roto por completo el equilibrio en Italia. De otro lado, Felipe no desconocía tampoco que sus exigencias en materias eclesiásticas, su propensión á dominar en absoluto al clero de sus Estados, los privilegios y el carácter que en España se habían dado al Santo Oficio, sus pretensiones sobre las rentas de las

(1) Paulo IV no había querido reconocer ni confirmar la renuncia del Imperio que Carlos V había hecho en favor de su hermano Fernando, Rey de Romanos.

Iglesias (1), estaban casi siempre en contradicción abierta con los derechos alegados y sostenidos por la Santa Sede. De aquí sus justificados temores de que la Curia ó el Concilio intentaran introducir reformas atentatorias á las regalías de la Corona española, ó establecer mudanzas en la organización y atribuciones del Tribunal de la Inquisición de que Felipe se servía para robustecer su propia autoridad, favoreciendo los progresos del despotismo político (2); y de aquí también el que fuese para él cuestión de interés vital, la de tener un Papa sumiso y amigo. «En muy mala coyuntura — escribía en 1559 el Obispo de Arras, Antonio Perrenot Gran

(1) Por un Breve expedido en 1557, Paulo IV había reprobado la percepción de la cuarta parte de los frutos eclesiásticos, que el Papa Julio III había dado al Emperador, y aun las Cruzadas y Jubileos que le habían sido concedidos. Alfonso Fernández de la Madrid, ó el Arcediano de Alcor, en su libro sobre la «Antigüedad y nobleza de la ciudad de Palencia.» Ms. de la Biblioteca Nacional, señalado con la signatura G.—80.

(2) El célebre Cardenal D. Pedro Pacheco, que tan cerca estuvo de ser Pontífice en esta ocasión, escribía al Rey el 12 de Julio de 1559: «Yo le dije (al Papa) que lo que V. M. deseaba, era que no se hiciese innovación ninguna acerca de lo que toca al Santo Oficio en España, porque á meterse mano en ello, principalmente en estos tiempos, sería gran daño para las cosas de la religión;» y poco tiempo después, en los primeros días del Pontificado de Pío IV, el 19 de Enero de 1560: «Si los de acá (los de Roma) comienzan á meter la mano en las cosas de la Inquisición de allá, yo lo doy todo por perdido, especialmente en estos tiempos; y V. M. no solamente es obligado á las cosas de la religión, pero á la conservación de sus reynos.» Döllinger, *Beiträge*, I, págs. 262 y 329. Dos años más tarde, en 15 de Diciembre de 1562, escribía Felipe II á su Embajador en Roma, D. Francisco de Vargas: «Aunque en los despachos que llevó el Secretario Gaztelu al Conde de Luna, le encargué expresamente que tubiese muy particular cuidado en mirar que en el Concilio no se propusiese ni tratase cosa en perjuicio del Santo Oficio, y sé bien que el terná dello el cuidado que suele de las cosas que le encargo y tanto más desta..... todavía porque he sido avisado que algunos prelados de nuestros súbditos, no están en esto que toca al Santo Oficio de la Inquisición con el calor y celo que debrían, y aunque no lo podemos creer, podría ser que fuesen llevados de algunos fines ó intereses particulares, siendo el negocio de tal calidad y tan necesario que no se toque en el por ninguna vía directa ni indirecta, escribo al Conde de Luna lo que vereis por la copia de mi carta que irá con esta, donde entenderéis cuan á pechos tomo este negocio.» Döllinger, I, págs. 472 y 473.

vela, al Rey—ha sobrevenido la muerte deste Pontífice, quando se podía esperar, por los principios y muestras que dava, de que hiziera cosas buenas por beneficio de los Estados de V. M., en los cuales temo que otros serán más duros so color del interesse de la Sede Apostólica» (1). Por si no bastaban los propios temores, las insinuaciones y los estímulos de sus Ministros venían á aumentar el empeño del Monarca.

El Rey de Francia, Francisco II, y su madre Catalina de Médicis, no tenían por su parte menores deseos de que el elegido para ocupar la Silla de San Pedro fuese un Cardenal afecto á los intereses de su casa. Rodeada por el incendio de la herejía que ardía en todas partes, en Alemania, en Suiza, en Inglaterra, la Galia comenzaba á ser ya víctima de las discordias religiosas que tanta sangre habían de costar bajo los reinados de Carlos IX y de Enrique III. En estas condiciones, Francisco proyectaba establecer en su reino el sistema inquisitorial de España, el cual, al mismo tiempo que sirviera de firme baluarte contra los progresos del calvinismo, fuese para él un gran resorte político, como lo venía siendo en manos de los Reyes españoles (2). Aparte esto, importábale mucho, así el conservar ciertos privilegios y regalías que los Papas anteriores habían concedido á la Corona de Francia, como el conseguir otras prerrogativas sobre los beneficios eclesiásticos de Escocia (3), de cuyo reino se veía poseedor Francisco por su casamiento con María Estuardo.

Por lo que toca á los Príncipes de Italia, si bien es cierto que sus intereses eran encontrados, sus rivalidades grandes y sus recelos muchos, también es verdad que sobre todo esto tenían una aspiración común: la de impedir que quien gobernaba á Milán y á Nápoles mandase también en el Vaticano.

(1) Granvela al Rey, de Amberes á 5 de Septiembre de 1559, *Papiers d'Etat du Cardinal de Granvelle*, tomo V, pág. 645.

(2) Véase la Memoria enviada por el Rey al Cardenal de Guisa el 16 de Enero de 1560, en Ribier, II, págs. 841 y 842.

(3) Ibid.

De aquí el que todos ellos, ante la perspectiva de una Sede vacante, pusieran en movimiento á sus agentes en Roma, ya que no para influir de una manera decisiva y directa en la elección, porque les faltaban los medios materiales, para evitar que ciñera la tiara un extranjero. La misma Señoría de Venecia, la más poderosa de aquellas Repúblicas, rara vez pretendió intervenir directamente en las operaciones de los Cónclaves; pero sus Embajadores, apenas creado un Papa, se apresuraban á informar al Senado de las probabilidades de la elección futura (1). En tiempo de vacante, aquellos agentes diplomáticos, modelos de prudencia, de elevación de miras, de perspicacia, de cautela y de sentido práctico, guardaban la más absoluta reserva, observaban las intrigas y los manejos de la gran diplomacia, y sólo cuando las circunstancias favorecían abiertamente la candidatura de algún Cardenal veneciano, aventurábanse á procurar su triunfo.

No acontecía lo mismo al Duque de Florencia. Para él, el Vaticano era el centro del mundo; de allí aguardaba todo favor y ayuda si el Pontífice elegido era su amigo y confidente, y grandes é inevitables daños si el nuevo Papa era, por el contrario, enemigo de los Médicis. Poseedor de Siena, por cesión que de este territorio le había hecho Felipe II, habíanse aumentado considerablemente el poder y la influencia del Duque en Italia. Ahora bien: como Siena confinaba con las tierras de la Iglesia, de tal modo que por algunos puntos sus fronteras sólo distaban de Roma cincuenta millas, la seguridad de los Estados del Papa quedaba á discreción de una inteligencia entre Felipe II y Cosme de Médicis. El temor de que Paulo IV, una vez concertada la paz entre Francia y España, pusiese algún impedimento á que Cosme reuniera ambos Estados, era lo que pocos meses antes había movido al Duque á encomendar á su representante en Roma la misión de hacer cerca del Papa los oficios necesarios para cap-

(1) Relación de Luigi Mocenigo, de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, página 40, donde, después de dar cuenta al Senado de la elección de Pío IV, señala los Cardenales que á la sazón contaban con más probabilidades de suceder á este Pontífice.

tar á los sieneses la odiosidad del Pontífice, y para que no fueran recibidos en el Vaticano los Embajadores que éstos enviaban en demanda de su libertad é independencia. Pero muerto Paulo, el problema se complicaba y el peligro crecía; para conjurarlo, Cosme estaba en el caso de trabajar con todo empeño por que se eligiese un Pontífice amigo suyo, el cual, aun conociendo que el hallarse Siena en sus manos no era por muchas y manifiestas causas menos dañoso á la Santa Sede que á la misma República oprimida, no intentara nada para impedirlo (1). Estas consideraciones determinaban la política de la Corte de Florencia, motivaban la atención particular con que atendía al resultado del Cónclave, y explicaban, sin justificarlas, las intrigas y malas artes de que para conseguir sus fines se valía (2).

Tales eran los principales intereses que habían de ventilarse en el próximo Cónclave. Los demás Príncipes italianos, los Gonzaga en Mantua, en Parma los Farnese, en Ferrara Alfonso de Este, en Urbino el Duque della Rovere, habían perdido toda independencia y no vivían ya, bajo el punto de vista político, más que una vida falsa y aparente. Lo mismo sucedía á las Repúblicas de Génova y de Luca: la primera conservaba sus riquezas y sus monumentos magníficos, pero no su grandeza política de otros tiempos; Luca apenas gozaba de una débil sombra de libertad (3).

(1) Relación de Luigi Mocenigo, de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, página 59.

(2) Ibid «.....per effettuare la qual cosa (la elección de Juan Angel de Médicis) si crede che quel Duca, oltra li buoni mezzi che ha in ogni corte abbia ancora speso in doni, e subornazioni, come è suo costume di fare, molta quantità di danari; di modo che bisogna per necessità che questo Pontefice riconosca, come fa, il papato, dopo Dio, dal Duca di Fiorenza.»

(3) Hübner, *Sixte-Quint*, París, 1870, I, pág. 35.

IV

En este tiempo, ni el Emperador, ni Francia, ni España poseían aún el privilegio que les fué concedido más tarde, de imposibilitar la elección de los Cardenales que no fuesen de su agrado, por medio de la exclusiva. Sin embargo de esto, Francia, como España, ejercían la exclusiva, si no de derecho, por lo menos de hecho. Según las Constituciones relativas á la materia, para elegir Papa era preciso que coincidieran con sus votos en un mismo candidato las dos terceras partes de los Cardenales presentes en el Cónclave. La tarea, pues, de los grandes potentados quedaba reducida á procurarse por cuantos medios hallaran á mano buen número de amigos en el Sacro Colegio; si de esta suerte los españoles ó los franceses reunían la tercera parte de los sufragios, podían excluir á todos los Cardenales que creyeran hostiles. Pero aun en el caso de que uno ú otro partido no fuera tan numeroso, quedábales el recurso de ganar la voluntad de algunos de los purpurados neutrales que los auxiliasen en la exclusión; cosa tanto más fácil de conseguir cuanto que con el número de los excluidos aumentaban para cada uno de los neutrales las probabilidades de ceñirse la tiara.

Para combatir en sus raíces la enemistad y prevenciones con que lo mismo los Papas que los Cardenales italianos miraban cuanto pudiera trascender á aumento ó consolidación de la influencia extranjera en Italia, Carlos V y Francisco I habían procurado prodigar el oro y los favores en la Corte de Roma: los beneficios eclesiásticos, las pensiones, los regalos de todo género, el soborno, en una palabra, y en caso necesario la intimidación, eran los medios más frecuentemente empleados para ganar adeptos en el Vaticano y en la Curia. Felipe II y Enrique II habían seguido en este punto, como en tantos otros, la política de sus antecesores, y de esta manera se formaron en el Sacro Colegio dos grandes faccio-

nes, la francesa y la española, encargadas en todo tiempo de velar por el favorable despacho de los asuntos eclesiásticos de las naciones respectivas, y de procurar, en Sede vacante, la elección de un Papa amigo y en último caso la exclusión de los hostiles. En tales condiciones, una orden llegada de París ó de Madrid había de pesar necesariamente sobre el voto de los electores, más que el mérito de los candidatos.

Á fin de proceder con orden en estas complicadas maniobras electorales y de asegurar en lo posible los resultados de una operación tan compleja, en que se chocan tantos intereses opuestos, los afectos, los odios, los temores y las esperanzas de todos, el Rey Católico y el Cristianísimo designaban en cada Cónclave á uno de sus Cardenales más adictos para que llevasen allí la voz y representación de España ó de Francia. Los Cardenales nombrados erigíanse en jefes de los partidos, conocían la intención y deseos de los respectivos Monarcas, y en su derredor se agrupaban los parciales y devotos de Francia ó España, para votar según sus instrucciones.

De esta organización estrecha y de la rivalidad de los dos grandes partidos nacían, como era natural, escandalosos abusos. Un Embajador veneciano, Luigi Mocenigo, que se hallaba en Roma en 1559, los denunciaba á la Señoría en los siguientes términos: «No ocultaré que en el Sacro Colegio todo está regido y gobernado por la voluntad de los Príncipes y por el interés particular de los Cardenales. Jamás he oído decir: tal Cardenal será Pontífice, porque es hombre de sana doctrina, de religión ó de bondad; pero sí he oído á menudo: tal otro no será Papa, porque es demasiado escrupuloso en las cosas religiosas y enemigo de los vicios. Por lo que hace á los devotos ó enemigos de los Príncipes, añadiré que todos los días oigo afirmar: tal Cardenal será ó no será elegido, porque ha sido nombrado, recomendado ó excluido por Francia ó España, y porque es amigo ó adversario de tal cabeza de cualquier facción. Y nombro sólo á estos dos Reyes, porque encuentro que los demás Soberanos no tienen entre sus Cardenales poder ó favor alguno; lo cual sucede

porque estos purpurados se mueven principalmente por su particular interés, y no pueden esperar gran utilidad ó temer gran daño sino de aquellos dos Monarcas. Digo esto, porque sobre que el ser algunos Cardenales súbditos de dichos Príncipes es lo que los mueve á mostrarse obedientes, casi todos los miembros del Sacro Colegio les están obligados con abadías y otros beneficios, y los que no, con cuantiosas pensiones; de donde resulta que temen, no obedeciendo las órdenes de aquellos Monarcas, ser privados de lo que tienen, y esperan, por el contrario, amoldándose á sus deseos, conseguir aún mayores emolumentos.» (1)

Pero en todo Cónclave, las facciones francesa y española debían contar con un tercer partido, el de los sobrinos del último Papa, más ó menos numeroso según la mayor ó menor duración de su Pontificado. La gran relajación de costumbres que se observa en todo el siglo XVI, el general quebrantamiento de las convicciones religiosas, la ambición y la codicia de los Príncipes italianos, los justificados temores que comenzaron á abrigar los Pontífices de ser expulsados nuevamente de Italia, si, como Soberanos temporales que eran, no se lanzaban también al movimiento político, todo esto trajo, como por la mano, el nacimiento de una perniciosa tendencia incompatible con la santa misión de los sucesores de San Pedro: la de asegurar á sus hijos y sobrinos una parte del poder, ya que en Roma no podía existir la política dinástica propia de los principados hereditarios y de las aristocracias, porque los Pontífices deben la tiara á la elección y no á la herencia. Con Sixto IV comienza la serie de los Papas políticos, y con Sixto IV empieza también la fatal influencia de los sobrinos de los Papas, los cuales aspiraban á Principados independientes y no retrocedían ante ningún medio que pudiera satisfacer su turbulenta ambición: Jerónimo Riario, César Borgia, Lorenzo y Alejandro de Médicis, Pedro Luis Farnese, Inocencio del Monte, Carlos Caraffa, seguros del favor de los Pontífices,

(1) Albèri, *Relazioni degli Ambasciatori veneti al Senato*, Relación de 1560 serie II, tomo IV, pág. 43.

habían venido siendo en el transcurso de casi un siglo el azote de la Italia.

Mas no sólo en las cosas temporales los sobrinos tenían tan omnímoda intervención que puede decirse que eran siempre ellos los que dirigían la política del Vaticano, sino que influían también directa y eficazmente en la distribución de beneficios y cargos eclesiásticos, sobre todo en el nombramiento de Cardenales. Las familias de los Papas no echaban en olvido que, muertos éstos, habían de peligrar su prestigio y su influencia, y para conservarlos, los Cardenales nepotes atendían desde un principio con solícito cuidado á prever las eventualidades del futuro Cónclave y á hacerlas favorables á sus ambiciones y á sus miras. Las numerosas promociones de Cardenales que se apresuraban á disponer en aquel tiempo los Pontífices, revelaban siempre, de parte de su autor, el deseo de hacer elegir después de su muerte un Papa amigo de su familia. En Sede vacante, estos purpurados se agrupaban en derredor del sobrino del Papa muerto, formaban un nuevo y poderoso grupo, y trataban de elevar á uno de ellos á la Sede pontificia.

España, Francia y los Cardenales nepotes: éstos eran los tres grandes partidos que luchaban siempre en los Cónclaves, y éstos también los que á la muerte de Paulo IV iban á disputarse la lucrativa empresa de crear un Pontífice. Un cuarto grupo, el grupo de los neutrales, constituido por los purpurados que debían sus nombramientos á más antiguos Papas y que no se hallaban obligados á ninguna de las Cortes católicas con beneficios ó con pensiones, era tan pequeño que su intervención no alteraba las condiciones de la contienda, aunque generalmente de su seno salían los que ocupaban el Solio pontificio.

V

La muerte de Paulo IV, ya lo hemos dicho, no halló desapercibidos á los que tan grande interés tenían en que ciñese la tiara un Papa sumiso y amigo.

Las circunstancias por que atravesaba España, donde á la sazón comenzaba á hacer prosélitos la herejía; la penuria de la Corona, cuyos tesoros habíanse consumido en tantas y tan prolongadas luchas; las turbulencias de los Países Bajos; la situación tirante y difícil que, por efecto de la guerra con Paulo IV, había venido sosteniendo hasta entonces el Rey Católico con la Santa Sede, todo esto, unido á las graves y más generales causas que ya hemos apuntado, era sobrado motivo para que Felipe ambicionase la creación de un Pontífice á medida de sus deseos.

El Rey de España necesitaba tener en el Vaticano un amigo y confidente, cuando no un verdadero súbdito, y para conseguirlo, Felipe sabía muy bien el candidato que debía elegir. Ante todo, había de ser de edad avanzada, porque, aparte de que los electores concurrían más fácilmente en un Cardenal que, siendo por lo menos sexagenario, hiciera aguardar á cada uno de ellos la posibilidad de ser elegido en no lejano Cónclave, los muchos años parecían constituir una garantía de que el nuevo Papa fuese enemigo de toda innovación y mudanza, así en las cosas políticas como en los negocios eclesiásticos. El Rey Católico deseaba, además, un Papa de mediano talento, de escasa ó ninguna iniciativa y de no mucha piedad, dado que el más justificado celo de los Pontífices por la conservación y defensa de la disciplina eclesiástica, antojábasele abusivo entrometimiento cuando querían aquéllos poner coto á las libertades y privilegios que en España se arrogaba el poder real. Y como, por otra parte, Felipe sabía que el amor á la familia domina y somete con

frecuencia á vergonzosa esclavitud los hombres más severos, completaba su ideal un Pontífice de oscuro nacimiento y con parientes poco afortunados, á quienes enriquecer con beneficios y pensiones, y hacerlos de esta suerte sus confidentes y parciales. España, en suma, necesitaba un Papa que dependiera en absoluto de la voluntad de su Rey.

Á fin de que el Monarca y el Consejo Real designasen los candidatos que más vieran convenir á los intereses de la Corona española, anualmente remitían los Embajadores, y en su defecto alguno de los agentes de España en Roma, circunstanciadas características de todos los Cardenales, con noticias de su edad, vínculos y relaciones, ilustración, rentas é intervención en los asuntos del Rey Católico, así como sobre las mayores ó menores probabilidades que cada uno de ellos tuviera de ser elegido en el primer Cónclave. Concedor de esta suerte el Monarca de las condiciones é inclinación de cada uno de los miembros del Sacro Colegio, y codicioso de dar á la Iglesia el Pontífice con que él había soñado, no contentándose con el privilegio de la exclusiva que, por la fuerza de las cosas, había venido ejerciendo hasta entonces en los Cónclaves su padre, el Emperador Carlos V, se aventuró á plantear la pretenciosa innovación de una inclusiva.

Cuando en Octubre de 1558 nombró Felipe á D. Juan de Figueroa, castellano y gobernador interino de Milán, para el cargo de Embajador de España en Roma, encomendó ya muy particularmente la misión de trabajar en la Corte pontificia por que, muriendo el Papa, se eligiese á uno de los Cardenales devotos y dependientes de su autoridad real. Á este fin confióle cartas de creencia para el Cardenal de Santa-Fiora, Camarlengo del Sacro Colegio y protector de los asuntos de España, así como para otros Cardenales servidores del Rey Católico, y claras y explícitas instrucciones en que le declaraba su voluntad para en caso de elección de futuro Pontífice. Cuatro Cardenales completamente identificados con los intereses españoles y de quienes Felipe aguardaba cuantas gracias y privilegios se le antojase exigir de su amistad y sumisión, fueron designados por él como

candidatos predilectos; mas para el caso en que sus aspiraciones no pudieran verse cumplidas, añadía los nombres de algunos otros purpurados cuya elección no creía deber temer (1). Eran los preferidos Rodolfo Pío de Carpi, jefe que había sido de la facción imperial en el último Cónclave, Legado en Francia, donde en 1539 había negociado la entrevista de Francisco I y de Carlos V en Niza, y Legado también de la Santa Sede cerca del Emperador; Jacobo Púteo, famoso jurisconsulto de su siglo, presidente del Tribunal de la Inquisición de Roma; Juan Angel de Médicis, hermano del célebre Marqués de Marignano, el cual había hecho la guerra en Alemania al servicio del César, y mandado el ejército imperial en Siena; por último, el Cardenal Araceli, Clemente Dolera, religioso de San Francisco y General que había sido de su orden: candidatos, todos ellos, que si en realidad no parecían muy á propósito para dirigir la Iglesia en la difícil situación por que atravesaba, y de alguno de los cuales aun se podría temer que se apartase de la dirección severa iniciada y proseguida con tan inflexible rigor por Paulo IV, eran, en cambio, los que más dispuestos se mostraban á secundar las miras y amoldarse á los caprichos del Rey Católico. En estas instrucciones encargaba asimismo el Rey á Figueroa que comunicase al Cardenal de Santa-Fiora su voluntad de que, como protector que era de los asuntos españoles, llevase también la voz de España en el próximo Cónclave; y aunque luego Figueroa representó al Monarca las ventajas que se seguirían de «poderse meter en el Cónclave una persona plática y de manejo con creencia para los Cardenales, y los inconvenientes de hacer cabeza de la negociación á alguno dellos,» todavía

(1) Quiero advertir aquí que no me ha sido posible hallar estas primeras instrucciones que Felipe II dió á su Embajador D. Juan de Figueroa; pero de ellas hace frecuente mención el Rey en las cartas que sucesivamente, y hasta la terminación del Cónclave, escribió al mismo D. Juan y á D. Francisco de Vargas Mejía. Por estas cartas, pues, he podido adquirir un conocimiento que tengo por cabal y exacto, de aquellas instrucciones.

el Rey, no viendo forma de llevar á cabo este plan, insistió en que lo fuera Santa-Fiora (1).

Con estas instrucciones y otras tocantes á diversos asuntos pendientes en la Curia, encaminóse Figueroa á Roma; mas no había llegado allá, cuando recibió aviso de que el Pontífice se negaba á recibirle, so pretexto de estar excomulgado á causa de cierto desacato cometido en su gobierno de Milán, contra un cursor de Letras Apostólicas. Ante tan terminante negativa, y queriendo por otro lado quitar la ocasión de lo que contra él pudiera intentar el Papa si no se apresuraba á salir de las tierras de la Iglesia, Figueroa se retiró á Gaeta desde donde creía poder cumplir también las instrucciones del Rey, valiéndose para ello de los más hábiles agentes de España en la Corte pontificia (2). Por su parte Felipe, no bien supo lo acontecido á su Embajador, dióse prisa á escribir á algunos de sus servidores de Roma, encargándoles tuviesen con Figueroa la buena inteligencia que requerían sus asuntos é interés, y especialmente al Cardenal de Santa-Fiora, á quien recomendaba con todo encarecimiento advirtiera á Figueroa cuanto viese convenir al bien de sus negocios y á los particulares del Cónclave (3).

Mas no tardaron los buenos oficios de los Cardenales y agentes españoles en aplacar la ira del Papa contra Figueroa, á quien, en Julio de 1559, Paulo IV consintió en recibir como Embajador del Rey Católico. Noticioso del caso Felipe, así como del mal estado de la salud del Pontífice, expidió á Gaeta un despacho en que representaba á Figueroa la conveniencia de apresurar su viaje á Roma, «por si Dios dispusiese de Su Santidad, hallarse presente y entender luego en disponer los Cardenales de manera que se hiciera la elección tan canónicamente como era menester para el servicio de Nuestro Señor, bien de su Iglesia y remedio de los

(1) Instrucciones dadas á D. Juan de Figueroa, de Bruselas, á 20 de Enero de 1559. Archivo de Simancas, Estado, leg. 885, fol. 227.

(2) Carta de Figueroa á S. M., de Gaeta á 5 de Diciembre de 1558, é Instrucciones de 20 de Enero de 1559. Simancas, Estado, leg. 885, fol. 227.

(3) Felipe á Figueroa, á 20 de Enero de 1559.

males y errores que en ella se habían introducido.» Y aunque en la orden particular que al nombrarle le había dado para en caso de Sede vacante, le declaraba ya bien expresamente su intención y voluntad, todavía no creyó del todo ocioso hacerle nuevas advertencias sobre la conducta que, llegada la ocasión, debiera seguir. «Quanto á los que aueis de excluir—escribía el Rey á su Embajador,—ya os tengo dada orden que han de ser el cardenal de Ferrara y los naturales franceses, y de los otros, los que claramente se supiere que nos son enemigos ó no tienen las partes y qualidades que para tan gran dignidad se requieren. Demas desto, con el gran deseo que tenemos de que la election se haga canonicamente y en persona qual conuenga al seruicio de Dios como esta dicho, os he querido aduertir por esta, allende de lo que os mande dar por escripto en esta materia quando fuistes á esa embaxada, que si por caso no pudiessedes encaminar que fuese elegido alguno de los que os nombramos (que esto es lo que principalmente se ha de procurar) y vieredes que la cosa yua encaminada en fauor de algun cardenal neutral de los que se tiene buena opinion, y que concurren buenas calidades para el pontificado y no son manifiestamente enemigos nuestros y de nuestras cosas; que en tal caso, vos tengais la mano en ayudalle a que salga con ello de manera que conozca la obligacion en que nos quedara auindosele dado fauor por nuestra parte: auiendo os en esto con la prudencia y dexteridad que la calidad del negocio requiere.» «Y por lo que entendemos que conuernia para el pontificado el cardenal Púteo—añadía más adelante el Monarca,—os he querido auisar que si entendieredes que el se vale para peruenir á esto, del fauor de los cardenales franceses, que no lo tengais a mal porque a mi no me pesa dello; antes vos le ayudareis por todas las vias que pudieredes teniendo con el toda buena correspondencia» (1). Esta carta de Felipe á Figueroa, es expresion fiel de la política constantemente seguida por la

(1) Carta de S. M. á D. Juan de Figueroa, de Gante, á 13 de Julio de 1559. Archivo de Simancas, Estado, Roma, legajo 885, fol. 235.—Otra de 30 de Junio, del mismo Archivo y legajo, fol. 232 y 233.

rama española de la Casa de Austria en materia de elecciones pontificias: á falta de un Papa amigo y confidente, nombrado por el Rey, los Gobiernos españoles, atentos siempre á tener en el Vaticano un mero instrumento de sus intereses y de sus cálculos, exigían de los Embajadores que procurasen inculcar al nuevo Pontífice, quienquiera que fuere, la idea de que debía su elección á la iniciativa y esfuerzos de los Monarcas de España.

Mas no se dormían, en el interín, en el seguro ni en el ocio los demás interesados en la elección de futuro Papa, ni los agentes de Felipe II dejaban de seguir paso á paso las maquinaciones de sus rivales. «Auemos entendido—decía el Rey á Figueroa á 13 de Julio de 1559—en confirmacion de lo que vos los dias pasados nos escreuistes, que el duque de Florencia por todas las vias y formas que puede, procura destoruar que el cardenal de Carpi no succeda en el pontificado, y ha passado tan adelante en la negociacion que para ello tiene ganados votos; y juntamente con prender á estos para que no ayuden a Carpi, procura y negocia con todo el calor que puede de ganar votos para el cardenal de Ferrara, atrayendolos a ello con promesas y señaladamente con dar a entender a algunos que no succediendo lo de Ferrara, hara que despues del se acuda a ellos con los votos. Pero aunque por la orden que se os dio sobresto que toca al cardenal de Ferrara, tengo por cierto que hareis la diligencia que conuenga para estoruar que no succeda en el pontificado, todavia nos ha parecido auisaros desto que auemos entendido de las diligencias que vsa el duque de Florencia, y encargaros mucho que teniendo en ello muy gran secreto vos esteis muy sobreauiso para estoruar esto que se procura en fauor del cardenal de Ferrara, por todas las vias, medios y formas posibles, porque en ninguna manera conuernia que el fuesse elegido, teniendo para ello todas las inteligencias y modos necesarios» (1).

(1). Carta de Felipe á Figueroa, 13 de Julio de 1559. Simancas, Estado, leg. 885, folio 236.— Otra de 24 de Abril, del mismo Archivo y legajo, fol. 231.

Á Felipe, la idea de que fuese Papa el Cardenal de Ferrara poníale ira en el pecho y recelo en el corazón. Hijo de Alfonso I, Duque de Ferrara y de Módena, educado con grande esmero por el Duque su padre que reunía la gloria militar á los talentos del estadista, é instruído desde muy niño en los secretos del gobierno y de la política, Hipólito de Este, Cardenal de Ferrara, era ya por sólo estas causas un candidato poco simpático al Rey Católico. Pero aun existían otros motivos, por los cuales la elección de Ferrara habría sido para la influencia de España en el Vaticano y en la Curia un golpe verdaderamente mortal. Amante de la Francia, donde había residido durante algunos años, consejero de Estado del Rey Francisco I y tenido luego en grande y notorio predicamento por Enrique II, el cual tenía ordenado á sus Embajadores y capitanes de las tropas francesas en Italia que no acometiesen empresa alguna sin antes consultar á Hipólito de Este, era seguro que, una vez en el Solio pontificio, Ferrara no negaría jamás al Rey de Francia su apoyo moral, ni en caso necesario los medios materiales para aniquilar la autoridad y prestigio de España en las provincias y principados italianos. En estas condiciones, conocida la política de nuestros Reyes, nada tan natural como que el partido español hiciera al Cardenal de Ferrara en el Cónclave guerra empeñada y ruda.

Pero no era ciertamente Cosme de Médicis, que no veía en Hipólito de Este sino un medio de atraerse la benevolencia de la Corte de Francia y de captarse la amistad del Duque de Ferrara, el auxiliar más resuelto y poderoso con que contaba el Cardenal. Cosme conocía bien la intención y los planes del Rey de España, sabía que Ferrara no podía ser Papa teniendo asegurada su exclusión la facción española, y su principal propósito al protegerle en los preliminares del Cónclave, no era otro que el de obligarle por la gratitud para que luego pusiera sus propias fuerzas y aun las de la misma Francia, al servicio de su deudo y confidente Juan Angel de Médicis. La base principal de la fuerza de Ferrara estaba en el partido francés, quien por recomendación del Rey Cristianísimo y de su madre Catalina de Mé-

dicis (1), mostrábase dispuesto á poner en juego todo género de recursos para elevarle á la Silla pontificia Ya en 1555 Enrique II había recomendado eficazmente á Juan d'Avanson, entonces Embajador de Francia en Roma, la candidatura del Cardenal de Ferrara para los Cónclaves en que fueron creados Papas Marcelo II y Paulo IV (2); pero los esfuerzos de la diplomacia francesa no habían dado en aquellas dos distintas ocasiones el resultado apetecido, y causa de ello fué quizá en buena parte, el abandono en que la Corte de París tenía por aquel tiempo sus relaciones y sus intrigas con los Cardenales y con la Curia. «Para asegurar mejor que se ha hecho en lo pasado—escribía d'Avanson al Rey en 1555—vuestras intenciones sobre la creación de un Papa, son, á mi juicio, precisas tres cosas: la primera y principal, que los Cardenales franceses que no estén cerca de vuestra persona ni en vuestro Consejo, establezcan aquí por algún tiempo su residencia; la segunda, que cuando estén aquí todos, permanezcan unidos en intención y voluntad, y la tercera, entretener á los Cardenales extranjeros que os

(1) Francisco II al Obispo de Angulema, á 27 de Agosto de 1559, en Ribier, II, pág. 830. Recomendaba al Embajador trabajase por Ferrara en primer término, en segundo lugar por el Cardenal de Tournon, y de no ser posible el triunfo de ninguno de éstos, hiciera cuanto estuviese en su mano para que fuera el elegido Hércules Gonzaga, Cardenal de Mantua; «ou bien—añadía el Rey—quoy que ce soit, vn autre de quelqu'autre Nation, pourvue qu'il soit tenu et réputé digne de tenir ce lieu, et posséder la Chaire de S. Pierre, sans aucune ambition, ny volonté sinistre ny extraordinaire, afin que l'Eglise soit regie, gouvernée et administrée comme elle doit.» Con la misma fecha recomendaba Catalina de Médicis al Duque de Florencia la candidatura del Cardenal de Ferrara, indicándole al propio tiempo que, si Ferrara triunfaba, «no podría ni debería esperar de él más que bien y favor en sus asuntos para engrandecimiento de su Casa.» Por su parte, el Cardenal de Lorena, primer Ministro de Francisco II, encargaba en igual día á los Cardenales franceses unión é inteligencia para cumplir las instrucciones del Monarca, y «conseguir la elección de un Pontífice del cual pudiese Francia recobrar las gracias y favores que un Rey cristianísimo, primer hijo de la Iglesia, merecía de la Sede Apostólica.» En Ribier, II, pág. 831.

(2) Carta de d'Avanson al Rey, de Roma, á 26 de Julio de 1555, en Ribier, II, pág. 612.

son en gran devoción, con algunas recompensas» (1).

Desde entonces, Enrique II había consagrado atención particular al cultivo y fomento de sus relaciones é influencia en la Corte de Roma, distribuyendo á manos llenas el oro y los favores entre los Cardenales y sus allegados. Este proceder, así como el favor de que Francia había gozado en el Vaticano en tiempo de Paulo IV, aumentaron considerablemente la autoridad y la fuerza de la facción francesa, la cual se encontraba ahora en condiciones de poder luchar, si no con ventaja, con esperanzas de éxito al menos, contra el partido español. Los agentes franceses, sin embargo, llevaban demasiado lejos sus ilusiones. La muerte de Paulo IV no parecía aún inminente, cuando el Embajador de Francisco II en Venecia, Mr. de Noailles, Obispo de Ax, expresaba al Cardenal de Lorena, primer Ministro del Rey, la persuasión de que en el próximo Cónclave Francia obtendría un señalado triunfo: «Habiendo desaparecido la máscara del Imperio—decía Francisco de Noailles—que conservaba á muchos Cardenales á la devoción de España, más por miedo que por amor, es de creer que aquéllos, especialmente los antiguos, que se sintieren ofendidos por haber servido largo tiempo sin provecho alguno, se alegrarán de hallar ocasión de mostrar su resentimiento; sobre todo, si diestramente se les mueve á ello por argumentos *ab utili*, que son los mejores que pueden emplearse en este país. Cuanto á los nuevos, los que carecen de pan, que son, á mi juicio, el mayor número, no querrán desperdiciar esta ocasión de hacer su cosecha, pues sabido es que la moneda de Francia es

(1) Carta de Juan d'Avanson al Rey, 22 de Abril de 1555, en Ribier, II, pág. 607. «Sire, pour assurer mieux que l'on n'a fait par le passé vos intentions sur la creation d'un Pape, il est besoin comme il me semble de trois choses: la première et principale, que Messieurs les Cardinaux François, qui ne sont empeschez près de vostre personne, ny en vostre Conseil, fassent icy quelque residence. La seconde que quand ils y seront, ils soient vnis en volonte; et la troisième d'entretenir vn peu les Cardinaux estrangers qui vous sont en grande devotion, par quelques biens.»

para estos casos de mejor ley que la de España» (1). Estas palabras de un Obispo á un Cardenal, son elocuente testimonio de la gran desmoralización de la sociedad de entonces y sobre todo del carácter de la Roma del siglo XVI, centro de todas las ambiciones puestas al servicio de la Iglesia, las más nobles como las menos justificadas, y unas y otras contando siempre con los halagos de la fortuna. Pero los agentes franceses, repito, llevaban demasiado lejos sus esperanzas y sus ilusiones. El lector ha podido ver cómo el Rey Católico había tomado con tiempo sus medidas, y cómo los beneficios eclesiásticos de sus numerosos Estados, las prebendas y las pensiones, eran también para España una sólida garantía de llevar la mejor parte en la lucha de ardides y de intrigas que los dos Monarcas católicos más poderosos de Europa, iban á empeñar en aquella ocasión solemne en que se eleva al trono del Catolicismo al Siervo de los Siervos de Dios.

En vano los Pontífices habían tratado de poner coto á tan escandalosos abusos é intolerables violencias. En vano Julio II había declarado incursos en pecado de simonía á los Cardenales que diesen su voto recibiendo á cambio dinero ó bienes de cualquiera especie, y excomulgado á cuantos intervinieren en elección simoniaca, sin excluir á los Ministros de los Reyes y de los Príncipes (2). En vano también

(1) Mr. de Noailles al Cardenal de Lorena, de Venecia á 1.º de Agosto de 1559, en Ribier, II, pág. 825: «...car d'autant que la masque de l'Empire par cy-devant retenait beaucoup de Cardinaux à la devotion d'Espagne, plus par crainte, que par amour, il est aussi à croire que ceux et nommement les anciens qui se sentiront offensez d'auoir longuement esté en seruitude sans profit, seront bien aises d'auoir occasion de s'en ressentir; et mesmement s'ils y sont destrement conviez par l'argument *ab utili*, qui est le plus valide que l'on scaurait faire en ce pays; quant aux nouveaux, ceux qui n'ont point de pain, qui sont comme ie crois en plus grand nombre que les autres, ne voudront pas faillir à ce coup de faire leur moissons; et l'on scait bien que la monnoye de France est pour ce regard de meilleur alloy que celle d'Espagne.»

(2) Const. V, de 14 de Enero de 1505; en el *Bullarium diplomatum et privilegiorum Sanctorum Romanorum Pontificum*. Augustæ Taurinorum, 1860, tomo V, pág. 405.

Paulo IV había declarado condenados á maldición eterna y excomulgados *ipso facto* con excomunión mayor á cuantos, viviendo el Pontífice, trataran de la elección de futuro Papa, ya lo hiciesen de palabra, por escrito ó por medio de Embajadores (1). Las censuras y las penas fulminadas por la Santa Sede, ni amedrentaban á los Reyes ni coartaban la ambición de los Cardenales (2). Por lo que hace á Felipe II, si alguna vez y á medida que con el transcurrir de los años veía acercarse el fin de su vida, llegaron á agitar su alma dudas, escrúpulos ó acaso remordimientos, nuestros teólogos, antes españoles que hombres de Iglesia, no vacilaron en responder á sus consultas que era perfectamente lícito obligar á los electores con pensiones y beneficios, así como que debía en todo tiempo tenerse por más idóneo, aunque no fuera el más digno, á aquel de quien constase que no estaba predispuesto contra el Rey y el Reino (3). Aparte las consideraciones meramente políticas que, como se ha visto, pesaban mucho en el ánimo del Monarca, para los teólogos, como para Felipe II, la fuerza de las cosas había hecho causa común la de la Iglesia con la de España, y el intervenir en la elección de los romanos Pontífices era para el Rey Católico un sagrado deber.

(1) Const. XXV, *Ibid.*, tomo VI, pág. 545.

(2) Aunque á todas luces exagerado, indica el poco aprecio que en España se hacía de estas excomuniones, el testimonio de Agostino Nani, Embajador de Venecia en la Corte de Madrid, el cual decía que «no era tenido entre los españoles por buen ministro el alcalde ó corregidor que no hubiera estado excomulgado diez meses por lo menos, al paso que era reputado mejor ministro el que más fuerza hacía contra la jurisdicción eclesiástica.» Relación de 1598, en Albèri, serie I, tomo V, pág. 483.

(3) Tengo á la vista copias de dos interesantísimos documentos de los últimos años del reinado de Felipe II, relativos á estas materias. El primero, que es de Junio de 1594, se intitula: «Papel que se dió á Su Mag.^d en Raçon de las dificultades que se ofrecieron a algunos Theologos de Roma, cerca la forma que tiene el Embaxador en seede vacante, en las exclusiones y inclusiones de Cardenales para el Summo Pontificado;» el segundo, escrito en latín, sin fecha, lleva este título: «Propositio de his quæ licet Catholici Regis nostri Oratori, por tractare Sede vacante vel plena, circa Pontificis electionem, per se vel per alios confidentes.» Ambos son respuestas de los teólogos españoles á con-

VI

Diez y seis días habían transcurrido desde la muerte de Paulo IV. Aunque, según la Constitución de Gregorio IX, los Cardenales no debían tardar más de diez días en juntarse en Cónclave, las turbulencias que durante este tiempo habían agitado á Roma, y la necesidad, por parte del Sacro Colegio, de atender al restablecimiento del orden y á la seguridad pública, habían hecho imposible la observancia de aquel precepto. El 5 de Septiembre, los Cardenales se reunieron en San Pedro, asistieron á la misa del Espíritu Santo, y oído el discurso *de eligendo Pontifice*, dirigieron procesionalmente al Vaticano para dar comienzo al Cónclave.

Antes, sin embargo, de proceder á la elección, cada uno de ellos se obligó por juramento, si la Providencia le elevaba al Solio pontificio, á afirmar la paz entre los Príncipes cristianos, á reunir el Concilio general para extirpar las herejías, á corregir las costumbres depravadas y á purgar la disciplina de todo linaje de abusos. Semejante empresa exigía del Pontífice elegido una virtud ejemplar, una voluntad firme, una longanimidad generosa, una prudencia consumada, un conocimiento profundo de los hombres y de los tiempos. ¿Llegaban los electores animados sólo por el deseo de ele-

sultas del Rey y de su Embajador en Roma. El primero, que yo tengo copiado de una «Miscellanea italiana, latina espagnuola» marcada con el número 449 en la sala de Mss. de la Bibliothèque Nationale de Paris, copia que debo á mi querido amigo D. Eusebio Navarro, lo he visto ya utilizado, como procedente de Simancas, por el sabio académico de Viena Mr. Antón Gindely, en su monografía *Zur Geschichte der Einwirkung Spaniens auf die Papstwahlen namentlich bei Gelegenheit der Wahl Leos XI. im Jahre 1605*, publicada en las SITZUNGSBERICHTE DER KAISERLICHEN AKADEMIE DER WISSENSCHAFTEN—1861. El segundo documento citado, es copia también de la «Miscellanea», folios 203 al 206 v.º

var al Pontificado al que de entre ellos reuniese en más alto grado aquellas cualidades? Las vicisitudes del Cónclave darán á esta pregunta cumplida respuesta.

Cuarenta y cuatro Cardenales se hallaban reunidos para la elección; pero la llegada en los días siguientes de otros cuatro purpurados, Luis de Guisa, Lorenzo Strozzi, Juan Bertrand y Antonio Capizucchi, elevó el número de electores á cuarenta y ocho. Carpi, Púteo, Ferrara, Tournon, Pacheco y Mantua eran los candidatos de la voz pública, los Cardenales *papables*. Los dos primeros estaban apoyados además por el Rey Católico; Ferrara y Tournon, por Francisco II y Catalina de Médicis; Pacheco, aunque no recomendado por Felipe, contaba con el apoyo de la facción española, y Mantua con el de Francia y Alfonso II, Duque de Ferrara.

Francisco de Tournon pertenecía á una de las más ilustres familias del Languedoc. Hombre de gran talento político, había sido encargado en 1526, en unión del primer presidente del Parlamento de París, de negociar en la Corte de España el rescate de Francisco I y de dirigir luego las negociaciones que modificaron el tratado de Madrid y produjeron la paz de Cambrai. Reanudadas á poco las hostilidades entre el Emperador y el Rey de Francia, é invadida por Carlos V la Provenza, el Cardenal fué nombrado por Francisco su teniente general, con los poderes más amplios para dirigir desde Lyon las operaciones de la guerra. Como diplomático, había dado pruebas de habilidad extraordinaria, y colocado en una situación completamente nueva, mostró lo que pueden un gran carácter y un verdadero genio. La desgracia del Condestable de Montmorency le llevó á ocupar el puesto de primer Ministro del Rey de Francia; pero la muerte de Francisco puso pronto fin al poder ilimitado de Tournon. Enrique II llegaba rodeado de los Príncipes de la Casa de Lorena, y el hábil diplomático dejó el gobierno para volver á Roma, donde quedó encargado de los asuntos de Francia (1). Era Tournon hombre de grandes virtudes,

(1) Aubery, *Histoire générale des Cardinaux*, París, 1645, III, pág. 389.

celoso y enérgico defensor del Catolicismo y consumado en el manejo de los negocios; pero su manifiesta inclinación á la Francia, el temor de que resignase, á lo menos en parte, la dirección de los asuntos eclesiásticos en manos de Ferrara, pesaban más en el ánimo de los electores, sobre todo en el de los amigos y servidores de España, que las relevantes cualidades que hacían de él un Cardenal modelo. Mr. de Noailles, Embajador en Venecia, lo había propuesto con empeño al Rey Cristianísimo, y el Monarca, á su vez, lo había recomendado á sus súbditos y confidentes (1).

Pedro Pacheco, hijo de los Condes de la Puebla de Montalbán, Obispo de Sigüenza, una de las ilustraciones del Concilio, de cuya traslación á Bolonia protestó enérgicamente á nombre de todos los Prelados españoles, desde muy joven se había distinguido por su erudición de teólogo y por su elocuencia; siendo ya Cardenal, fué nombrado por el Emperador Virrey de Nápoles, donde con habilidad y prudencia sumas logró calmar en poco tiempo la agitación de los nobles, alarmados por las prácticas y procederes de su antecesor, D. Pedro de Toledo, que proyectaba introducir allí la Inquisición, evitando de esta suerte las revueltas de que aquel Reino se hallaba infaliblemente amenazado. Varón de raras virtudes, pero regalista hasta las uñas, contaba Pacheco con el favor de los súbditos y allegados del Rey Católico, si bien Felipe no se había atrevido á proponerle, por tener por cosa imposible que los italianos viniesen en hacer un Papa español (2); su nacionalidad y su carácter le aseguraban, sin embargo, la exclusión del partido francés.

Hércules Gonzaga, Cardenal de Mantua, hijo de Francisco II, Duque de Mantua, había sido enviado por Clemen-

(1) Mr. de Noailles, Obispo de Ax, á Francisco II, de Venecia, á 1.º de Agosto de 1559; en Ribier, II, pág. 824; y carta de Francisco II al Obispo de Angulema, á 27 de Agosto de 1559, *ibid.*, pág. 830. Mr. de Noailles creía además que sería elegido sin dificultad, porque la vejez y sus frecuentes indisposiciones no dañarían á su promoción.

(2) Felipe á Vargas, á 20 de Octubre de 1559. Simancas, Roma, legajo 885, fol. 243.

te VII en calidad de Legado al Emperador Carlos V, cuando el César fué á Bolonia para recibir de manos del Pontífice la corona imperial. Retirado después á Mantua, había gobernado el país con gran habilidad durante la minoría de sus sobrinos Francisco III y Guillermo, y tras una ausencia de diez y seis años, volvió á Roma, donde á la sazón figuraba entre los miembros más distinguidos del Sacro Colegio (1). Sus relaciones de familia con la Casa real de España le hacían confiar, por una parte, en el favor de los amigos y servidores del Rey Católico, y sus inteligencias con Ferrara y franceses le aseguraban, por otra, el apoyo de Francisco II, una vez que el triunfo de Ferrara y de Tournon se hubiese hecho imposible. En todo caso, Mantua contaba con la voluntad del Cardenal de Santa-Fiora, encargado, como queda dicho, de llevar la voz de España en el Cónclave: comisión importante de la cual podría usar también Santa-Fiora en interés personal suyo ó en el de sus amigos, tanto al menos como en el del Rey.

Además de los papables, el Sacro Colegio contaba en su seno hombres ilustres. Cristóbal Madruzzo, Cardenal de Trento, varón de gran virtud, saber y prudencia, que había consagrado su vida entera al servicio del Emperador Carlos V. Á su mediación y consejo había debido el César, entre otros servicios importantes, el socorro que bajo la dirección de sus nietos Alejandro y Octavio Farnese, Cardenal y su Legado el uno, General el otro de las huestes pontificias, le envió Paulo III en un tiempo en que casi todo el Norte de Europa, sublevado en facciones, amenazaba cambiar la antigua religión con la faz del Estado. Mas no contento con haber ayudado esta empresa, quiso Madruzzo también cooperar á su ejecución, y llevando él mismo un refuerzo de tres regimientos italianos y mil caballos escogidos, tuvo el consuelo de ver un brillante éxito de las armas católicas, las fuerzas protestantes rotas, el jefe principal prisionero, las ciudades rebeldes abiertas al vencedor, la religión salvada de la ruina que la amenazaba, la Santa

(1) Aubery, III, pág. 588.

Sede en crédito, la Iglesia en triunfo, la herejía en confusión (1). Guido Ascanio Sforza, primogénito de los Condes de Santa-Fiora, Camarlengo del Sacro Colegio, Legado que fué en Hungría, donde en 1540 animó con su presencia á las tropas que habían ido á prodigar su sangre por la defensa de la Cristiandad. Miguel Ghislieri, fraile dominico, que se había distinguido por sus talentos y virtudes, inquisidor general, verdadero héroe de la austeridad y del ascetismo, llamado, con el correr de los años, á ceñir la tiara con el nombre de Pío V y á figurar luego en el catálogo de los Santos. Jacobo Savelli, hijo de Juan Bautista Savelli, uno de los más famosos y expertos capitanes de su siglo; como Legado de Julio III en la Marca de Ancona, no sólo había purgado esta provincia de las divisiones y discordias civiles que la amenazaban de disolución y de ruina, sino que la defendió contra los esfuerzos del corsario Dragut, que de buena gana habría enriquecido á los suyos con los despojos de Loreto. Jorge de Armagnac, Embajador que había sido de Francisco I en Venecia y Roma, y teniente general de Enrique II en el Languedoc. Juan de Bellay, de las más ilustres familias de Anjou, Embajador de Francisco I en Inglaterra en la época del cisma. Juan Ricci, Cardenal de Montepulciano, varón de clarísimo ingenio y de gran autoridad bajo el pontificado de Julio III. El piadoso Federico Cesis. Julio della Rovere, de la casa ducal de Urbino. Luis de Guisa, hombre de grandes talentos, siempre eclipsado por la gloria de su hermano el Cardenal Carlos de Lorena, primer Ministro de Francisco II de Francia. Bartolomé de la Cueva, de la noble casa de los Duques de Alburquerque, Virrey que había sido en Nápoles; y Francisco de Mendoza, hijo de los Marqueses de Cañete, Gobernador de Siena, ambos defensores ardientes de los intereses de España en el Consistorio y en la Curia.

Finalmente, figuraban entre los más preclaros miembros de aquella augusta Asamblea los Cardenales Juan Morone y Alejandro Farnese. Los procesos incoados por la Inquisición

(1) Aubery, IV, pág. 72.

romana contra los modeneses en los primeros días del pontificado de Paulo IV, pusieron de manifiesto que el antiguo Obispo de Módena, el Cardenal Morone, había usado de excesiva indulgencia con los herejes, los cuales fueron largo tiempo, si no protegidos, á lo menos tolerados por las autoridades civiles y eclesiásticas. Morone se había hecho ya sospechoso al partido inquisitorial y rigorista. Sus coloquios con los luteranos alemanes, y la tolerancia de que había dado muestras en la Dieta de Augsburgo, á la que asistió en calidad de Legado apostólico, habían sido causa de que se le considerase como partidario de las doctrinas reformadas. Bajo Julio III la Inquisición quiso procesar á Morone; pero este Pontífice, que le tenía en grande estima, le protegió, y aun censuró con acritud la conducta de los inquisidores. Mas cuando, poco tiempo después, Juan Pedro Carafa, Inquisidor general, fué elegido Papa con el nombre de Paulo IV, la Inquisición aprovechó tan buena coyuntura para desquitarse de su primer fracaso, y en 1557 el Papa le mandó encerrar en el castillo de Sant-Angelo (1). En vano Morone escribió y presentó al Pontífice una prolija justificación de su conducta. Cuando murió Paulo IV aun continuaba encerrado en la prisión. Muerto el Papa, los Cardenales se congregaron para ver si se le debía ó no admitir en Cónclave; la discusión fué larga; la oposición por parte de los rigoristas, ruda; más considerado al fin que no habiéndose pronunciado contra él sentencia condenatoria, conservaba el derecho á votar y no podía legítimamente excluirse de la elección, resolvieron llamarle al seno de la Asamblea (2). El

(1) Philippon, *La contre-révolution religieuse au XVI.^e siècle*, Bruxelles, 1884, pág. 200. Véase además á Cantú, *Il Cardinal Giovanni Morone, Commentario*, en las MEMOR. DEL R. IST. LOMBARDO, serie III, vol. X; y F. Sclopis, *Le Cardinal Jean Morone*, París, 1869.

(2) Felipe II, que profesaba gran voluntad al Cardenal, había escrito á su Embajador en Roma, D. Juan de Figueroa, encargándole que hiciese cerca del Pontífice cuantos buenos oficios le parecieran convenir para que Morone pudiese mostrar su inocencia y terminara su causa con brevedad. Cuando esta carta, fechada en Gante á 2 de Agosto de 1559, llegó á su destino, el Papa y el Embajador español habían fallecido. Merece, sin embargo,

rudo golpe que tan escandaloso proceso infligiera á la autoridad y al prestigio del Cardenal había borrado su nombre de la lista de los papables. De otra suerte, Morone, hombre de vastísima erudición, hábil en el manejo de los negocios, generalmente querido y respetado, amigo y confidente del Rey Católico, habría contado con probabilidades de triunfo (1).

Alejandro Farnese, llamado «el gran Cardenal», promovido á la edad de catorce años con escándalo de Roma, llegó á ser durante su largo cardenalato una de las glorias del Sacro Colegio. Hijo de Pedro Luis Farnese, Duque de Parma, y nieto, por consiguiente, de Paulo III, gozó bajo el gobierno de este Pontífice de omnipotente influencia. Su vida abraza toda aquella brillante época, tan llena de peripecias, de Carlos V y Francisco I, de las grandes transformaciones religiosas y políticas de que fueron teatro Inglaterra, Alemania, Europa entera. Á los veinte años le vemos por primera vez en Flandes, en la intimidad del Emperador, el cual solía decir que si todo el Sacro Colegio hubiera estado compuesto de hombres como Farnese, habría sido siempre la asamblea más ilustre y augusta del mundo. Poco tiempo después, le

conocerse la postdata que de su puño y letra añadía S. M. al despacho, y la cual decía así: «Yo escriui esto entendiendo que el Cardenal Morone no tiene culpa en lo que se le o pone, y pensando que se lo ponen con no buena intencion; mas si yo me engañase en esto y vos entendiessedes que se la ponen justamente y que el la tiene en estas cosas de la Religion, no solamente no le ayudareis en este caso, mas antes dareis á entender á Su Santidad que lo que yo sobre todo quiero y le suplico es que los herejes sean muy bien castigados, de manera que no puedan hazer daño en nuestra Religion. Esta carta mando que vaya aparte á vuestras manos, y que otra tal sin esto que he puesto de la mia, se de á la parte del Cardenal.» Archivo de Simancas, Estado, Roma, legajo núm. 885, fol. 236.

(1) Pocos meses después de esta elección, en 1560, decía el Embajador veneciano á la Señoría: «Questo dirò solamente, che essendo ora assoluto il cardinal Morone, e in gran riputazione e credito appresso il presente pontefice e gran parte de' Cardinali, molti credono che debba aver gran parte nel pontificato futuro, dicendo il Pontefice averlo per un angelo di Paradiso, e adoperandolo per consiglio in tutte le sue cose importanti.» En Albèri, serie II, tomo IV, pág. 40. Pío IV, no sólo absolvió á Morone, declarando injusta la acusación, sino que, para confusión de sus detractores, le envió á presidir, como Legado suyo, el Concilio de Trento.

encontramos en la Corte de Francisco I, negociando la paz entre los dos soberanos, interviniendo en todas las grandes cuestiones que á la sazón agitaban la Europa. De regreso á Roma, su influencia aumenta, su autoridad y su prestigio crecen, los literatos y los artistas más ilustres le rodean, y su persona se erige presto en centro de la vida intelectual y del movimiento artístico de la Italia del siglo XVI (1). La muerte de su padre, Pedro Luis, y la ocupación de Parma y Plasencia por los imperiales, habían enfriado sus relaciones con el Emperador; y como sus esfuerzos por conseguir la restitución á su casa y familia de aquel territorio fueran en un principio infecundos, Alejandro resolvió dar oídos á los ofrecimientos de Francia y poner bajo su protección los intereses de los Farnese, para que, ayudados de sus armas, pudieran éstos lograr lo que el ruego y la sumisión no habían podido obtener. Mas cuando, algunos años después, en 1556, nuevas negociaciones dieron por resultado la devolución de Parma y de Plasencia á la familia del Cardenal, éste abandonó el servicio de Enrique II para atender al del Rey de España. Aunque había desempeñado gran papel y tenido mucha mano en los últimos Cónclaves, Alejandro Farnese no podía vislumbrar ahora probabilidad alguna de ceñirse la tiara: presentes aun en la memoria de los españoles sus evoluciones y veleidades, no podía ser para ellos el Papa sumiso y seguro que necesitaban tener en el Vaticano. Cuanto á los franceses, sabía muy bien que debía contar con su más enconada hostilidad.

Es indudable que había en el Sacro Colegio varones esclarecidos é ilustres, que los nombramientos de muchos Cardenales estaban justificados sin duda por la piedad, por la erudición ó por la noble alcurnia; pero fuerza es confesar que tampoco faltaban en él favoritos indignos de la púrpura. Los Carafa, sobrinos de Paulo IV; el innoble Inocencio del Monte (2), elevado al cardenalato por Julio III;

(1) Hübner, *Sixte-Quint*, I, págs. 174 y 275. Salazar y Castro, *Indice de las glorias de la casa Farnese*. Madrid, 1716, págs. 259 á 266.

(2) Véanse las noticias que acerca de este Cardenal da en su relación al

Spoleti, Pisa y Conseglíer (1), forman el reverso de la medalla. Desgraciadamente, los últimos Pontífices, entregados por completo á los Cardenales nepotes, concedían con frecuencia los capelos á hombres ignorantes y de bajísima condición, de los cuales esperaban poder servirse sus valedores, como de fieles instrumentos para conservar su autoridad é influencia.

VII

Ya en el Vaticano, los Cardenales habían tomado posesión de sus celdas, y comenzaban á recibir á los Embajadores que, con pretexto de ofrecer sus servicios al Sacro Colegio, llegaban á dar á los purpurados de su nación las últimas instrucciones. Allí acudieron el Embajador de Francia, Monseñor Babon, Obispo de Angulema, Francisco de Torres, representante del Emperador Fernando, y los numerosos agentes diplomáticos de los Príncipes italianos. Únicamente faltaba el Embajador español.

La inopinada muerte de D. Juan de Figueroa en Gaeta, poco tiempo antes del fallecimiento del Pontífice, había dejado vacante la embajada de España en Roma. Los agentes españoles se apresuraron á escribir á Flandes, donde á la sazón se hallaba el Rey, encareciendo la conveniencia de la pronta provisión de aquel cargo, y la satisfacción con que en la Corte pontificia se vería el nombramiento de D. Francisco de Vargas, como persona ya práctica en los asuntos de Italia, y señaladamente en los negocios eclesiásticos. Los consejos de Granvela (2) triunfaron de la resistencia que al

Senado véneto el Embajador de la Señoría en Roma, A. Muratori. Albèri, serie II, vol. III.

(1) Relación de Luigi Mocenigo, de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 32.

(2) Granvela al Rey, de Gante á 14 de Agosto de 1559. *Papiers d'Etat du Cardinal de Granvelle*, tomo V, pág. 635. El Obispo de Angulema á Enrique II, de Roma á 16 de Diciembre de 1558, en Ribier, II, pág. 335.

envío de aquel personaje hacía el partido del Duque de Alba, y en 22 de Agosto de 1559 el Rey expidió un despacho nombrando á Vargas Embajador en Roma, recomendándole la urgencia de presentarse en aquella Corte y encareciéndole, sobre todo, la necesidad de que enviase á Gaeta persona encargada de recoger las instrucciones que á Figueroa se habían dado para el caso de fallecer el Papa y elección de sucesor. Al mismo tiempo escribía Felipe al Virrey de Nápoles, que á la sazón lo era D. Pedro Afán de Ribera, Duque de Alcalá, mandándole recoger y enviar á Roma, para la llegada del nuevo Embajador, todos los papeles de Figueroa tocantes á aquella embajada. (1). Mas á pesar de las recomendaciones urgentes del Rey y de los buenos oficios de Granvela, que desde Gante había pasado á Amberes con objeto de estimular á Vargas á ponerse en camino (2), al comenzar el Cónclave el diplomático español aun no había podido salir de los Países Bajos.

Tres toques de campana anunciaron á los Cardenales que era llegada la hora de cerrarse el Cónclave y á los Embajadores que debían abandonar el Vaticano. Momentos después daban comienzo los trabajos de los candidatos, la lucha de los parciales, la rivalidad de las facciones. Como siempre, desde que el nepotismo había empezado á ser tradicional en el Vaticano, españoles y franceses, las dos grandes facciones rivales, tuvieron que contar con otro bando importante, acaudillado por el gran Cardenal Alejandro Farnese y el antiguo *condottiere* Carlos Carafa: el uno disponía de los votos de los Cardenales promovidos por Paulo III, y el otro encontraba dóciles instrumentos de su ambición y de su política en los miembros del Sacro Colegio que debían el capelo á Paulo IV. La base, pues, de cada uno de estos grupos estaba menos en

(1) Despacho de 22 de Agosto de 1559 á Francisco de Vargas. Archivo de Simancas, Roma, leg. 885, folio. 249.—Cartas de S. M. al Papa Paulo IV, á Andrés de Vergara, al Cardenal de Santa-Fiora y al Virrey de Nápoles, á 22 de Agosto. Alvarez Baena, *Hijos de Madrid*, II, pág. 93, nota.

(2) Carta de Granvela al Rey, de Amberes, á 5 de Septiembre de 1559. *Papiers d'Etat du Cardinal de Granvelle*, tomo V, pág. 645.

los intereses comunes de los purpurados que los formaban, que en el agradecimiento que sentían por los Pontífices á quien debían la púrpura. Muertos aquellos Papas, Farnese y Carafa, constituidos en jefes de los Cardenales creados por ellos, disponían naturalmente de gran número de votos que, unidos á los de una ú otra de las dos grandes facciones, debían más pronto ó más tarde decidir la victoria. Y no era que Farnese ni Carafa imaginaran poder obtener para sí la dignidad pontificia: antiguos servidores ambos del Rey de Francia, habíanle abandonado para pasarse á la causa española, y ni uno ni otro podía abrigar la esperanza de ser elegido, contando como contaban con la exclusión segura del partido francés. Próximamente iguales en número y en influencia las facciones francesa y española, si no tenía ninguna de ellas el número de votos necesario para hacer elección, teníanlo en cambio ambas más que suficiente para ejercer la exclusiva contra los candidatos que creyesen hostiles á los intereses de sus respectivas naciones (1). Por otra parte, ni Farnese, antiguo desertor del partido imperial, contaba con la confianza de Felipe II ni con la necesaria influencia personal en el Cónclave para hacerse elegir Papa, ni Carafa pudo soñar jamás con la posibilidad de suceder á su tío en el Solio pontificio. La experiencia de los últimos Cónclaves había demostrado que los Cardenales, divididos por tantos intereses y pasiones, consagrados al servicio de Francia ó España, estaban por lo menos de acuerdo en la necesidad de no elegir Pontífice sino á un candidato cuya edad ó cuyos achaques no hiciesen temer á las ambiciones impacientes la prueba de un Pontificado demasiado duradero (2). Un candidato de menos de sesenta años era, según expresión de los españoles de entonces, un candidato mozo (3), y Carafa, que apenas había

(1) Carta de Vargas á S. M., á 27 de Septiembre de 1559, en Döllinger *Beiträge*, I, pág. 266.

(2) Duruy, *Le Cardinal Carlo Carafa*, París, 1882, pág. 309.

(3) Gindely. *Zur Geschichte der Einwirkung Spaniens auf die Papstwahlen*, en las *SITZUNGSBERICHTE DER KAISERLICHEN AKADEMIE DER WISSENSCHAFTEN*, 1861, pág. 266.

cumplido los cuarenta, no podía tampoco alegar en favor de su mocedad la excusa de una salud quebrantada.

Otros motivos, además, impedían que el sobrino de Paulo IV alimentase semejante quimera. Elevado á la púrpura cardenalicia desde el miserable oficio de *condottiere*, de carácter demasiado poco escrupuloso para no vacilar en poner la mentira y la hipocresía al servicio de su ambición, espíritu rencoroso é irritable, habíase creado, durante su privanza con el último Papa, muchos y temibles enemigos. Como autor que fué de la liga entre Paulo IV y Enrique II contra los españoles y de la ruptura de la tregua de Vaucelles, auxiliar incansable, en una palabra, de la política antiespañola de Francia y Roma bajo el último Pontificado, Carafa no podía aguardar para sí por parte del Rey Católico sino la más franca y decidida hostilidad. Los Cardenales, excepción hecha de las criaturas de su tío (1), ni mostraban por él la más leve simpatía, ni aun, de otra suerte, habrían, á buen seguro, dado sus votos á un hombre de quien sólo podían aguardar atropellos y vejaciones. Los Barones romanos, en fin, informados, como siempre, de las vicisitudes del Cónclave por revelaciones de conclavistas indiscretos, habrían sublevado al pueblo ante la más ligera sospecha de que llegara á ser Pontífice su más enconado enemigo. No era, pues, una ambición que de antemano esperaba no ver jamás satisfecha, sino la justa desconfianza de todo Papa que no debiese la púrpura cardenalicia á su influencia, y del favor y promesas que á la sazón se le hacían por las Cortes de Francia y España lo que movía á Carlos Carafa á ambicionar la elección de uno de los de su bando; y este deseo fué realmente la clave de la conducta incierta y tornadiza seguida por él en tan largo é interesante Cónclave (2).

Aunque sin fuerzas suficientes para elegir por sí solo al sucesor del príncipe de los Apóstoles, el grupo de Carafa y de

(1) Llamábase criaturas de un Papa á los Cardenales por él promovidos.

(2) Para cuanto se refiera al Cardenal Carlos Carafa, véase el interesante libro de George Duruy, antes citado.

Farnese aparecía desde un principio dueño de la situación. Españoles y franceses tendrían que solicitar su ayuda en las operaciones electorales, dado que ninguna de estas dos grandes facciones contaba tampoco, ya lo hemos dicho, con los votos necesarios para elegir Pontífice. Carafa y Farnese, pues, decidirán la elección, con tal que los suyos permanezcan firmes, esto es, que su reconocimiento sea sólido y no ceda á las seducciones, á la intimidación, á los mil ardidés que los partidos rivales pondrán en juego para quebrantar su fidelidad y obediencia. Faltábales sólo resolver á cuál de los dos bandos acudirían con el auxilio de sus fuerzas. El problema merecía ser reflexión. ¿Inclinarían la balanza del lado de Francia ó del lado de España? Fuese cualquiera el partido que siguieran, la base de su conducta habría de ser única é invariable: combatir la elección de los candidatos de nación francesa ó española, por el temor de que su propia seguridad peligrara y de que el afecto y los vínculos naturales prevalecieran, como de ordinario, sobre los adquiridos. Mas sus vacilaciones no duraron mucho tiempo. Tanto Carafa como Farnese, tenían grande interés en conciliarse el favor de príncipe cuya dominación se hallaba más sólidamente que nunca establecida en Italia, y que tenía entre sus manos la fortuna y el engrandecimiento de sus familias (1). Al partido español, pues, llevaron el refuerzo de sus votos, mas no sin reservarse la conveniente libertad de acción para no ayudar á los candidatos de la Corte de Madrid que ellos juzgasen hostiles á sus intereses particulares.

Al comenzar el Cónclave, en las facciones francesa y española reinaba el mayor desconcierto. La muerte de Figueroa, antes de que éste hubiera podido presentarse en Roma, había sido causa de que no llegaran á conocimiento de los parciales de España las instrucciones del Rey Católico, y los servidores de Francia, ya de suyo mal disciplinados, aguardaban las últimas órdenes que de parte del Rey Cristianísimo había de transmitirles personalmente el Cardenal Luis de Guisa. De aquí que, si bien los Cardenales de cada uno de

(1) Duruy, *Le Cardinal Carlo Carafa*, pág. 310.

los grandes bandos se hallaban unidos por una idea común, la de excluir á los candidatos hostiles, estaban, en cambio, muy lejos de entenderse respecto de los que debían apoyar.

Al día siguiente de cerrarse el Cónclave, el miércoles 6 de Septiembre, muy de mañana, reuniéronse los electores en la capilla Paulina, donde recibieron la Sagrada Comunión de manos del decano, el Cardenal Juan de Bellay. Desde allí pasaron á la capilla Sixtina, para proceder á los escrutinios, en los cuales comenzó bien pronto á revelarse el desconcierto de los partidos. En este día y en los primeros siguientes, los Cardenales franceses y españoles fueron los más próximos á conseguir el triunfo. Los italianos sólo obtuvieron contadísimos votos. Ellunes 11, un purpurado español, Bartolomé de la Cueva, estuvo á punto de ser elegido Papa, gracias á una estratagema de su conclavista (1). Otro Cardenal español, Pedro Pacheco, alcanzó en repetidos escrutinios los sufragios de buen número de sus colegas (2). Los Cardenales Tournon y Xalón, ambos franceses, eran, en cambio, ayudados con empeño por los electores devotos de Francia; pero el esfuerzo colectivo de la facción española y del grupo dirigido por Farnese y Carafa consiguió excluirlos desde los primeros momentos (3). El martes 12 comenzaron á abrirse camino las candidaturas de algunos Cardenales italianos; los franceses patrocinaban á Hércules Gonzaga, cardenal de Mantua, y los españoles favorecían á Jacobo Púteo, de Niza. La candidatura de Mantua aumentó en el bando español la

(1) Cuenta Pallavicino, *Storia del Concilio di Trento*, libro XIV, cap. 10 que habiendo rogado separadamente Fernando de Torres, conclavista de Cueva, á treinta y dos Cardenales, cuatro más de los necesarios, que honrasen con sus votos en el escrutinio secreto á aquel Cardenal, á cuya virtud parecía convenir esta muestra de estimación de sus colegas, cada uno de ellos, ignorante de lo que se tramaba, lo prometió de buen grado, movido no sólo del mérito de la persona, sino también de la creencia en la imposibilidad del triunfo. Mas habiéndose descubierto á tiempo el juego, varios electores borraron de sus cédulas el nombre de Cueva, y algunos lo sustituyeron con el de otros candidatos, de suerte que este Cardenal sólo obtuvo diez y siete votos.

(2) Avisos de Roma de 10 hasta 15 de Septiembre de 1559. Archivo de Simancas, Roma, leg. 884, fol. 52.

(3) Del mismo documento antes citado.

división y la indisciplina; dos de sus corifeos, el Camarlengo Santa-Fiora y el cardenal de Trento, en lugar de ayudar á á los españoles, llevaron á los franceses el auxilio inesperado de sus votos; y á tiempo que éstos despachaban correos á España solicitando del Rey recomendase á sus súbditos y servidores la elección de Gonzaga para el Pontificado, Ferrara escribía á Francisco II demandándole hiciese venir á furia los Cardenales franceses que aun no hubieran salido de sus respectivas diócesis (1).

En el ínterin propalábase en Roma el rumor de que los electores se habían reunido para votar á Púteo, y en menos de una hora las acciones de este Cardenal, que hasta entonces se habían cotizado á 17 y 18 ducados, subieron en bancos á 42 por 100 (2). Mas si los españoles contaban con la ayuda de Carafa y Farnese para excluir á Mantua, no podían, en cambio, hacer cuenta con ella para la elección de Púteo. Enemigo Farnese de la casa ducal de Mantua, por creer, quizá no sin fundamento, que D. Fernando Gonzaga, Vicario de Carlos V en Italia, había sido el principal autor de la conjura que dió por resultado la muerte del Duque Pedro Luis Farnese, padre del Cardenal, y la ocupación de Parma y Plasencia por los imperiales, y enemigo enconado también Carlos Carafa del Camarlengo de Santa-Fiora (3), patrocinador de Mantua, la elección de este candidato había de encontrar necesariamente en el bien disciplinado grupo de los nepotes una hostilidad manifiesta. Carafa, por otra parte, tenía contraído compromiso de trabajar con todo empeño por el triunfo del Cardenal de Carpi, con quien se había aliado estrechamente en vida de Paulo IV, y toda candidatura que no fuera la suya, había de hallar en él oposi-

(1) Del mismo documento.

(2) Íbid.

(3) Este Cardenal había sido uno de los iniciadores del apresamiento de las galeras francesas en el puerto de Civita-Vecchia, que dió lugar á la guerra de Paulo IV con España, y que motivó la prisión de Santa-Fiora, Camarlengo ya del Sacro Colegio, en el castillo de Sant-Angelo, gracias á un ardid del mismo Carafa.

ción tenaz y decidida. La elección de este purpurado, sin embargo, tropezaba con dificultades poco menos que insuperables. No sólo había sido excluído expresamente por el Rey de Francia (1), sino que contaba en ambas facciones, la francesa y la española, con adversarios poderosos y temibles. Carpi pretendía recuperar el territorio de Carpi, su patria, á la sazón en poder del Duque de Ferrara, y no hay, por consiguiente, que maravillarse de que Hipólito de Este, jefe del partido francés, tratara de impedir también por su propia cuenta y por cuantos medios hallara á mano el triunfo del que consideraba como enemigo de su familia. En el partido español, Santa-Fiora, á quien lo mismo Carafa que su protegido habían inferido graves ofensas, dirigía el grupo de los adversarios de Carpi, tenido además entre sus colegas por hombre rencoroso y vengativo. Tal era la situación diez días después de la clausura del Cónclave. Las maquinaciones de los unos, la doblez de los otros, las enemistades de los más y la indecisión de todos, habían sido causa de que hasta entonces no se hubiera atendido sino á excluir á todos los candidatos.

Continuaban entretanto en Roma los disturbios y los crímenes. Un testigo ocular afirma que «eran estos días infinitos los hombres que se mataban con arcabuzes y artesanagos» (2). El jueves 14 entraron en Cónclave los Cardenales Luis de Guisa y Lorenzo Strozzi, los cuales llegaban á engrosar las filas de la facción francesa. Nuevas tentativas hechas entonces en favor de Tournon por los parciales de Francia y de Pacheco por los servidores de la Corona de

(1) Instrucción al Cardenal de Ferrara para el Cónclave, y carta de Francisco II al Obispo de Angulema, á 27 de Agosto de 1559, en Ribier, II, página 830: «Il faut qu'avec ceux desdits Cardinaux qui se troueront affectionez à ma part audit Conclave, vous regardiez d'ensuivre le contenu en l'Instruction signée de ma main que i'ay envoyée audit Cardinal de Ferrare, pour vous la faire tenir: faisant tout ce que vous pourez avec lesdits Cardinaux pour l'exclusion de Carpy, et empescher qu'il ne vienne au Papat.»

(2) Avisos de Roma de 10 hasta 15 de Septiembre de 1559. Archivo de Simancas, Roma, leg. 884, fol. 52.

España no dieron ningún resultado. El 25 prodújose en el Cónclave confusión extraordinaria. Convencidos los Cardenales franceses de que serían inútiles cuantos recursos emplearan para hacer Papa á uno de sus compatricios, preparábanse á intentar, de acuerdo con Santa-Fiora, un enérgico y vigoroso esfuerzo en favor del Cardenal de Mantua. El plan estaba bien concebido: penetrados de que el procedimiento de escrutinio era por extremo aventurado y dudoso, habían acordado, sin divulgar más el proyecto, proceder por adoración, á fin de coger desapercibidos á los electores contrarios. La trama, sin embargo, no dió el resultado que sus autores se proponían; prevenidos á tiempo los españoles, y sobre todo Carafa y Farnese, de la sorpresa que se les preparaba, congregáronse á su vez con gran alboroto para adorar á Pacheco, no porque creyesen que podían hacerle Papa, sino con el objeto de imposibilitar con la falta de número de votos la elección de Mantua (1). Pero el fracaso

(1) Avisos de Roma de 24 hasta 27 de Septiembre de 1559. Archivo de Simancas, Roma, leg. 884, fol. 51.—Carta del Cardenal de Guisa al Cardenal de Lorena y Duque de Guisa, sus hermanos, á 27 de Septiembre, en Ribier, II, pág. 833.—Otra carta de los Cardenales de Guisa y Ferrara al Rey, de la misma fecha, en Ribier, II, pág. 832: «Estant sur le point de nous assembler pour proceder, par la voye d'adoration à l'election de mondit sieur le Cardinal de Mantouë, lesdits Cardinaux Farnese et Carafe, les quels, sire, s'estre touiours tous deux, et plus affectionnement Carafe, montrez contraires a tous les vostres, se sont mis ensemble, retenans avec eux tous ceux qu'ils auroient peu tant de leurs parens que de la création des Papes Paul III et Paul IV.»—Y en otra carta: «Farnese et Carafe ont donnè tout l'empeschement qu'ils ont peu à nos desseins, et plus encore Carafe que Farnèse: car ie n'ay iamais veu Bourguignon, Espagnol, ny ennemy de la couronne de France plus contraire ny qui monstrast plus de mauvaise affection au service et accomplissement du vouloir et intention du Roy, qu'il fait.» Ribier, II, pág. 834.—En el escrutinio del día siguiente, 26 de Septiembre, obtuvo Pacheco 23 votos, y este día fuera Papa si el Camarlengo y sus allegados le hubiesen favorecido. Con tal motivo escribía el Cardenal de Sigüenza al Rey: «De my lo que ay que decir á V. M. es lo que tengo escrito, si el camarlengo acudiera como devía y era obligado, los negocios estuvieran de otro arte del que estan. Él a pretendido todo lo que ha podido de hazer á Mantua ó á Púteo, y con ninguno puede salir. Con Carpi no a estado ni está bien a lo que muestra.» Carta de 17 de Octubre de 1559. Archivo de Simancas, Roma, leg. núm. 884, fol. 245.

de este Cardenal, lejos de abatir el ánimo de sus partidarios, acrecentó su empeño. Ferrara y Guisa, Santa-Fiora y Trento obligáronse solemnemente á no prestar apoyo á candidatura alguna sin antes haber perdido toda esperanza de conseguir el triunfo de su patrocinado (1). Y aunque la resistencia de algunos Cardenales franceses á ceñirse á las órdenes é iniciativas de la Corte de París fué tal que, en sentir de Guisa, «jamás hombre alguno tuvo que habérselas con más indignas personas de sus Estados ni á quien debiera dar menos fe,» todavía el hecho de haber restado al campo contrario importantes elementos hacíaes aguardar futuras bienandanzas. «Por lo menos—escribía en esta ocasión el Cardenal de Guisa á su hermano el de Lorena—os puedo asegurar que no se hará Papa sin que nosotros tengamos en la elección la mejor parte. Que sea tal y como lo podéis desear, no os lo certifico; pero de todos modos el que llegue á serlo quedará principalmente obligado á nuestro señor» (2). Vicisitudes é intrigas posteriores, y sobre todo los manejos del Embajador español, llegado á Roma el 25 de Septiembre, habían de mudar más de una vez el aspecto del Cónclave y hacer vacilar á menudo las lisonjeras esperanzas de la facción francesa.

(1) El Cardenal de Guisa al de Lorena y Duque de Guisa, 27 de Septiembre, en Ribier, II, pág. 834.

(2) Del mismo documento, pág. 835. El ejemplo del Cardenal Reumano, de nacionalidad francesa, que se había negado á votar á Mantua, so pretexto de que, habiendo recibido la púrpura de Carafa, habíale prometido no dar jamás su voto á quien fuera enemigo de él ó de su casa, hizo cundir la indisciplina en el partido de Francia: «celuy-là et fort mal asseuré, qui se veut attendre aux paroles et promesses de beaucoup qui sont icy, lesquels n'ont nulle affection, qu' à leur particulier. Iamais homme n'eust affaire avec plus indignes Personnes de leurs Estats, n'y à qui il fallut adiouster moins de foy, qu' à ceux-cy: car quand on les va visiter, ils vous promettent ce qu'il est possible; et sont tant serviteurs du Roy, qui les voudroit croire, qu'il n'y a en France leurs pareils.» Y más adelante: «.....pour le moins ie vous puis asseurer qu'il ne se fera point de Pape, de qui nous n'ayons la meilleur part. Qu'il soit du tout comme le pouriez desirer, ie ne vous le certifie pas; mais pour le moins celuy qui le sera, en aura la principale obligation à nostre Maistre.»

VIII

Cosa es de todos sabida que la diplomacia española descolaba por aquel tiempo en todas las Cortes europeas por su maravillosa perspicacia, su habilidad para el manejo de los negocios y su experiencia en el despacho de los asuntos más importantes y complicados. Dueño y señor de vastísimos y entre sí muy apartados territorios, mezclado en todos los conflictos que á la sazón agitaban la Europa, Felipe II, como antes su padre el Emperador Carlos V, había comprendido la necesidad de buscar en la pericia de sus diplomáticos la garantía y la salvaguardia de sus intereses y de su influencia; y como el Monarca sabía muy bien que la base de la supremacía española estaba en las posesiones de Italia, así como que una buena parte de los recursos de que disponía y aun de la autoridad de que gozaba, dependía de sus relaciones con la Curia, sus Embajadores en la Corte pontificia eran siempre escogidos por él entre los estadistas más hábiles, más fieles y más celosos que le rodeaban. La dificultad de las comunicaciones entre las penínsulas italiana y española á través de un mar infestado de corsarios ó cruzando la Francia, con la cual de continuo estaba en guerra ó de cuya amistad en tiempos de paz con razón recelaba, exigían del Rey Católico una gran latitud para sus representantes cerca de la Santa Sede y una consideración en armonía con la importancia de los intereses que les estaban confiados. En Roma y en el Sacro Colegio, ellos eran los que ejercían más influencia y disfrutaban de más singulares privilegios. Cardenales y Prelados, amigos y favorecidos de nuestros Reyes, formaban una especie de Corte española dentro de la pontificia, cuyo centro y cabeza era naturalmente el Embajador. Ejercía éste propia jurisdicción y autoridad en el barrio en que estaba situada su casa; albergaba cerca de sí una turba de soldados, artis-

tas, clérigos y familiares, bastantes para hacer respetar su persona en cualquier trance hasta del mismo Gobierno pontificio; y cuando le parecía conveniente ó justo, empleaba las muchas espadas que tenía á su disposición en vengar ó deshacer las personales injurias (1).

Ahora bien: la crisis que el prestigio de la Corona de España había venido atravesando bajo Paulo IV y la conservación y defensa de los intereses españoles amenazados por la Curia, habían demandado con más imperio que nunca el nombramiento de un Embajador en Roma de gran habilidad y experiencia en el manejo de los asuntos eclesiásticos. La elección de Felipe, recayó esta vez, como queda dicho, en D. Francisco de Vargas Mejía. Antiguo fiscal del Consejo de Castilla, Vargas fué uno de los canonistas y teólogos que representaron á España en Trento, y el que en compañía de D. Martín de Soria Velasco, con durísimo tono y no menos osadas palabras, había protestado en pública audiencia en 1548, como Ministro del Emperador en Bolonia y ante el Legado del Papa, contra la traslación á otra parte del ya comenzado Concilio. Era además hombre de muy libres ideas en cuestiones de jurisdicción y disciplina de la Iglesia. Para él, como para todos los teólogos y juristas españoles, la autoridad del Rey Católico era aquella misma de que los antiguos Emperadores habían tanto usado y abusado en todas materias, pero singularmente en las eclesiásticas. Conocidas son las atrevidas respuestas que D. Francisco de Vargas dió al Memorial que de parte del Rey se entregó en 1556 á varios teólogos y juristas para que emitiesen dictamen acerca de los agravios inferidos á sus reinos y á sus súbditos por Paulo IV. Lejos de templar la cólera y el resentimiento del Monarca, no tuvo escrúpulo en aconsejarle, entre otras cosas, «que se hiciese la sustracción de obediencia al Pontífice, no perpetua, sino temporal; y no por razón de la dignidad, sino de la persona, siendo como era enemiga»; prosiguiéndose

(1) Cánovas del Castillo, en sus artículos sobre «Roma y España á mediados del siglo XVI», publicados en los tomos II y III de la *Revista de España* (1868), tomo II, pág. 435.

además, decía, sin autoridad pontificia el Concilio de Trento para determinar sobre la elección de Paulo IV que no era á su juicio canónica, y sobre ser éste «tan furioso que notoriamente disipaba, perturbaba y escandalizaba la Iglesia, por do merecía ser depuesto» (1). Estas graves respuestas, así como multitud de otros documentos y cartas suyas que desde há mucho tiempo corren impresos, dan clara idea del carácter del hombre en quien más que en otro alguno depositó al fin su confianza Felipe II durante sus desavenencias con la Santa Sede, y á quien en las críticas circunstancias por que atravesaba ahora su prestigio en Italia había confiado la representación de España en Roma (2).

Y en verdad, difícilmente habría hallado el Monarca español entre sus ministros y consejeros otro más apto para el desempeño de misión tan delicada. Adornaban á Vargas todas las cualidades que Felipe exigía de sus Embajadores: el secreto, el disimulo, la imparcialidad, pero sólo cuando no estuvieran de por medio los intereses de su Rey, gran energía y ancha conciencia para la elección de medios, con tal de conseguir el deseado fin. De su actividad y de su práctica en todo género de ardides y de intrigas, ofrecerán clara prueba sus manejos en el Cónclave con que iba á dar comienzo á la embajada.

Luego que llegó á Roma Vargas, pidió audiencia al Sacro Colegio; y habiéndosela concedido para el día siguiente, presentóse en el Vaticano acompañado de buen número de agentes y servidores de la Corte de España. Recibido por los Cardenales y cambiados los cumplimientos de uso, el Embajador pasó á representarles «el deseo del Rey Católico de que en el hacer Papa sólo se atendiese á lo que al servicio de Dios convenía y al bien universal de la Christiandad; que

(1) Cánovas, *Revista de España*, tomo II, pág. 24.

(2) Para la biografía de Vargas, véase Álvarez Baena, *Hijos de Madrid*, tomo II, págs. 91 y ss.—Nicolás Antonio, *Bibliotheca hispano-nova*, Matriti, 1783, tomus primus, pág. 493.—Roxas y Contreras, Marqués de Alventos, *Historia del Colegio Viejo de San Bartotomé Mayor de la Universidad de Salamanca* (continuación de la de Ruiz de Vergara), tomo II, pág. 175.

si para ello eran menester sus fuerzas y todo lo que él valía y podía lo tenía muy pronto para lo que ordenassen; que les suplicaua que en esta elección atendiesen sólo á la conseruación de la paz y á la reformation de los abusos y destirpación de las heresías, haziendo persona tal que atendiese á ello; que para que este tan santo effeto se consiguiese, les exhortaua y rogaua la unión y paz y conformidad entre ellos, pues tan necesaria era; y que pues de la buena elección que se esperaua que harían, hauía de resultar mayor bien en todo el mundo, tuviessen en esto mucho auertimiento, pues con ello todo se facilitaría y vernía á mejor effeto» (1). Á estas graves y reposadas palabras de nuestro Embajador contestó, á nombre del Sacro Colegio, el Cardenal decano Juan de Bellay, certificando, después de elogiar el celo, religión y obediencia del Rey Católico, que «todos los Cardenales no tenían otro intento ni deseo que el de la conseruación de la paz, reformation y destirpación de las heresías, y que con quanta affición podían la procurauan; que allí hauía toda paz, toda conformidad y toda caridad, porque era negocio donde obraua Dios; que no porque algunas vezes huuiesse algún disentir de los unos á los otros por eso hauía desunión ni desconformidad, y que no era marauilla que en los hombres la huuiesse, pues entre los Apóstoles, llenos de Espíritu Santo, tratando de elección la hauía hauido» (2). Las intrigas de Vargas y los escandalosos accidentes de la elección habían de demostrar, si la experiencia de otros Cónclaves no lo hubiera ya sobradamente acreditado, que así el razonamiento del Embajador como la respuesta del Decano no eran, en el fondo, sino vanas aunque obligadas fórmulas. Despojadas de su ropaje diplomático, las palabras del Ministro significaban, sobre poco más ó menos, que España necesitaba un Pontífice que no viese

(1) Razonamiento que hizo el Embajador Vargas al Sacro Colegio de Roma, á 26 de Septiembre de 1559. Archivo de Simancas, Roma, leg. número 885, fol. 28.

(2) Del mismo documento.—Avisos de Roma desde 24 hasta 27 de Septiembre. Archivo de Simancas, Estado, legajo 884, fol. 51.

más que por los ojos del Rey Católico y á quien éste hallase siempre dispuesto á favorecer sus intereses y secundar sus planes. La réplica del Colegio podría ser la expresión de las ideas y sentimientos de algunos de sus individuos, pero no respondía seguramente á los propósitos y sobre todo á los hechos de la mayoría de los Cardenales.

Cumplido aquel deber oficial, Vargas, sabedor ya del desconcierto que reinaba en el Cónclave y de la división de los súbditos y servidores del Rey Católico, que ponía en grave riesgo la causa de España, resolvió consagrar por el pronto todos sus esfuerzos á desvanecer el peligro, conciliando las voluntades discordes, asegurándose del apoyo de Farnese y de Carafa, granjeándose la benevolencia de los Cardenales sin prometer á nadie el Papado y haciendo entrever á todos las más lisonjeras esperanzas, no ligándose, en fin, con ninguno de ellos, pero halagando con la idea de futuras recompensas á los que se mostraran rehacios ú hostiles. Á esta tarea se entregó el Ministro español con extraordinario celo. Á las repetidas instancias de Santa-Fiora y de Trento para que favoreciese al Cardenal de Mantua, y á las protestas que contra semejante pretensión hicieron llegar hasta él los Cardenales nepotes, Vargas eludió el contestar, alegando no haber recibido aún las instrucciones y papeles de D. Juan de Figueroa, é ignorar, por ende, la voluntad del Monarca (1). Y al mismo tiempo que recibía de Carafa formal promesa de hacer á la letra cuanto le mandase, concertaba con el Camarlengo una entrevista en la que habían de ponerse de acuerdo sobre la conducta que, para evitar una derrota, el partido español debía seguir (2).

Como con arreglo á la Decretal de Gregorio X, los Embajadores y Prelados tenían la misión de hacer observar el orden en el Cónclave, de no dejar entrar ni salir persona, póliza ó carta alguna y de impedir cuanto pudiera pertur-

(1) Estas instrucciones, enviadas á Roma por el Virrey de Nápoles, recibiólas Vargas dos días después de su llegada á la Corte pontificia.

(2) Vargas á S. M., á 27 de Septiembre de 1559, en Döllinger, *Beiträge*, I, página 265.

bar la libertad de los votos de los Cardenales (1), la entrevista del Embajador con Santa-Fiora hubo de celebrarse de noche y por lugar secreto. Pero este primer paso no produjo todo el resultado que Vargas aguardaba. El compromiso contraído por el Camarlengo con el Cardenal de Mantua era demasiado fuerte para que aquél renunciara por completo, sin larga y penosa lucha, á la esperanza de conseguir el triunfo, ni aun después de saber de labios del Ministro que no era Mantua de los candidatos nombrados por el Rey (2). La resistencia de Santa-Fiora exacerbó, como era natural, el encono de Carafa y Farnese, y estas discordias fueron causa de que fracasaran, de un lado, las nuevas tentativas hechas por el partido español en favor de Pacheco y Cueva, y de otro, los esfuerzos de Carafa para elevar al Cardenal de Carpi al Solio pontificio (3). Receloso, entretanto, Farnese de las confidencias y negociaciones que Vargas sostenía con el Camarlengo, como cabeza que era de la facción española en el Cónclave, y temeroso de que el Embajador, ya por su propia cuenta, ya por encargo del Rey, prestara también calor y ayuda á la candidatura de Mantua, despachaba un correo á España (4) que representase á Felipe los graves inconvenientes que para la Italia entera y en particular para los intereses españoles, podrían seguirse de la elección del dicho Cardenal. Mas lo mismo el Monarca que el Embajador estaban muy lejos de querer ceñir la tiara á

(1) Decretal *Ubi periculum*, dictada en el Concilio de Lyon de 1274. Sus rigorosas disposiciones fueron suavizadas por la constitución de Clemente VI *Licet in constitutione*, de 1311, derogadas por Adriano V y Juan XI y restablecidas en todo su vigor, al comprenderlas Bonifacio VIII en el Sexto de las Decretales. Sobre cuanto se refiere al ceremonial de los Cónclaves, debe verse á Jérôme Bignon, *Traicté de l'élection des Papes*, París, 1604. Este libro fué reimpresso en la misma ciudad en 1655, y últimamente en Rogent-le-Rotrou, en 1874.

(2) Vargas al Rey, á 27 de Septiembre, en Döllinger, I, páginas 266 y 268.

(3) Avisos de Roma, desde 24 hasta 27 de Septiembre, ya citados.—Cartas de Vargas á S. M., de 27 y 28 de Septiembre, en Döllinger, I, páginas 265 y 268 y siguientes.

(4) Felipe II había salido de los Países Bajos á mediados de Agosto, y el 30 del mismo mes llegó á España y desembarcó en Laredo.

las sienes de aquel purpurado. Para el Rey Católico, como para los propios miembros del Sacro Colegio, era norma invariable de conducta el combatir con todo empeño la exaltación á la Sede Apostólica de Cardenales poderosos é influyentes. «No discurriré—escribía á Felipe el Duque de Alba, á quien se había consultado sobre el asunto—si conviene al servicio de V. M. que Mantua sea promovido al Pontificado; porque sabemos que V. M. lo tiene muy bien entendido, que aunque él sea servidor suyo, la regla general es que hombre de casa grande no conviene, y es tan general que no sufre ecepción» (1). Y no era tampoco que Vargas se inclinara á favorecer por cuenta propia la candidatura de Gonzaga, sino que comprendiendo el daño que podría sobrevenir á los intereses españoles si de repente se declaraba en franca y abierta hostilidad contra los planes del Camarlenigo, así como las contrariedades que pudiera ocasionar á Felipe II el enajenarse para siempre la voluntad de la casa ducal de Mantua, había resuelto contemporizar por el pronto con ellos, al solo intento de hacer ver «que Su Majestad Católica le había favorecido y que él no había faltado» (2).

El Embajador, por otra parte, careciendo de las necesarias órdenes del Rey respecto de la candidatura de Hércules Gonzaga, no quería aventurarse á obrar por su propia ini-

(1) Parescer á Su Mag.^d sobre las cosas del Cónclave, en tiempo que salió creado Papa Pio viiiij en Alua á xxuij de Octubre de 1559. Bibliothèque National de París, fondo español, núm. 161, fol. 13 vuelto del «Registre d'un Ambassadeur d'Espagne.» En 3 de Octubre, escribía también Vargas al Rey: «El Duque de Florencia ha enuiado en su favor (de Mantua) veinticinco cédulas, sin embargo, de los que ha propuesto y desea, pero debe ser de miedo, porque á lo que yo juzgo, cuando le hablé no estaba en ello, diciendo que de Príncipes, frailes y ultramontanos, no hay que hablar.» Döllinger, I, pág. 272. Luigi Mocenigo decía meses después al Senado Véneto: «Queste persone basse ed ascese in tal modo al Cardinalato, hannos por maggior vantaggio ad esser create pontifici, pero che par che comunemente, é più li nobili e illustri che gli altri, i quali non possono farsi loro, piuttosto inclinino a far un ignobile e basso che uno di sangue nobile ed illustre ed anche uno che sia stato seruitor loro e di casa.» En Albéri, serie II, tomo IV, pág. 32.

(2) Vargas á S. M., á 28 de Septiembre de 1559, en Döllinger, I, página 269.

ciativa en la exclusión de este purpurado. Las instrucciones de D. Juan de Figueroa nada le decían sobre el particular, y una carta de Felipe que recibió dos días después de su llegada á Roma, era tan poco explícita que, lejos de allanarle el camino, había aumentado sus perplejidades y sus dudas. En tal aprieto, Vargas resolvió hacer lo que hallaba menos peligroso: escribir á Felipe pidiéndole órdenes claras y precisas sobre lo de Mantua, satisfacer á Santa-Fiora ofreciéndole aguardar la respuesta del Monarca, y encaminar en el ínterin las cosas de modo que, de llegarse á elegir Papa, fuera éste uno de los Cardenales nombrados por el Rey (1). Las dificultades con que desde un principio había venido tropezando el triunfo de Carpi, primero de los propuestos por la Corona española, y la necesidad, sobre todo, de transigir con Santa-Fiora y de contrarrestar los esfuerzos de los franceses, movieron á Vargas á prestar favor y ayuda á Jacobo Púteo, segundo de los nombrados, y á escribir á los devotos de España en el Cónclave, recomendándoles que con este fin «creyeran al Camarlengo, y conforme á lo que les declarara, aquello hicieran» (2). Pero esta nueva campaña de la facción española no dió tampoco el resultado apetecido. Las discordias, cada día más profundas y peligrosas, entre Santa-Fiora, Farnese y Carafa echaron también por tierra esta vez los planes del Embajador. La escena cambiaba de hora en hora, y la confusión y el desorden aumentaban en el Cónclave.

(1) Aunque no lo dicen de una manera concreta, todo esto se desprende claramente de las cartas de Vargas al Rey, de 27 y 28 de Septiembre, en Döllinger, I, pág. 265-270; así como de un breve extracto que poseo de una carta de Felipe á Vargas, de 8 de Septiembre de 1559. En ella hace el Rey alusión á instrucciones que le había remitido desde Laredo. Simancas, Roma, leg. núm. 885, fol 241.

(2) Vargas á S. M., á 28 de Septiembre de 1559, en Döllinger, I, página 269.

IX

Tantos peligros, determinaron á Vargas á combatir de frente tamañas diferencias, resuelto, sobre todo, á que la voluntad de Felipe II se cumpliera, y en otro caso, que ninguno llegara á ser Papa que no entendiera que le hacía el Rey de España, para que así se lo reconociese (1). Maestro en el arte de la intriga, poseía el Ministro español un maravilloso golpe de vista para descubrir desde luego el lado vulnerable del adversario y concentrar en él el ataque ó la defensa, variando las armas de combate según las necesidades del momento. Con todo recato, pues, avistóse el 29 de Septiembre por la noche con los Cardenales Carafa y Farnese, y luego de exhortarles á la unión con el Camarlengo y de representarles lo mucho que á ambos quería y estimaba S. M. Católica y cómo él hacia relación al Rey de cuán principalmente le servían, invitóles á una nueva entrevista, que hubo de celebrarse noches después, con presencia del Cardenal de Santa-Fiora. Las dificultades para llegar á un acuerdo eran cada vez mayores, pero al fin se hizo la unión, no sin declarar Farnese y Carafa que jamás consentirían en votar á Mantua ni á Púteo, y que no siendo ellos personas ni tan flacos servidores del Rey Católico que se les hubiese de encubrir su mente, allí la querían saber, porque no se los llevara á dar en algún precipicio (2). Y aunque no dejó el Embajador de protestar que no cooperaría él á la exclusión de aquellos Cardenales, siendo, como eran, protegidos del Rey Felipe, en definitiva quedó resuelto que ante todo se

(1) Vargas al Rey, á 3 de Octubre de 1559, en Döllinger, I, pág. 274.

(2) Vargas al Rey, á 3 de Octubre, en Döllinger, I, págs. 271 y 272. Esta nueva entrevista se celebró el 2 de Octubre.

hiciese esfuerzo por Carpi, y si no saliera, por Pacheco y los demás candidatos propuestos por el Monarca (1).

Mas no permanecía entretanto ocioso é inactivo el Cardenal de Mantua. Al mismo tiempo que escribía al Rey Católico quejándose de Farnese y de Carafa y suplicándole mandara á su representante en Roma que trabajase por su candidatura (2), encomendaba al Conde Juan Francisco de Novelara la misión de ganar para él la voluntad de Vargas (3), procuraba granjearse á poder de promesas y aseguramientos al sobrino de Paulo IV (4), concertábase con los franceses (5) y ponía en juego cuantos medios hallaba á mano para aumentar la lista de sus partidarios. Las maquinaciones de Mantua; la resistencia del Camarlengo á retirar su apoyo á este Cardenal con quien se había estrechamente comprometido; las amenazas de Carafa de unirse á Ferrara para hacer Papa francés si Santa-Fiora insistía en su pretensión (6); las promesas con que la facción francesa apretaba de continuo al grupo de los nepotes y aun á los mismos servidores de la Corona de España; el ver que los devotos de Francia habían pedido é iusistían con tanta furia en elevar á Hércules Gonzaga al Solio pontificio (7); el pe-

(1) Vargas al Rey, á 3 de Octubre de 1559, en Döllinger, I, páginas 271 y 272.

(2) Felipe á Vargas, á 20 de Octubre. Archivo de Simancas, Roma, leg. núm. 885, fol. 243.

(3) Vargas al Rey, á 3 de Octubre, en Döllinger, I, pág. 273.—Por encargo también de Mantua, salió de Roma el Conde de Novelara, para dirigirse á Madrid, donde debía mover el ánimo del Rey en favor de aquel Cardenal; mas al pasar por Florencia, disuadióle de su propósito el Duque Cosme, el cual, aparentando favorecer á Gonzaga, combatíale en lo secreto, y desde allí volvióse á Roma. Vargas al Rey, á 18 de Octubre, en Döllinger, I, página 281.

(4) Vargas al Rey, á 18 de Octubre, en Döllinger, I, pág. 279.

(5) Los Cardenales de Ferrara y Guisa al Cardenal de Lorena y Duque de Guisa; del Cónclave, á 18 de Octubre de 1559, en Ribier, II, pág. 835.

(6) Del mismo documento.—Cartas de Vargas al Rey, á 13 y 18 de Octubre, en Döllinger, I, págs. 274, 276 y 277.

(7) Vargas al Rey, á 18 de Octubre, en Döllinger, I, pág. 277. «.....por las otras causas que á V. M. he escrito y ver que franceses lo nombraron y pidieron y que con tanta furia han insistido é insisten en él.»

ligo, en fin, que por todas estas causas corrían en el Cónclave los intereses del Rey Católico, movieron á Vargas á emplear recursos más extremos. Escribió á Trento, Santa-Fiora y otros Cardenales para que, desasidos de Mantua, se juntasen con Farnese y Carrafa y conforme al servicio de Dios y mente de Su Majestad Católica se hiciera una buena elección (1); hizo llegar á manos del mismo Gonzaga una carta en que, con las mejores palabras y maneras que supo, le representaba cómo no tenía de qué quejarse y cómo Su Majestad y él le habían favorecido y ayudado (2); presentóse en Cónclave para encarecer á los Cardenales la necesidad y conveniencia de proceder con la mayor brevedad posible, y exponerles los graves inconvenientes que de lo contrario podían ofrecerse (3); habló secretamente á Farnese y Carrafa para exhortarlos á la unión con Santa-Fiora, prometiendo en particular al sobrino de Paulo IV que el Rey de España «ternía memoria del y de su casa y le remuneraría sus servicios, especialmente éste, siendo como era tan señalado;» y despachó, por último, un correo á Madrid, encomiando la conducta y servicios del antiguo *condottiere*, y pidiendo al Monarca «orden para promettelle en particular, allende de lo que en generalidad le había ofrescido» (4).

Estos esfuerzos de nuestro Embajador no dieron, sin embargo, mejor fruto para la causa de España que los que habían ya dado sus primeras negociaciones. Los fieros de Carrafa habían quebrantado la firmeza del Camarlengo, pero advertidos á tiempo Guisa y Ferrara, lograron detenerle y obligarle de nuevo á aguardar la respuesta de Felipe II sobre la candidatura de Mantua, expresamente recomendada por

(1) Vargas al Rey, á 13 de Octubre de 1559, en Döllinger, I, pág. 275.

(2) Vargas al Rey, á 18 de Octubre, en Döllinger, I, pág. 276.

(3) Vargas al Rey, á 18 de Octubre, en Döllinger, I, pág. 277.

(4) Vargas al Rey, á 13 y 18 de Octubre, en Döllinger, I, pág. 275-277.— En 18 de Octubre escribía asimismo Vargas á Felipe: «Suplico á V. M. mande escribir lo que sea servido, con que yo pueda satisfacer al Cardenal Carafa más en forma, y agradecer al Camarlengo y á los demás que paresciére convenir lo que han hecho, y que el Camarlengo entienda los buenos oficios que yo hago por él y otro tanto Farnese.»—Döllinger, I, pág. 281.

la Corte de París (1); Hércules Gonzaga proseguía con creciente empeño sus negociaciones y sus intrigas; y el sobrino de Paulo IV, que ante la perspectiva de la recompensa no había vacilado en decir á Vargas que «no era otro su deseo sino servir á S. M. y que con esto moriría» (2), se negaba ahora á apoyar candidato alguno sin antes haber perdido toda esperanza de hacer Papa al Cardenal de Carpi (3). Si Carafa aparecía á menudo como el agente más devoto, activo é impetuoso de la Corona de España en el Cónclave, recibiendo á toda hora las órdenes del Embajador y alardeando siempre de su voluntad y sumisión al Rey Católico, debíase á que aguardaba por este medio elevar á la Cátedra de San Pedro al dicho Cardenal de Carpi, y cuando no, á cualquiera otro de las criaturas de Paulo IV. Activo, fecundo en recursos pero poco delicado, queriendo ante todo el bien de su casa y luego el suyo, la idea de que fuera Pontífice uno no hecho por él helábale de espanto, encendía su cólera y era la norma de su conducta. Su resolución de no votar á Púteo, enemigo suyo y de su familia, era irrevocable. Juan Angel de Médicis, propuesto también por Felipe y favorecido de Santa-Fiora, era por esto mismo sospechoso para Carafa, quien, so pretexto de que pocos días antes había dicho aquel purpurado al Cardenal de Augusta que si se quería dominar la herejía en Alemania era fuerza que el Papa y el Concilio permitiesen el matrimonio de los clérigos y la comunión *sub utraque specie*, negóse á acudir en su favor con

(1) Los Cardenales de Guisa y Ferrara, al Cardenal de Lorena y Duque de Guisa, á 18 de Octubre de 1559, en Ribier, II, pág. 836: «.....au moyen de quoy (las intimidaciones de Carafa) il se seroit quasi laissé ébranler d'aller de l'autre costé, et nous abandonner. Toutesfois ayans esté aduertis de tous ces propos, nous aurions tant fait, que nous l'aurions retenu et arresté en cette opinion d'attendre la dite réponse d'Espagne pour sçavoir quelle faueur elle apportera audit Cardinal de Mantotte.» Y en postdata de 19 de Octubre: «La depesche qu'il a pleu au Roy et à vous nous envoyer, comme elle estoit désirée, a esté fort bien receuë de nous tous, avec un grand plaisir qu'elle soit si fauorable pour Monsieur le Cardinal de Mantotte.»

(2) Vargas al Rey, á 18 de Octubre de 1559, en Döllinger, I, pág. 277.

(3) Vargas al Rey, á 13 de Octubre de 1559, en Döllinger, I, pág. 278.

la ayuda sus votos (1). Cuanto al Cardenal de Montepulciano, protegido asimismo por el Camarlengo, halló pretexto para rechazarle en las habilllas y difamaciones de sus enemigos, los cuales no vacilaban en propalar en el mismo sagrado recinto del Vaticano «que albergaba en su casa á una portuguesa como mujer propia, con quien tenía varios hijos y de la que, hallándose él en Cónclave, había tenido una hija: todo lo cual dió tema para bastantes sátiras» (2).

Estas discordias entre Carafa y Santa-Fiora alentaron, como era natural, las esperanzas de la facción francesa, cuyos corifeos aguardaban poder manejar á su antojo al sobrino de Paulo IV, cuando éste se convenciera de que no había de lograr lo que principalmente se proponía. Y comprendiendo Guisa y Ferrara que el halago y el soborno eran los dos más poderosos resortes de que podían valerse con un hombre como Carafa, pidieron á la Reina madre, Catalina de Médicis, que escribiera al Cardenal con las más graciosas y honestas palabras que hallase, y enviara otro despacho para Guisa, encareciéndole nuevamente el interés que tenía por la elección de Ferrara ó de Tournon y asegurando por su conducto al dicho Carafa que cuanto se le ofreciere para él ó su casa, sería siempre aprobado por la Corte de París (3).

(1) Vargas al Rey, á 18 de Octubre de 1559, en Döllinger, I, pág. 278.

(2) El Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, á 20 de Octubre de 1559, en Ribier, II, pág. 837: «.....tenoit une Portugaise comme sa femme propre dont il avoit plusieurs enfans, et en avoit eu une fille depuis qu'il estoit en Conclave, et de ce on a fait assez de pasquinades.»

(3) Los Cardenales de Guisa y de Ferrara, al Cardenal de Lorena y Duque de Guisa. Del Cónclave, á 18 de Octubre, en Ribier, II, pág. 836. «.....Il faudroit que la Reine Mère du Roy ecrivist deux letres de sa main, l'une audit Carafe de créance sur moy Cardinal de Guyse, avec les plus gracieuses et honnestes paroles que l'on pourra, et l'autre à moy mesme: par laquelle me mandera qu'ayant entendu tout ce qui s'est passé en ce lieu, et les propos qui ont esté tenus en faveur des Cardinaux de Ferrare et de Tournon, lesquels elle desire singulierement sortir à effet, tant pour le bien de la Chrestienté que pour le contentement et satisfaction du Roy son fils et d'elle; que i'asseure ledit Cardinal Carafe, que tout ce qui luy sera mis en auant pour luy et pour le bien de sa Maison, sera tousiours trouvé bon par le dit Seigneur son Fils et elle. Dont elle se rendra Pleige et Caution, outre le pouvoir qui à ces fins a esté par cy-devant expédié et envoyé.»

En tal estado, dos nuevas circunstancias vinieron á favorecer los propósitos de la facción francesa y á relajar más y más los vínculos que unían á Carafa con los españoles. Los súbditos y aficionados de la Corona de España valedores de la candidatura del Cardenal de Mantua, que se habían obligado con Ferrara y franceses á aguardar durante un cierto plazo el despacho y respuesta de Felipe II sobre la inclusión del dicho Cardenal, espirado aquél habíanse comprometido á prorrogar el término, resueltos á impedir toda elección mientras no fuera clara y expresamente conocida la voluntad del Rey Católico (1). Y como si esto no bastase para exasperar al sobrino de Paulo IV que veía en Gonzaga la ruina de su prestigio y valimiento, indiscreciones de los correos españoles fueron causa de que se propalara primero en Roma, penetrara luego en el Cónclave y llegase, por último, á oídos de Carafa, que el Monarca español escribía á su Ministro cerca de la Santa Sede, que, en habiendo nuevo Papa, gestionara con todo empeño la devolución á los Colonna de la fortaleza y territorio de Paliano, los cuales, confiscados por Paulo IV, se hallaban en poder de Juan Carafa, hermano del Cardenal (2). La ocasión no podía ser más desfavorable. Dueño y señor Carafa de la voluntad y sufragios de once Cardenales, seguro, además, de la alianza de Farnese, quien, de separarse del antiguo *condottiere*, hubiera quedado solo y habríase hecho elección sin él, era un factor que el representante de Felipe II debía á toda costa ganar, si no habían de perderse los esfuerzos ya realizados, las esperanzas concebidas, los manejos y los ardides ya puestos en juego, y, sobre todo, si no habían de sufrir gran quebranto los intereses españoles en Italia, en beneficio de los intereses y de las aspiraciones de Francia. Advertido de lo que pasaba por cartas que le llegaron del Cónclave, Vargas vió el peligro, midió su trascendencia, y determinado á recurrir, si preciso fuera, á la simonía ó la amenaza ya que el halago y las simples prome-

(1) Vargas al Rey, á 18 de Octubre de 1559, en Döllinger, I, págs. 279 y 280.

(2) Vargas al Rey, á 5 de Noviembre de 1559, en Döllinger, I, pág. 286.

sas no habían dado hasta entonces todo el fruto que de ellas aguardaba, solicitó de los nepotes una nueva secreta conferencia.

La entrevista se verificó, como siempre, de noche y por lugar secreto. El sobrino de Paulo IV, que veía comprometida su influencia y sentía crecer el número y la audacia de sus adversarios á medida que su prestigio declinaba, no vaciló en declarar al Ministro cómo, en vista de que el Camarlengo pretendía destruirle á él y á toda su casa y hacer Papa á propósito de ello, él determinaba proveer á sus cosas para no estar así en tanto peligro, y que si alguna palabra había dado al Virrey de Nápoles y al Embajador se libraba de ella para hacer de sí lo que Dios le encaminase. En vano Vargas le representó cuánto importaba á su ser y honra el durar en el servicio del Rey Católico, y los favores que debía aguardar de un Pontífice súbdito ó amigo de la Corona de España. En vano también, sabedor luego de que el Cardenal había tenido que vender sus joyas para acudir al remedio de los de su bando, ofrecióle tres mil escudos y el Virrey de Nápoles cuatro mil, que Carafa aceptó al punto aunque sólo en calidad de préstamo. El antiguo *condottiere*, sin embargo, persistió en su resolución de abandonar el partido de España si el Embajador no lograba desligar por completo de la facción francesa al Camarlengo con todos los suyos, y que se unieran á él para elegir Pontífice (1).

No dieron mejor resultado las gestiones que, ayudado del Conde de Santa-Fiora, hermano del Camarlengo, hizo Vargas con este Cardenal. Fuertemente comprometido con los franceses, no osaba Santa-Fiora desprenderse de ellos; y aunque procuró satisfacer al Embajador con explicaciones y excusas, el hábil Ministro conocía demasiado los intereses que movían á cada uno de los electores, para no dar mucho crédito á vanas protestas de fidelidad y adhesión, siquiera fueran ellas del Cardenal protector de los asuntos de España en la Corte pontificia. «Lo que saco, en suma—escri-

(1) Vargas al Rey, á 5 de Noviembre de 1559, en Döllinger, I, páginas 282 y 287.

bía Vargas al Rey en esta coyuntura—es, dejando aparte los ánimos y celos de servir á V. M., que cada uno trata de hacer Papa á su modo y echar á fondo al otro, ejercitando sus pasiones y haciéndose guerra á la clara y trabajando de hacer los unos á los otros difidentes de V. M., y protestándose de que así lo declare porque V. M. vea el trabajo en que se está.» Al mismo tiempo Vargas pedía á Felipe firmas en blanco para extender sobre ellas cartas espectativas y otras mercedes á los devotos de España, y suplicábale fuera servido de escribir luego y con toda diligencia á Carafa, ofreciéndole en lo de su persona y casa lo que juzgare convenir (1).

Cuanto á lo de Paliano, no contento con asegurar al sobrino de Paulo IV la voluntad y favor del Rey, despachóle el Embajador á dos de sus allegados que le certificaran cómo S. M. no le había escrito tal cosa (2), le recordasen los honores y beneficios que para sí y para sus deudos debía aguardar de la liberalidad del Monarca y le exhortaran á perseverar en el servicio de España si no quería verse amenazado de total ruina: con otras promesas y mal disimuladas amenazas (3), todas las cuales no bastaron, sin embargo, á

(1) Vargas al Rey, á 5 de Noviembre de 1559, en Döllinger, I, pág. 289.

(2) «Conociendo lo que podía dañar el saberse—escribía Vargas al Rey al recibir la orden de lo de Paliano—advertí á Marco Antonio Colonna que lo callase y que de nuestra parte se tuviese mucho secreto y lo escribí al Virrey de Nápoles con lo demás que me pareció, para que desde luego se asegurase el negocio de tal manera que, en habiendo Papa, Paliano se entregue á Marco Antonio, y en ello se entienda, habiéndolo proveído todo muy bien el Virrey, con lo demás que conviene escribir á su tiempo al Cardenal Carafa.» Carta de 6 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 293.

(3) Vargas al Rey, á 5 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 286: «Envíe le á hablar con el Obispo Terrachina, que se muestra mucho en el servicio de V. M., y con Vincencio Cornelio; que en substancia fué decilles que V. M. no me había escripto tal cosa y que era de creer que no dejara de darme noticia dello, y que en caso que fuese así que él estuviese cierto que sería despacho viejo de antes que V. M. entendiese lo que pasaba y este servicio tan señalado que se le hacía y que ya que viniese tal despacho, que el Virrey y yo veríamos lo que convenía al servicio de V. M. y reputación del Cardenal; y que se acordase que servía al mejor y mayor Príncipe del mundo y más liberal; y

quebrantar el firme propósito de Carafa de recobrar su completa libertad de acción si el Camarlengo insistía en contradecir sus candidatos y favorecer á enemigos suyos y de su familia, ni menos á acallar sus resentimientos y sus quejas contra la Corte española (1).

Entretanto, el Cardenal de Ferrara, que había venido aparentando favorecer á Mantua, arrancándose la máscara, negociaba abierta y francamente para sí el Pontificado (2); Hércules Gonzaga, vistas las dificultades y tropiezos que hallaba su candidatura, presintiendo ya por las negociaciones y trabajos del Embajador español que la tan esperada respuesta del Rey Católico no había de serle muy favorable, y adoptando más bien tamaña resolución como artificio para adquirir votos y salir más fácilmente con su empeño, declaraba no querer que se insistiera ya en su persona ni que por ella se demorase el Cónclave (3); el Cardenal de Carpi, sostenido por Carafa y buena parte de los españoles, no perdía las esperanzas de ceñirse la tiara, y sus pólizas subían en Bancos sobre las de los demás candidatos (4); el Ministro de Felipe II arreciaba sus maquinaciones é intrigas

que fuese cierto que no le olvidaría y que tenía cuenta con él y con su casa; y que finalmente considerase su honor y valor y no se perdiese haciendo cuenta de cosas vanas y sin fundamento, y perseverase en lo comenzado, pues sirviendo á España hacía servicio á Dios y conservaba á sí y á su casa deudos y amigos, pues todos eran vasallos de V. M., y que él y ellos se perderían cuando otra cosa hiciessen.»

(1) Ibid. «.....dice Carafa que V. M. no hace caso del, ni de su casa y que le injuria y afrenta en el tiempo que le ha hecho tan señalado servicio allende de los pasados, y que aun no se digna V. M. de escribille en esto, ni en otra cosa una sola palabra, ni tener cuenta con él como con tan gran servidor.»

(2) Vargas al Rey, á 5 de Noviembre de 1559, en Döllinger, I, pág. 287.

(3) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 294.—El Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, á 20 de Octubre, en Ribier, II, página 837: «L'Ambassadeur Vargas continuë tousiours ses coups et fait sous main tout ce qu'il peut contre le Cardinal de Mantoue; pour lequél l'opinion commune n'est pas qu'il vient d'Espagne chose qui luy profite.»

(4) El Obispo de Angulema al Cardenal de Lorena, á 20 de Octubre, en Ribier, II, pág. 837: «Cependant Carpi n'abandonne pas ses esperances, et est depuis trois iours monté en Banque par dessus tous les autres.»

para aislar al Camarlengo de todo trato con la facción francesa y reconciliarlo con Carafa (1); nuevos y numerosos escrutinios ponían cada día al descubierto mayores escándalos, y el pueblo de Roma, que había visto transcurrir los meses de Septiembre y Octubre, sin que en tan largo plazo los Cardenales se hubieran puesto de acuerdo en la elección de Papa, tornaba á desasogarse, y, á favor del desorden, dentro y fuera de la ciudad los *bravi* y los bandidos volvían á ejercer sus reprobadas industrias (2).

X

La campaña diplomática de Vargas comenzaba, sin embargo, á ser fecunda. Santa-Fiora, temeroso de perder la protección de España y de no lograr al fin y al cabo su deseo de que fuera elegido Papa el Cardenal de Mantua, principiaba á remediar los males causados, contribuyendo por una parte á la exclusión de Ferrara, concertándose por otra con el sobrino de Paulo IV para elevar al Solio al Cardenal de Carpi y empleando toda diligencia en el cumplimiento de las instrucciones que diariamente recibía del Embajador español.

Á tal punto habían llegado las cosas, cuando se recibieron en Roma los despachos de Felipe II con tanta ansiedad aguardados, porque en ellos se esperaba hallar seguro remedio á las dilaciones del Cónclave. En vano quiso Vargas encubrir su llegada. Todos en ellos tenían puestos los ojos, y

(1) Con razón escribía Vargas al Rey en esta ocasión: «.....en todo procuro estar advertido, con certificar á V. M. que desde que nascí en cosa ninguna ni en todas juntas jamás he trabajado ni usado de tanta diligencia y buena manera posible como en ésta, y ansí haré hasta la fin, y creo que, si lo que Dios no mande, sucediese contrario de lo que se desea y pretende, se me acabara la vida con ello.» En Döllinger, I, pág. 289.

(2) Vargas al Rey, á 5 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 289.

correos expedidos de intento por los Duques de Mantua y de Florencia no tardaron en hacer cundir la noticia y en despertar dentro y fuera del Vaticano la mayor expectación. Durante tres días, todo fué en Roma cálculos y conjeturas. El Embajador no había podido ocultar el arribo de las nuevas instrucciones, pero mantenía, en cambio, sobre ellas el más impenetrable secreto. Sólo Santa-Fiora, por su calidad de protector de la Corona de España y de jefe de la facción española, había escuchado de labios del Ministro la voluntad del Rey Católico. Pero una vez concertado el nuevo plan de campaña, el sigilo era imposible y, aunque disfrazadas en parte, las prescripciones del Monarca hiciéronse públicas (1).

Los despachos de Felipe II, con su estilo conciso, á menudo descuidado, siempre imperioso, revelan claramente el pensamiento íntimo de este príncipe, la disposición de su ánimo, el objetivo de su política. Lamentábase el Rey en su primera carta de la división y desacuerdo de sus amigos y servidores, aprobaba la conducta de su Embajador en la Corte pontificia, encargábale diese en su nombre las gracias á los Cardenales y demás agentes que dentro y fuera del Cónclave se empleaban en su servicio, y encarecíale nuevamente la conveniencia de apoyar y hacer elegir Papa á uno de los candidatos nombrados por él en sus primeras instrucciones. «En lo que toca al Cardenal de Mantua—añadía, y esta respuesta era la que con más impaciencia se aguardaba,—nos ha parecido cosa nueva y que nunca nos cayó en el pensamiento; y assi como tal no se hablo en él, en la nominaçion que hizimos de los subjectos que nos parecian idoneos para el Pontificado, como lo aureis visto por la orden que a don Juan de Figueroa teniamos dada. Y aunque lo estimamos

(1) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 294.—Ferrara y Guisa al Rey, á 20 de Noviembre, en Ribier, II, pág. 838: «L'Ambassadeur Vargas a tenu caché trois iours le Courier qui avoit apporté les nouvelles d'Espagne; et a la fin, ne se pouvant plus celer nous decouvrimes que la réponse que nous attendions, estoit si maigre pour le Cardinal de Mantotte, avec les mauvais offices que le dit Vargas faisait incessamment contre luy, que des lors nous desesperasmes d'auoir aucune faueur de ce costé la.»

por muy seruidor y assi lo auemos conosciado siempre y queremos que vos lo publiqueis y todos entiendan que le tenemos en esta opinion, todauia considerando que es de tan gran casa y los deudos y parientes y dependencias que tiene en Italia y lo que podria succeder destas y otras calidades de su persona y vida passada, hallamos que no conuiene en ninguna manera que él sea Papa, assi por lo que toca al seruicio de Dios Nuestro Señor como para el nuestro, por los grandes inconuenientes que dello se seguirian.» Felipe encargaba además á Vargas el mayor secreto acerca de esta su voluntad, á menos que estimare su divulgación necesaria para estorbar que Mantua fuera creado Pontífice; y esto, por parecerle que era mucho menor inconveniente el que pudiera resultar de que se supiese que no holgaba de su elección, que de que lograra el Pontificado. El Embajador, en cambio, no sólo había de mostrar siempre y en todas ocasiones la gran confianza que del dicho Cardenal de Mantua había hecho y hacía ahora el Rey Católico, sino que debía además favorecerle y ayudarle cuando se viera claro que no había de ser elegido, para que en todo tiempo quedase reconocido y obligado á la Corona de España. El Monarca terminaba este su primer despacho recomendando con gran encarecimiento á Vargas la candidatura de Pacheco, encargándole la antepusiese á todos los demás nombrados por él y ordenándole entregara á los purpurados que le habían escrito en favor del dicho Cardenal las cartas que al efecto le enviaba (1). Pero como si el abuso estuviera más en el simple hecho de comunicarse con los electores que en la presión moral que por todas vías procuraba ejercer sobre ellos, Felipe facultaba á su Ministro para que no las entregase, si por esto hubiera

(1) No estaba, pues, en lo cierto el Embajador de Venecia, Giovanni Soranzo, cuando, para demostrar que Felipe II no quería Papas españoles, decía al Senado, en 1565: «Quando nella elezione del pontefice presente (Pío IV), il Cardinal Paccéco, che mori, fu cosi vicino ad essere eletto, S. M. ne senti molto dispiacere, e assai si dolse dell'ambasciator Vargas che lo aueva favorito, imputandolo di averlo fatto per disegni suoi particolari.» Véase Albèri, serie I, tomo V, pág. 96.

él de incurrir en las censuras de la Iglesia, mas sin dejar por ello de encaminar las cosas de manera que se cumpliera su deseo (1).

No tardaron, sin embargo, en desaparecer estos últimos escrúpulos del Soberano español. Avisos de Vargas recibidos en la Corte á fines de Octubre, le anunciaban el peligro que en el Cónclave habrían de correr sus propios intereses si el sobrino de Paulo IV persistía en sus amenazas de pasarse con todos los suyos á la facción contraria, y mostrábanle

(1) Felipe á Vargas, de Aranjuez á 20 de Octubre de 1559. Cerrada y despachada en Madrid á 23 en la noche: «Pero porque entendemos que ay graues censuras contra los que scriuen a los del Conclauo o reciben auisos dellos, es mi voluntad que si por dar vos las dichas cartas huuiessemos de incurrir en alguna descomunión, no se las deis, sino solamente les digais que las teneis y que no se las dais porque somos escrupuloso en semejantes cosas; pero sin ellas usareis de vuestra comision en la forma que arriba está dicha.» Archivo de Simancas, Estado, Roma, leg. 885, fol. 243.—Con esta última fecha contestaba el Duque de Alba á una consulta del Rey sobre este mismo asunto, y su parecer era en un todo conforme con las instrucciones ya transmitidas por el Monarca á su Embajador en la Corte pontificia: «He visto— escribía el Duque—el despacho sobre que V. M.^d manda que le de mi parecer y habiendolo mirado mucho y platicado sobre ello, no hallo cosa firme para poder sobre ella fundar parecer, qual desseo dalle en los negocios de V. M.^d, porque en el despacho no hay otra relacion que de las partes de direto contrarias la una a la otra, y para resolver vn negocio de tan gran importancia como este, fuera necesario tener auiso de quien se pudiera tener certinidad que dezia verdad del stado en que al presente se hallauan los negocios que no fuera parte como lo son los que agora scriuen; y cierto me parece que fuera gran seruicio el que hiziere á V. M.^d quien le pudiera scusar de ponelle en la confusion en que al presente se halla con razon, y que no apretaran a V. M.^d en este caso de fauorescer o desfauorescer al Cardenal de Mantua; sino que se pasara con la generalidad que se suele screuir a los Embaxadores. Y pues ya no se puede huyr el venir esto a noticia de V. M.^d y ellos han hecho la diligencia por su parte, me parece que por la de V. M.^d no se deue hazer en responder, sino diffirirlo tanto tiempo quanto sin nota de parecer que se haga a arte se pudiera diffirir, que me parece podra ser ocho ó diez dias. En este tiempo, no puede faltar V. M.^d de tener cartas de Vargas con la relacion verdadera del stado de los negocios, con la qual con mas fundamento, podra V. M.^d resolver lo que mas conuiene al seruicio de Dios y suyo; ó si es verdad que á Mantua no le faltauan mas de tres votos y que todos los que tenia starian firmes, tener nueua en este tiempo, de su creacion; porque no son los Cardenales tan constantes ni poco temerosos, faltando solos tres, que en poco

la necesidad de contenerle con halagos y recompensas. Esta vez Felipe no vaciló. Cuatro días después de expedir el anterior despacho, escribía á Carafa una carta en que, con las más lisonjeras palabras, le manifestaba su agradecimiento por los servicios que en el Cónclave le había prestado y dejábale entrever futuras recompensas y nuevos honores; y por si esto no bastara á mantener firme al antiguo *condottiere* en acudir con los Cardenales de su parcialidad á alguno de los candidatos de España, escribía también á Vargas encargándole asegurase

tiempo no se ayan. Si por caso en este tiempo, V. M.^d no tuuiesse mas auiso de que al presente tiene, sera gran indicio no estar el negocio de Mantua tan adelantado como Trento y el Camarlengo scriuen, y podria V. M.^d para hazer el cumplimento que se deue al Cardenal de Mantua, screuir á Vargas haga saber a Mantua como V. M.^d, hauiendo rescenido la carta de los Cardenales Trento y Camarlengo, le enbia a mandar estando en estado que le pueda aprouechar, le acuda con sus votos y con todo el buen officio que para su promoçion fuera menester; y que le pesa no se aya hecho, y que el haura visto claramente hauer sido mas particulares fines hauer podido nadie entender que la voluntad de V. M.^d para sus cosas, no este siempre pronta y aparejada. Quando este despacho llegare, o el sera Papa y entendera que V. M.^d enbiaua a mandar le favoreciesen, o estara en terminos que aunque V. M.^d quiera con gran heruor, no le podra sacar; porque los que le hazen contradiccion, assi como no se la hazen por orden de V. M.^d, no bastara enbiarsela para que le acudan. Estas las he visto correr siempre de vn extremo a otro, y quedara V. M.^d encargado para acudir á otro subjecto de los que alli dessea; lo qual se deue screuir a Vargas procure si destas diferencias se pudiere aprouechar para ello, ya ora quigas podra ser tiempo que Farnesse viniessse en Puteo por huyr de Mantua. Pero viendo ser este el principal subjecto que V. M.^d proponia, no veo que sus votos traten dello. No discurre si conuiene al seruicio de V. M.^d que Mantua sea promouido al Pontificado, porque sabemos que V. M.^d lo tiene muy bien entendido que aunque el sea seruidor suyo, la regla general es que hombre de casa grande no conuiene; y es tan general que no sufre escepcion. Podra V. M.^d mandar a Vargas que haga la escusa con los Cardenales que screuieron a V. M.^d de no responderles estando en Conclaua, por ser V. M.^d algo escrupuloso destas cosas, y el estar alli él, por medio del qual entenderan la resolucion de V. M.^d A Pacheco tengo por cierto y veo evidentemente que le engañan y assi a muchos dias lo tengo entendido y tocado con mano por muchos rescuentros de algunos dias antes que el Papa muriese.» — «Paresçer a Su Mag.^d sobre las cosas del Conclaua en tiempo que salio creado Papa Pio iiii. En Alua xxiiij de Octubre de 1559. (Copiado del «Registre d'un Ambassadeur d'Espagne.» Bibliothèque Nationale de Paris. Fondo español, núm. 161, fol. 13 v.^o)

de su parte á Carafa cómo tenía en memoria y pagaría puntualmente una cierta pensión de 12.000 escudos prometida al Cardenal durante su legación en Bruselas en Marzo de 1558, y cómo tendría además muy gran cuenta con sus hermanos para hacerles merced y favorecerlos en cuanto fuere necesario; si bien esto último debía el Embajador ofrecerlo sin dar á entender que lo hiciera de orden y comisión del Rey. En esta carta, después de aprobar una vez más los oficios é intrigas de su representante cerca de la Santa Sede, reiteraba asimismo Felipe á Vargas sus recomendaciones en favor del Cardenal Pacheco, que era á su juicio el que más convenía al servicio de Dios y suyo. Mas no abrigando grandes esperanzas de ver realizado su deseo, sin duda por ser bien notorio que guiaba siempre en aquel tiempo á los Cónclaves el instinto nacional de la mayoría de sus individuos, los cuales, italianos de corazón y de nacimiento, no se podían acostumar á la idea de ver en Roma la patria común de todos los católicos, ni á tener á franceses ó españoles por tan naturales como ellos, ni á pensar que la Corte pontificia no se pertenecía á sí misma ni á los Cardenales, ni á los Papas personalmente, sino al Catolicismo entero, ni á mirar al Pontífice sino ante todo y sobre todo como al primero y el más fuerte de los potentados de la Península, ni á los purpurados de España ó Francia, en fin, sino como á enemigos de la independencia de Italia, el Monarca recordaba nuevamente también al hábil Ministro su voluntad de que se favoreciera á Carpi, Púteo y demás candidatos designados por él, cuando el triunfo de Pacheco se hubiera ya hecho de todas suertes imposible(1). Respecto á los medios de que tenía que valerse

(1) Felipe á Vargas, de Aranjuez, á 27 de Octubre de 1559. Archivo de Simancas, Estado, Roma, leg. 885, fol. 245: «Y pues en sustancia venis a apuntar que seria de mucho momento hazer alguna demostracion particular con Carafa, para que este firme y perseuere con los Cardenales de su parcialidad en acudir con sus votos a alguno de los subjectos que auemos nombrado, deseando yo en gran manera que por esto ni por otro ningua fin temporal no se dexede conseguir el que tanto conbiene y se haga election de un Pontifice qual la Iglesia de Dios lo ha menester, aunque no auia porque poner duda en el effeto de la merced que con él se auia platicado de hazer de los dos

para conseguir una buena elección, esto es, una elección favorable á los intereses políticos y eclesiásticos de la Corona de España, Felipe los dejaba al arbitrio del Embajador; no sólo porque ya éste, como todos los agentes diplomáticos de nuestra Corte en aquel tiempo, conocían harto que para el Rey lo primero era triunfar en todas las empresas, sino también porque, aparte de que la lentitud de las comunicaciones y las dificultades del momento hacían imposible una orden limitada y casuística, el Monarca español, aunque persuadido de que cediendo á las veces sus Embajadores al

ze mil ducados de pension, la podeis agora prometer de nuevo y assegurar de nuestra parte que los terna y sera cierta la dicha pension sin falta ninguna, haciendo el lo que deue a mi seruicio. Y si el se satisfaciere con solo esto sin hablar en el particular de sus hermanos, no sera menester que vos le mouais; pero si acaso el saliese a ello, sera bien que como de vuestro y sin darle a entender que se lo dezis por mi orden, ni comision, le ofrezcais y asegureis que asimismo tenemos con sus hermanos muy gran cuenta para hacerles merced y fauorescerlos, auiendoos en lo uno y en lo otro segun vieredes que lo requiere el estado de los negocios y vos por vuestra prudencia juzgaredes conuenir; que para en caso que os parezca que se le deue mostrar ira, con esta otra carta mia en claro del tenor que vereis, y por lo que vemos que importa que con breuedad tengais claridad en esto, he mandado que luego se os responda a ello..... Quanto a la election, nos persuadimos que pues esta ya excluido Mantua, y Farnese y Carafa tan unidos y conformes y tienen tan entera voluntad de complazernos, se podra salir breuemente con alguno de los sujetos que tenemos señalados; y aunque en la pasada se os declaro bien distintamente nuestro animo, todauia os tornamos a dezir y encargar en esta, que antepongais al Cardenal Pacheco a todos los demas y hagais todo el esfuerzo posible para que sea elegido Summo Pontifice; pues por todos los respectos y razones que se dexan considerar, se conoce bien claro ser el que mas conuenia al seruicio de Dios y nuestro; y assi haueis de insistir en el con muy grande instancia, que, pues Farnese y Carafa han mostrado quererle ayudar y concurrir en el, esperamos que se saldra con el negocio; y no se pudiendo esto encaminar (que es de lo que mas holgaríamos) procurareis que salga Carpi o Puteo y consecutiamente alguno de los otros sujetos que tenemos nombrados. Pero si esto de Puteo es en tanta ofensa de Carafa y Farnese como vos dezis y ellos han declarado tambien, conuerna ponerse silencio y passar a otro subjecto de los nuestros, porque no se venga a tan grande inconueniente como seria dar en Tournon o Ferrara como ellos amenazan; y sera bien que en conformidad desto, declareis de nuevo mi voluntad al Camarlengo, para que tanto mas se confirme en lo que della tiene entendido y trate la negociacion como conuiene.»

calor de las ideas políticas de la época ó á la natural extremosidad de su carácter sacaban con frecuencia las cosas de quicio, acostumbraba dejarlos en completa libertad, para que, dentro de las instrucciones generales y sumarias por él trazadas, obrasen como bien les pareciera.

Con estas instrucciones, Vargas se avistó con el Cardenal de Santa-Fiora, y conviniendo ambos en la necesidad de desengañar al de Mantua y de mostrarle la imposibilidad de su elección contra el veto de los Cardenales nepotes, así como en las ventajas de aplazar por entonces el favorecer á Pacheco en vista del buen camino que ya llevaba la candidatura de Carpi y el empeño que en ella ponía el sobrino de Paulo IV, resolvióse comunicarlo á los interesados, á fin de que, convencidos éstos de lo razonable de semejante medida, no pusieran nuevas dificultades y mayores obstáculos. Pero si Pacheco no vaciló un punto en allanarse al parecer y consejo del Embajador, el de Mantua, en cambio, si bien en lo público mostró recibirlo de buena manera, en lo secreto prosiguió con más fuerza sus maquinaciones y sus intrigas (1). Nuevos y más recios resentimientos de Carafa vinieron bien pronto á favorecer los manejos de aquel Cardenal y á poner en más inminente peligro el triunfo de los candidatos españoles. Aunque una vez convenido con el Camarlengo, el primer cuidado de Vargas fué visitar al sobrino de Paulo IV, para entregarle la carta de Felipe y asegurarle en lo de la pensión y recompensas, y aunque Carafa se había mostrado agradecido al favor del Rey Católico (2), la conciencia de su propio valer y el deseo de que el futuro Papa debiera la tiara á su amistad é iniciativa, incitábanle de continuo á recobrar su independencia ó cuando menos

(1) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 295: «Hecho el oficio por el Camarlengo, el de Mantua mostró en lo público recibillo de buena manera, pero los suyos y algunos de los que le ayudan y el en secreto, hablan de otra;» y más adelante: «El de Mantua ha habido la carta que V. M. scribió al Duque de Mantua, con la cual trabaja de se ayudar mostrándola á todos, con que algunos se dejan persuadir y llevar facilmente.»

(2) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, páginas 296 y 297.

á poner nuevo y más subido precio á su adhesión y á sus servicios. De otro lado, los esfuerzos del Cardenal de Guisa para ganarle, las cartas del Rey de Francia y de Catalina de Médicis (1), los ofrecimientos del Cardenal de Ferrara, no habían dejado de quebrantar la afición que en un principio mostrara al servicio de España. Ciertó que nuestro Ministro en Roma le hacía muchas y halagüeñas promesas; pero Felipe II era demasiado pródigo en esta moneda para que el antiguo *condottiere* pensara en concederle gran valor. Era cosa tan llana y corriente para el Rey Católico el prometer y no cumplir, que, según testimonio de un Embajador veneciano, el Gobierno español no echaba nunca en olvido en aquel tiempo el proverbio que dice que «palabras de buena crianza no obligan, y no son ríos que no puedan fluir atrás» (2).

Desde el momento de comenzar el Cónclave, Carafa había perseguido la realización de su plan con la perseverante y tenaz energía de los grandes ambiciosos, sin detenerse ante los obstáculos ni desanimarse ante las decepciones. La eficaz ayuda de Santa-Fiora conseguida á fuerza de tantos reproches y amenazas, las últimas instrucciones del Rey Católico tan favorables al Cardenal de Carpi, el auxilio del Embajador, todo, en suma, parecía anunciarle que su constancia iba á ser recompensada, que su obra estaba á punto de recibir el tan anhelado coronamiento, que iba á recobrar su crédito y á salvar su fortuna comprometida, que el futuro Pontífice, en fin, le debería su elevación al trono de San Pedro. Á las reiteradas instancias de Guisa, á las cartas de los Reyes de Francia, Carafa contestó con evasivas y palabras generales, sin ocultar, á fin de que nadie se prometiese de él más de lo que debiera, que se había obligado con Carpi

(1) Los Cardenales de Ferrara y Guisa al Rey. Del Cónclave, á 20 de Noviembre, en Ribier, II, pág. 838: «..... La despesche qu'il a pleu à Vostre Majesté nous faire et enuoyer par paroles du troisième de ce mois, avec les lettres de la Reine Madame vostre Mère audit Cardinal Caraffe.....»

(2) Giovanni Soranzo, Embajador en Madrid hasta 1565. Véase Albèri, *Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato*, serie I, tomo V, pág. 109.

en términos que no podía ayudar á otro sin antes haber hecho en favor de su patrocinado todos los esfuerzos imaginables (1). Pero hé aquí que, desesperando de poder vencer la oposición de sus adversarios y movido también á ello por las exhortaciones y consejos de los jefes é inspiradores de la facción española, Carpi tomó de repente el partido de desistir (2). Esta determinación fué para Carafa un golpe rudo y cruel. Abandonada entonces por los españoles la candidatura de Carpi, Carafa estaba derrotado, sus esfuerzos convencidos de impotencia, sus esperanzas amenazadas de irreparable catástrofe. Á la humillación personal que con ello sufría, uníase el fracaso de su política, la ruina suya y de su familia. Profundamente mortificado y más alarmado que mortificado, ni siquiera trató de disimular su despecho; antes bien, dando rienda suelta á la cólera y al enojo, no vaciló en declarar á los Cardenales españoles que desde aquel día él quedaba libre para hacer de sí lo que quisiera y acomodar sus cosas como mejor se le antojase. En vano Vargas, no bien supo lo que acontecía, acudió al Cónclave para exhortarle de nuevo á unir sus votos con los de los parciales de España y amenazarle, si otra cosa hacía, con la destrucción suya y de su casa. El turbulento Cardenal se negó esta vez á dar oídos á los consejos y amenazas del Embajador. Resuelto á sacar todo el partido posible de su autoridad é influencia en el Sacro Colegio, ya que comenzaba á perder toda esperanza de hacer Papa á uno de los de su bando, sin rodeos manifestó á Vargas su propósito de no atender más que á sus propios intereses, dado que el Rey Católico mandaba entregar Paliano á los Colonna sin acor-

(1) Los Cardenales de Guisa y Ferrara al Rey, del Cónclave á 20 de Noviembre de 1559, en Ribier, II, pág. 838: «.....il ne vouloit point celer, à fin que l'on ne se promist point de luy plus que l'on ne devoit, qu'il ne fust en termes si auant avec le Cardinal Carpy, qu'il ne s'en pouvoit aucunement distraire, ny rien faire pour autre, que premierement il n'eust essayé et fait tout les efforts de le faire reussir.»

(2) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 295.— Ferrara y Guisa al Rey, á 20 de Noviembre, en Ribier, II, pág. 839.

darse de la compensación ó recompensa que á él y sus agentes había prometido en Bruselas, y puesto que por atender á la causa de España, tanto sus hermanos como él andaban perdidos sin sacar de sus servicios el fruto que merecían (1).

La posición del Cardenal frente á Felipe II era fuerte y ventajosa. Seguro desde un principio de su influencia y prestigio en el Cónclave, había esperado, sin pedir nada ni para sí ni para los suyos, á que el Monarca español le solicitara y pretendiera. La táctica era indudablemente hábil. Dejando que el Rey Católico formulase el primero sus pretensiones, Carafa había conseguido la ventaja de poder presentar ahora las suyas con más autoridad y eficacia. El Embajador español conocía lo bastante al turbulento purpurado para comprender desde luego lo que éste pretendía; pero no queriendo excederse por su sola iniciativa de las instrucciones que había recibido, ni prometer nada que el Rey no se hallara ya de antemano dispuesto á cumplir, y juzgando, por otra parte, peligroso el dejarle expuesto á los ofrecimientos y halagos de la facción francesa, el activo di-

(1) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 298.—Una capitulación secreta concertada y firmada en Cavi, en 1557, por el Duque de Alba, representante de Felipe II, y el Cardenal Carafa, con objeto de arreglar definitivamente la cuestión de Paliano, disponía, entre otras cosas, que se confiara dicho feudo á la custodia de un gobernador investido de la confianza de ambas partes, ó bien se dismantelara, á voluntad del Rey de España; mas en este último caso, el nuevo poseedor sólo tendría derecho á fortificarlo de nuevo, cuando Su Majestad Católica hubiera dado al Duque de Paliano, Juan Carafa, y éste aceptado una compensación suficiente. En vano algunos meses después, Felipe II había ofrecido al Cardenal, á título de indemnización, el Estado de Rosano, erigido en principado, con todos sus rendimientos y diez mil escudos más de renta perpetua que el Rey le asignaría sobre los impuestos del Reino de Nápoles. Carafa había rechazado la proposición con desdénosa altivez. Su ascendiente con el Pontífice le hacía, sin embargo, entonces necesario á los intereses de España en Roma y, en general, en Italia, y Felipe II no vaciló en hacerle concebir las más fundadas esperanzas de ver satisfechas todas sus pretensiones, incluso la concesión de la investidura del ducado de Bari, para su hermano el Conde de Montorio. Mas habiendo caído luego en desgracia del Papa, el Cardenal y sus hermanos habían perdido el favor del Rey.—Pietro Norés, *Guerra degli Spagnuoli contro Papa Paolo IV*, en el tomo XII del ARCHIVIO STORICO ITALIANO, páginas 230 á 235.

plomático avistóse una noche con los Cardenales de Trento, Santa-Fiora, Farnese y Pacheco, á quienes después de referir lo que pasaba y los oficios que cerca del sobrino de Paulo IV había hecho, consultó sobre el camino que en el negocio convenía seguir. Políticos y servidores de la Corona de España, antes que hombres de Iglesia, estos purpurados extraviados, como con frecuencia acontecía en aquel tiempo, por los intereses temporales y teniendo por bueno lo que hoy seguramente reputarían por censurable nuestros teólogos y nuestros canonistas, no hallaron reparo en contestar que «viendo en todo ello peligro notorio y camino de suceder un gran revés para meter á Italia y el mundo en revuelta y y al Rey Católico en desasosiego si á Carafa no se le satisfacía, convenía que el Embajador excediese de su comisión y prometiesse y asegurasse la recompensa» (1). Pero aunque era Vargas hombre de suyo poco escrupuloso, y por su parte juzgaba también preferible excederse por evitar el daño á, por estar limitado, aventurar el negocio, todavía, temiendo incurrir en cosa manifiestamente ilícita no obstante haberle asegurado aquellos Cardenales que no había en el asunto peligro de simonía, resolvió agotar todos los medios de satisfacer la impaciente ambición y de templar el resentimiento de Carafa, antes de suscribir en nombre y representación de su Rey póliza alguna de futura recompensa. En vano, sin embargo, fué que intentara conseguir su propósito con nuevos ofrecimientos verbales. Las excitaciones de los jefes del partido español, los consejos y advertencias del Ministro, las súplicas de su hermano el Conde de Montorio, para quien «un pan de Su Majestad Católica valía más que todo cuanto se le pudiera ofrescer por otras vías,» sólo lograron arrancarle respuestas dilatorias y evasivas: resuelto á no obligarse con nadie ni á declarar excluído á candidato alguno, ayudaría á los que fuesen á propósito del Rey de España y que á él le parecieran (2).

(1) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, páginas 298 y 299.

(2) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre. *Op. cit.*, páginas 299 á 301.

Terminaba entretanto el mes de Noviembre. El Ministro de Felipe II comenzaba á trabajar por el triunfo de Pacheco, á cuyo fin todas las noches avistábase en el Cónclave con los corifeos de la facción española; el Cardenal de Mantua proseguía con creciente empeño sus maquinaciones é intrigas; y el de Ferrara, comprando los votos con las más lisonjeras promesas, pretendía ser elegido Papa por adoración: sorprendidos y desanimados los españoles habría salido adelante con su intento, á no haberse apresurado á acudir al Vaticano el Embajador de España, «protestando que si saliese Ferrara habría guerra y escándalos y scismas» y amenazando con que «el que á Su Magestad Católica en esto ó en cualquier otra cosa de las que se trataban le ofendiere, se le acordaría para siempre» (1). Á despecho de las sabias Constituciones pontificias y con mil fútiles pretextos, entraban en el Cónclave tres, cuatro y aun seis servidores para cada Cardenal; despachaban éstos correos dentro y fuera de Roma; podían los electores que querían comunicarse con sus colegas y negociar con los agentes diplomáticos y otras personas extrañas al Sacro Colegio; y el pueblo romano, sabedor de todos estos escándalos y abusos, así como de que lo mismo los custodios y guardadores de fuera que los purpurados de dentro nada hacían por remediarlos, acudía al Vaticano para representar á los Cardenales los daños que causaban con tamañas dilaciones, y las protestas y quejas motivadas por tan manifiesta inobservancia de los Cánones (2).

(1) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre y 1.º de Diciembre. *Op. cit.*, páginas 303-307.

(2) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 303. — Relación de Luigi Mocenigo al Senado de Venecia, en 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 43: «Si menan dentro tre, quattro e anco sei servittori per ciascun Cardinale, secondo che lor torna comodo; si mandano dentro e fuori, non solamente polizze, ma pliche di lettere; si spaccian corrieri che vanno e ritornano dai principi; possono quelli che vogliono parlar a molti in Conclave o a persone di fuori, e introdurne a negoziar con ambasciatori ed altri; e sebben tutti li custodi di fuori e li Cardinali di dentro lo sanno, se ne ridono senza farvi provvisione alcuna se non di parole; e se deliberano alcuna volta

XI

El aspecto de las cosas iba en el ínterin siendo para España cada día más grave y peligroso. La reserva del Cardenal Carafa, la discordia siempre viva entre éste y el Camarlengo, los nuevos esfuerzos de la facción francesa en favor del Cardenal Francisco de Tournon, las intrigas de Mantua, en fin, ponían harto miedo en el ánimo del Embajador español en Roma. No osando, como queda dicho, obligarse por escrito con el sobrino de Paulo IV de cuya influencia continuaba dependiendo siempre el resultado del Cónclave, aguardaba impaciente Vargas nuevos despachos del Rey, en los cuales creía poder hallar con qué satisfacer su ambición y su codicia. Por su parte, Carafa no esperaba con menos afán el correo de España. Comprendía que era imprudente aumentar el número de sus enemigos con nuevas exclusiones; que no podía contar con el concurso de franceses ó españoles para ninguno de sus parciales, y que se hacía ya de todo punto indispensable el adoptar una resolución que, por lo menos, pusiera á salvo sus propios intereses.

El 4 de Diciembre llegó á Roma el tan esperado despacho del Rey Felipe. Desconocedor el Monarca de las últimas alternativas del Cónclave y del riesgo que en aquellos momentos corrían sus aspiraciones y designios, limitábase á expresar al antiguo *condottiere*, por conducto del Embajador, su reconocimiento por los servicios que le venía prestando. «Al Cardenal Carafa—escribía—agradescereis de mi parte la afficion y buena voluntad con que perseuera en lo

di remediar a questi disordini, si viede chiaro che piuttosto lo fanno per mostrare di far qualche cosa, che con animo di provvedere, come per esperienza s'è veduto più volte, perché un giorno si sono fatti serrar i buchi del Conclave, e l'altro aprirli.»

que toca á mi seruicio y buen successo desse negocio, persuadiendole que perseuere en la misma voluntad, certificandole de la que le tenemos y auemos de tener siempre conforme á lo que á los XXVII del passado os escreuimos, que no dudamos que con esto él perseuerara en su buen desseo y verna bien en los sujetos que tenemos nombrados; á lo qual vos le auéis de persuadir con las razones que vereis que conuiene, para que en ninguna manera se dexé ganar por los ofrecimientos que se le hazen» (1). Mas no eran razones ni vanas promesas generales los resortes que había que tocar ahora para granjearse el apoyo de Carafa. El aspecto de las cosas había variado mucho en los últimos días para que con tales fórmulas se allanara el ambicioso Cardenal á convertirse en instrumento ciego de la Corte española. Convencido de ello el Embajador, y avisado además por los Cardenales y conclavistas españoles de que si en este despacho no había cosa con qué satisfacerle tuviera por perdido y aventurado todo el negocio, acordó, sin dar parte á persona alguna, formar un capítulo como que S. M. se lo escribía, mas no sin ponerle una condición: la de que Carafa haría lo que debía para que, conforme á las obras, se le correspondiese (2). Y aunque este ardid del Embajador produjo por el pronto el deseado efecto, arrancando á Carafa nuevas protestas de adhesión y fidelidad al Rey de España, fija siempre la mente en elevar al Solio pontificio á un Cardenal hechura suya, no tardó en entablar negociaciones con Guisa para conseguir á toda costa la elección de Reumano que, aunque, francés, seguía en todas sus evoluciones al sobrino de Paulo IV. Pero habiéndose propalado en Roma la noticia, el pueblo acudió en tumulto al Vaticano, temiendo que un Papa francés llevara de nuevo á Francia la Silla de San Pedro (3). Los tristes recuerdos de la traslación de la Santa Sede á Avignon que había hecho adoptar por máxima al Sacro Co-

(1) El Rey á Vargas, de Madrid á 16 de Noviembre de 1559. Archivo de Simancas, Roma, legajo núm. 885, fol. 246.

(2) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 309.

(3) Pallavicino, *Storia del Concilio di Trento*, libro IV, cap. X.

legio el no elegir jamás sino Papas italianos, el furor y la cólera de Roma al saber la elección del flamenco Adriano de Utrecht (1522), la destemplanza con que á la muerte del mismo Adriano seguía el pueblo á los Cardenales que iban al Cónclave gritándoles que no eligiesen Pontífice extranjero y amenazándoles, si lo hacían, con tomar de ellos sangrienta venganza, el esfuerzo de la facción española, todo esto junto determinó la derrota de Reumano, el cual quedó definitivamente excluído. Nuevos intentos de los franceses en favor del Cardenal de Tournon fueron seguidos de análogos fracasos.

Conjurados estos peligros, Vargas fué de nuevo al Cónclave para hablar á Carafa y recordarle sus últimas promesas de fidelidad á la Corona de España; pero aunque el antiguo *condottiere* se mostró desde luego propicio á cumplirlas y aun entregó al Embajador una carta para el Rey Católico en que aseguraba hallarse «firmemente resuelto á servir á S. M. y á no venir jamás en cosa que fuera deservicio suyo, ni en los sujetos por el Monarca excluidos» (1), todavía, esperando poder conseguir el triunfo de alguno de los de su bando, reservóse el derecho de continuar con los franceses las pláticas é inteligencias que con ellos venía sosteniendo, á fin de atraerlos á donde él quisiere (2).

No era, sin embargo, éste el más grave obstáculo con que tropezaba á la sazón nuestro Ministro en Roma. Por diversas causas habíase hecho de todo punto imposible la elección de los principales candidatos propuestos por Felipe II y Juan Angel de Médicis, único en cuyo favor nada serio se había intentado hasta entonces, encontraba también cierta resisten-

(1) Vargas al Rey, de su propia mano, á 12 de Diciembre de 1559, en Döllinger, I, pág. 308.

(2) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 312.—Con razón escribía con este motivo el Embajador: «..... Todos viven en miedo perpetuo, y yo no puedo estar sin él hasta que esto sea acabado; y por aquí verá V. M. lo que traigo á cuestras y trabajos que se pasan noches y días con mil mudanzas y peligros cada hora, y con sobrellevar á Carafa, que me ha sido y es una gran cruz.»

cia en el Cardenal Carlos Carafa (1). El piadoso Federico Cesis, en quien como último recurso había pensado Vargas, acababa de ser expresamente excluido por el Rey por no convenir este purpurado á sus intereses y á sus miras (2); y el Cardenal de Mantua, á quien, según las instrucciones del Monarca, debía ayudar en lo público y hacer en lo secreto toda la guerra que pudiese, creábase á cada paso nuevas dificultades con sus redobladas súplicas y perseverantes instancias (3). Mas los ruegos y recomendaciones con que, tanto el Cardenal como sus parientes y valedores, continuaban importunando al Rey Católico, lejos de mover á Felipe á prestarle favor y ayuda, habían contribuído á tenerle más alerta y á que recordase á Vargas en cuantos despachos le enviaba la cuenta que había de tener con impedir á toda costa su exaltación á la Sede pontificia (4). Todo era, pues, para el

(1) *Ibid*, págs. 312 y 313.

(2) El Rey á Vargas, de Madrid á 16 de Noviembre; recibida en Roma á 4 de Diciembre. Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 885, folio 246. «Quanto al Cardenal de Cesis—escribía el Monarca,—por lo que escreuis auemos visto que segun la diuersidad de opiniones que ay en ese Conclave y difidencia que ay entre los Cardenales, podria ser que viniesen a dar en el, y tuuiese votos para salir con el Pontificado, teniendo como tiene segura la parte francesa y algunos amigos entre nuestros aficionados; y por que segun entendemos seria muy perjudicial á nuestras cosas y aun al bien publico y causa de gran perturbacion en lo de Italia, por tener el dicho Cardenal los sobrinos y deudos que sabeis, algunos dellos en seruicio del Rey de Francia, os auemos querido auisar dello y encargaros mucho que procureis en todo caso y por todas las vias que pudieredes de estoruar que el no sea assumido al Pontificado. Pero esto con tal dissimulacion y dexteridad que, quando viniese á salir con el, no quede indignado y con occassion de sernos enemigo; lo qual auéis de procurar, como dezis que lo hareis con qualquiera de los que salieren, porque no se venga a caer en los inconuenientes que se han visto por lo pasado.»—Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, página 313.

(3) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 312.

(4) El Rey á Vargas, á 16 de Noviembre, antes citada: «He visto las copias que me embiastes de lo que escreuistes al Cardenal de Trento y el os respondió sobre lo que toca al Cardenal de Mantua, y tambien de lo que os escribió el Capilupo; y hame parecido muy bien por las causas que dezis que os mouieron a ello que las tengo por tan suficientes como aureis visto por lo que antes de agora os tengo escripto, y holgara en gran manera que esta

Embajador dificultades y obstáculos y todo confusión y desorden en el Cónclave. La mayoría de los Cardenales comenzaba á desmayar. Los más ancianos se quejaban de que se les tuviera sujetos á tan largo secuestro (1); muchos habían enfermado (2); dos habían muerto durante la elección (3);

vuestra diligencia hubiera bastado para escusar la importunidad que aca se me ha dado sobre ello; porque demas de lo que os escreui el otro dia me vino a hablar el embaxador de Mantua, y con una carta del Duque su amo me pidio con grande instancia fauoreciesse al Cardenal de Mantua en esta election y escriuiese al Cardenal Carafa que seria seruido que le acudiesse con su voto y con los demas que le siguen y mostrasemos al mundo en esto la confianza que del dicho Cardenal teniamos, por que auian querido sus émulos ponerle alguna nota en esto, diziendo que no le teniamos por confidente servidor; y despues desto, llego el marques de Pescara, el qual me ha hablado y hecho muy grande instancia sobre lo mismo. Yo le he respondido que asi el Cardenal como el Duque de Mantua, deuen tener entendido el amor y voluntad que les he siempre tenido y la gran confianza que hago dellos, y lo pueden juzgar por la nominacion que yo hize del dicho Cardenal entre los que tenia por confidentes para el Pontificado; pero que haviendo passado la cora tan adelante y declaradose Carafa con el Camarlengo en que si le apretaua mas sobre lo de Mantua daria sus votos al Cardenal de Turnon, yo no vi manera como poder escreuirle ni apretarle mas sobre ello, por que no se le dicsse occassion de precipitarse y concurrir en la election de algun Pontifice que fuesse causa de inquietar de nueuo la Christiandad y reduzirla al trabajo en que ha estado estos años passados, con lo qual me he desasido desta platica y con responder al embaxador de Mantua en esta conformidad, aunque con palabras generales y no descendiendo á tanta particularidad como con el Marqués; de lo que os he querido auisar para que tengais entendido todo lo que passa y conforme a ello os podais gouernar en lo que toca al dicho Cardenal de Mantua, dandole toda satisfacion en lo que se pudiere, mostrando del toda confianza y dando a entender muy de veras asi a los Cardenales como a todos los demas que conuenga la quenta que hazemos de su persona y la seguridad que tenemos de que nos ha de seruir con la voluntad y afficion que ha hecho por lo passado; y en el effeto—y aqui se ve una vez más la doblez con que se conducía Felipe II,—haziendo lo que os tenemos escripto, que quanto mas miramos en ello, tanto mas nos parece que aquello es lo que conuiene.»

(1) El Cardenal de Tournon al de Lorena y Duque de Guisa, á 16 de Diciembre de 1559, en Ribier, II, pág. 839.

(2) Vargas al Rey, á 30 de Noviembre, en Döllinger, I, pág. 303: «Dentro hay muchos enfermos, pero esto seria poco si las voluntades fuesen sanas, y piensan muchos que si no es por necesidad de morirse ó caerse a pedazos, no acabarán de concordarse tan presto.»

(3) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 314.

los más piadosos se lamentaban de que el interés de la Iglesia fuera de tal suerte sacrificado á las ambiciones mundanas (1); algunos querían solicitar se les permitiera salir del Vaticano (2), y el pueblo de Roma, que, desengañado y persuadido de que nuevas y mesuradas instancias habían de ser inútiles, proyectaba sublevarse contra el Sacro Colegio, hubiéralo hecho si la intervención y autoridad de Marc'Antonio Colonna, amigo y servidor de España, y del mismo Embajador español, no lograran calmarlo (3).

Vargas, entretanto, seguía con la más profunda atención las intrigas de los Cardenales, los movimientos de las facciones. En su correspondencia con Felipe daba minuciosa cuenta de la actitud de los electores, de la actividad de los conclavistas, del celo de los agentes pensionados por el Rey Católico; señalaba los que se habían conducido bien, los que se mostraban tibios y vacilantes, los que habían votado contra los candidatos de España; proponía recompensas y castigos, según el proceder de cada uno; encomiaba los servicios de los amigos y devotos de la Corte española, y acusaba con las más duras palabras á los que, rehacios ó rebeldes, osaban provocar el descontento del Monarca.

El 8 de Diciembre el activo y hábil Ministro fué al Cónclave con el fin de representar una vez más á los Cardenales los inconvenientes y daños que tantas dilaciones podían causar á la Iglesia Romana, el escándalo de los católicos, el regocijo de los herejes, las predicaciones de los sectarios de Lutero en las plazas y otros lugares públicos de Roma, y de exhortarlos á la breve expedición de tan santa empresa, no

(1) El Cardenal de Tournon al de Lorena y Duque de Guisa, á 16 de Diciembre, en Ribier, II, pág. 839: «Il y a cent et ie ne sçai combien de iours que nous sommes ceans à nè faire rien qui vaille; pensant plus tost à defaire, qu'à faire un bon Pape; et tout ce mal procede de quelqu'un qui desire trop ce qu'il ne peut avoir, et tant plus il va, tant moins en approche.»

(2) *Ibid.* pág. 840: «Si cecy dure plus longuement, ie ne me pouray empescher de dire mon sentiment haut et clair, et que ie ne demande mon congè pour sortir hors de ce Conclave, comme ie voy que plusieurs autres disent vouloir faire.»

(3) Vargas al Rey, á 12 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 314.

sin advertir que si la solución no hubiera de ser buena, «la diferiessen hasta el día del juicio, porque la Christiandad tenía necesidad de sosiego y reposo, y no de perturbacion y guerra;» mas como el Decano del Sacro Colegio, en nombre de todos sus colegas, se aventurara á preguntarle «si holgaria sin distincion que se concurriese en qualquier sujeto,» dando á entender que el haberse excluído á algunos por la Corte de España era causa de que la elección se retardara, el Embajador español, resuelto, cual todos los de su clase, á mostrar en sus relaciones con los extraños príncipes, eclesiásticos ó seglares, los fueros y atrevimientos de que rara vez ya osaban dejarse llevar con los propios, lleno de cólera y enojo, replicó, entre otras cosas, «que los negocios de Principes no habian de tratarse de aquella manera; que lo que Su Majestad Catholica procurava y desseava era por el servicio de Dios y beneficio de la Republica Christiana; que cuando Su Majestad insinuara los que con maduro consejo y buena informacion le pareciessen mas utiles y mas dignos, no solamente no pecaba, pero ganaba gran merito y hacia sacrificio a Dios; y finalmente que la reverencia de aquel lugar le hacia no responder muchas cosas que le ocurrian de importancia, pero que cada uno metiese la mano en su pecho, y pues sabian lo que passaba y el podia responder, se tuviessen por respondidos.» Y como todavía el Decano osara replicarle que por nuestra parte se había amenazado con quitar las rentas á los que no acudieran al servicio de la Corona de España, los purpurados españoles no tuvieron escrúpulo en decir que era verdad y que en ello no debía verse sino una nueva muestra de la santa intención del Rey Católico (1).

En el ínterin, nuevos ensayos hechos á favor de Mantua,

(1) Relación sumaria de la plática que hizo el Embajador Francisco de Vargas al Colegio de Cardenales á la puerta del Cónclave el día 8 de Diciembre de 1559. Archivo de Simancas, Estado, Roma, legajo número 884, folio 65. Como copiado de un manuscrito de la Biblioteca Nacional, he visto impreso también este documento en la *Colección de todos los Concilios de la Iglesia española*, traducida por D. Juan Tejada y Ramiro, tomo IV, pág. 692.

Carpi y Pacheco habían ido seguidos de otras tantas derrotas. Las reiteradas instancias y cada vez más gallardas promesas del Embajador español, habían dado por resultado la reconciliación de Carafa y el Camarlengo. Para asegurarla, el Ministro había hecho que entre ambos se cambiasen cédulas firmadas con sus nombres, en que Santa-Fiora prometía no ayudar á ningún candidato contra la voluntad de Carafa, y en que el sobrino de Paulo IV se obligaba á no concurrir en ninguno de los Cardenales excluidos por el Rey de España (1). Semejante avenencia había determinado la derrota definitiva del Cardenal de Mantua, los postreros esfuerzos en favor del de Carpi, excluido al fin irrevocablemente también por la facción francesa, y el que el anciano Cardenal Pacheco estuviera tan á punto de ser elegido Pontífice, que, siguiendo antigua costumbre, fué saqueada la celda que ocupaba (2). Este último ensayo, sin embargo, dió ocasión á las más escandalosas escenas. Sabedor Vargas de que el Cardenal de Mesina, súbdito del Rey Católico, se quejaba de que no le daban nada y de que, así como á los Cardenales que sirvieron peor hizo mayores mercedes el Emperador Carlos V, era de esperar que lo mismo hiciera Felipe II, quiso ganarle y separarle de los franceses con quienes andaba en tratos é inteligencias; pero como se negara á votar á Pacheco, que el Embajador proponía, airado y colérico le replicó Vargas que «era sinrazón lo que hacía á S. M. siendo su vasallo y devoto, y que el Monarca no podía sino acordarse de cosa semejante» (3). El Cardenal de Guisa amenazaba á Carafa con que el Rey de Francia le desposeería de cuanto conservaba en sus Estados (4). El de Ferrara conminaba á Reumano con los más grandes males por haber adorado á Pacheco, y al Decano Juan de Bellay porque, hallándose indispuerto fuera del Cónclave, no quiso

(1) Vargas al Rey, á 14 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 315.

(2) Pallavicino, libro XIV, cap. X.—Vargas al Rey, á 20 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 318.

(3) Vargas al Rey, á 20 de Diciembre, en Döllinger, I, págs. 318 y 321.

(4) *Ibid*, pág. 321.

volver en aquella coyuntura (1). Guisa procuraba estorbar las pláticas del Ministro español con los Cardenales amenazándole con censuras y excomuniones, y diciendo ser él la causa de todas las dificultades; y Vargas protestaba por su parte no haber jamás impedido los conciertos y negociaciones de franceses, y rogaba á su Rey escribiera al de Francia mostrándole cómo eran sus vasallos y servidores los causantes de tanta dilación y demora (2). Mientras tanto, la facción francesa apoyaba la candidatura del Cardenal Pisani, veneciano y recomendado eficazmente, como era natural, por el Embajador de la Señoría en Roma (3). Su triunfo parecía ya tan asegurado que muchos llegaban á pedirle mercedes, y el Cardenal Juan Ángel de Médicis le rogó que no le quitase la Signatura de gracia, y que le mandara pagar cinco mil escudos que debía percibir de la Cámara Apostólica; mas los oficios de Vargas consiguieron bien pronto apañar su exclusión (4).

(1) Vargas al Rey, á 21 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 321.

(2) Vargas al Rey, á 21 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 322.

(3) Relación de Luigi Mocenigo al Senado, en 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 32: «.....in questo proposito mi disse una sera il Reverendissimo Cardinal Farnese, quando al Conclave gli parlai per la cosa del Reverendissimo Cardinal Pisani.....»—Relación de Melchiorre Michiel, Embajador extraordinario, á Pío IV, de 8 de Junio de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, página 8.

(4) Vargas al Rey, á 20 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 317: «.....y tambien fue aproposito para estorbar la platica que ya corria muy viva de Pisano, sujeto de frauceses y propuesto por ellos, que a no estorbarle disimuladamente como lo hice, se corria grande peligro.»—Relación de Luigi Mocenigo al Senado, en 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 44: «..... e questi uffici (los de Vargas) faceva con tanta rabbia e con tanta passione, che in vero era cosa odiosa e quasi insoportabile, come fu quello contra il Cardinal Pisani, che di certo gli ha tolto il papato, però chè ormai molti Cardinali gli andavano a dimandar grazie, come a Papa già fatto; e il presente Pontefice mandò a pregarlo che fosse contento non li levar la segnatura di grazia, e che li facesse pagar scudi ciuquemila che dovea avere dalla Camera Apostolica; ma questo gentil ambasciatore disturbò ogni cosa, e non fu altra causa alcuna di questo disturbo, sebben ne sono state disseminate dell'altre senza alcun fondamento.»

Como se ve, la situación era cada vez más tirante. Todos comprendían que precisaba acabar con tamañas incertidumbres, y que la única solución posible era buscar un candidato que si no mereciese á todos los intereses confianza absoluta, porque esto parecía punto menos que imposible, tampoco despertara en nadie desconfianzas y recelos. De lo contrario, el Cónclave no terminaría nunca. Hacía muy cerca de cuatro meses que había comenzado; los principales candidatos de España y Francia estaban irrevocablemente excluidos, y los electores todos, según gráfica expresión del Embajador español, «estaban de manera, que parecía que concurrirían ya en un leño que se les propusiese, con tal que no fuera de lo que hería á los principales» (1). Los votos se repartían entre diversos candidatos, ninguno de los cuales conseguía reunir número suficiente para ser Papa. Entonces se comenzó á pensar en el Cardenal Juan Angel de Médicis, á quien si nadie favorecía con grande empeño, nadie tampoco rechazaba de una manera franca y decidida. Las circunstancias del momento, la imposibilidad de concertarse, la fuerza de las cosas más que la voluntad de los electores, daban á su candidatura probabilidades de éxito. De otro lado, las recomendaciones de las dos grandes Cortes católicas y el propio interés de los Cardenales parecían también asegurarle el triunfo. Sobre haber sido designado ya por el Rey Católico en sus instrucciones al representante de España en Roma, para que, en último término, fuese favorecido por la facción española, á principios de Diciembre, y para el caso de que no se hallara medio de hacer elegir Pontífice á ninguno de los purpurados señalados de antemano por la Corona de Francia, Francisco II había enviado á Guisa las recomendaciones más urgentes en favor de tres Cardenales, entre los cuales se hallaba también Médicis (2). Una nueva circunstancia ha-

(1) Vargas al Rey, á 21 de Diciembre, en Döllinger, I, pág. 317.

(2) El Rey al Cardenal de Guisa, de Blois, á 6 de Diciembre, en Ribier, II, pág. 839. Mas, como de ordinario, añadía Francisco al Cardenal: «.....luy faisant entendre mon vouloir et intention et la grande obligation qu'il deura auoir enuers moy de son assumption au Papat, a ce que nous nous en puissions aider et preualoir pour l'aduenir.»

cía simpática esta candidatura á sus ambiciosos colegas: Juan Angel contaba sesenta y dos años, era de naturaleza achacosa y enfermiza, y durante el Cónclave había estado casi siempre en cama (1). Su pontificado, pues, no podía ser muy duradero, y los impacientes no tendrían que aguardar mucho tiempo á que una nueva vacante les proporcionara ocasión de llegar á ocupar la Sede Apostólica. Su carácter era además tan dócil y afable y su cordialidad con los demás purpurados tal, que no había en el Sacro Colegio quien, siendo Médicis Papa, no creyera poder disponer á su antojo de la autoridad pontificia (2). Como criatura de Paulo III, contaba con el apoyo del Cardenal Farnese, y Carlos Carafa, cuya oposición habría podido anular los esfuerzos de las facciones, convencido de la inutilidad de sus intrigas, encontraba el modo de granjearse el favor y voluntad del Rey Católico sin enajenarse los de la Corte de París, asegurando por una pronta adhesión el éxito de aquella candidatura (3).

Era el 25 de Diciembre. Convenidos ya en elegir á Médicis, los Cardenales de Guisa y Carafa habían resuelto que la elección se verificara al día siguiente por la tarde; mas como los partidarios de Mantua emprendiesen nuevos trabajos para dar el triunfo á su patrocinado é intentaran sobornar al joven Cardenal de Nápoles, sobrino de Carafa, este último, temiendo tales intrigas y nuevas y más recias decepciones, acordó que aquella misma noche, y aunque era ya hora muy avanzada, se verificara la elección. Así resuel-

(1) Relación de Luigi Mocenigo al Senado Véneto, en 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 61: «.....mostravasi assai mal disposto di gotta e catarro essendo Cardinale, ed entrò in Conclave mezzo ammalato, e sempre quasi vi stette in letto, ma di poi fatto Pontefice par si sia assai ben riavuto.»

(2) Relación de Girolamo Soranzo al Senado Véneto, en 1563, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 72: «.....con li Cardinali procedeva con tante umanità, presentando molti secondo le occasioni assai largamente, e facendosi confidente quando uno e quando un altro, che non vi era alcuno del Sacro Collegio che non pensasse, quand'ei fosse riuscito Papa, poter disporre a modo suo del pontificato.»—Sobre la genealogía de Juan Angel de Médicis, véase Reumont, *Geschichte der Stadt Rom*, Berlín, 1870, tomo III, parte 2.^a, pág. 863.

(3) Duruy, *Le Cardinal Carlo Carafa*, págs. 312 y 313.

to, el antiguo *condottiere* hizo salir de su celda á Médicis, y con él se dirigió á la Capilla Paulina. Los electores, estimulados por los conclavistas, se levantaron de sus camas, y antes de que los adversarios tuvieran tiempo de recobrase de la sorpresa y de preparar la exclusión, el Cardenal Juan Angel de Médicis fué por adoración elegido Sumo Pontífice (1). Tras tantos contratiempos, los esfuerzos de la diplomacia española se veían coronados por el éxito más completo. Un milanés, súbdito y devoto del Rey Católico, era quien después de tan largo y borrascoso Cónclave se ceñía la tiara con el nombre de Pío IV.

XII

Tal fué el resultado del Cónclave que el Embajador veneciano, á la sazón residente en Roma, calificaba con razón de «el más abierto y licencioso de que se guardaba memoria» (2). Admitido al seno de la augusta Asamblea, gracias á documentos de una autenticidad y, bajo el punto de vista de los hechos, de una veracidad incontestables (3), el lector

(1) Vargas al Rey, á 25 y 29 de Diciembre de 1559, en Döllinger, I, páginas 323 y 324.—Los Cardenales de Ferrara y Guisa, al Cardenal de Lorena y Duque de Guisa, del Cónclave, á 25 de Diciembre de 1559, en Ribier, II, página 840.—Vargas al Rey, á 1.º de Enero de 1560. Archivo de Simancas, Estado, Roma, legajo número 886, folios 1-3.

(2) Relación de Luigi Mocenigo, de 1560, en Albèri, serie II, tomo IV, página 44:..... «onde non è de meravigliarsi se questa ultima vacanza è stata la più lunga d'ogni altra dappoi che si serrano i Cardinali, e se questo Conclave è stato ancora il più aperto e il più licencioso che sia mai stato per ricordo e per scrittura.»

(3) Justo será que el lector reconozca el único mérito que tiene este trabajo: el de estar basado todo él en documentos oficiales de autenticidad indiscutible. Lamento, sin embargo, no haber podido utilizar las indicaciones que acerca de la influencia de Felipe II en los Cónclaves hace el sabio profesor de la Universidad de Praga, Antón Gindely, en su libro *Rudolf II, und seine Zeit*, Prag, 1863. Agotada la edición de esta importante obra, no me ha

ha podido seguir el hilo de las intrigas, descubrir los pensamientos secretos, los móviles cuidadosamente disimulados de los principales actores. Ha visto á los más influyentes Cardenales posponer los intereses de la Iglesia á sus propios intereses, y al Embajador de Felipe II, ejecutor fiel de las voluntades de su Rey, siempre penetrado de la grandeza y poderío de España, emplear sin inmutarse la corrupción y sin palidecer la amenaza: insinuante unas veces, altivo é imperioso otras, no halló medio á que no creyera deber recurrir para satisfacer los deseos de su Soberano. El lector conoce también las instrucciones emanadas de la Corte española, y cómo procuró Vargas ceñirse á ellas y consultar, en caso de duda, el parecer y consejo de los purpurados de su nación. Seguramente, pues, no ha de saber sin cierta sorpresa que el Rey Católico, lejos de aprobar ó excusar al menos, las demasías de su Ministro, apresuróse á condenarlas con severa energía.

Las últimas noticias de Roma recibidas por Felipe, pintaban con los más vivos colores la confusión y desconcierto del Cónclave. El Embajador denunciaba al Rey las pasiones y enemistades de los Cardenales, lo poco que habían aprovechado sus exhortaciones y diligencias, los medios y recursos de que al fin echara mano para afirmar en el servicio de España á los tibios y los rehacios. Los parientes y valedores del Cardenal de Mantua menudeaban sobre el

sido posible adquirir de ella hasta ahora, ni nuevo ni usado, un ejemplar. Respecto al origen de la intervención de las grandes Potencias católicas en las elecciones pontificias, y principalmente del llamado derecho de exclusiva, debe verse á Lorenz, *Papstwahl und Kaiserthum*. Wien 1876, y sobre todo á Wahrmond, *Das Ausschliessungsrecht (jus exclusivæ) der katholischen Staaten Oesterreich, Frankreich und Spanien bei den Papstwahlen*. Wien, 1888, en cuyo apéndice (pág. 255-329) figuran importantes documentos inéditos, que alcanzan desde 1534 á 1830. Sobre la influencia del patriciado romano, primero, y de los Reyes Carlovingios, después, véase á Heimbucher, *Die Papstwahlen unter den Karolingern*, Ausburg, 1889. Acerca de este mismo Cónclave, y utilizando sólo los documentos ya de antiguo publicados, acaba de ver la luz en Alemania un folleto (IV-32 pág.) de Th. Müller, *Das Konklave Pius' IV. 1559*, Leipzig, 1889.

Monarca sus quejas contra el hábil é intrigante Ministro. De varias partes de Italia se alzaban ya, y habíanse dejado oír en la Corte española, enérgicas protestas contra la tiranía que en el Cónclave venía ejerciendo la diplomacia extranjera, singularmente los agentes del Rey Católico; y temeroso Felipe de que le culpasen á él de los obstáculos y dificultades con que tropezaba la elección, y á los electores amigos de España de dilatar el desenlace en interés de la Corona, resolvió enviar á la Corte pontificia, por su Embajador extraordinario, á D. Francisco de Mendoza, Gentilhombre de casa y boca, á quien demás de encargar muy particularmente recomendase á los electores la mayor prudencia y desinterés en el nombramiento de Pontífice, encomendó la misión de representar al Cardenal de Mantua el afecto que S. M. le había siempre profesado y de darle cuantas explicaciones estimara necesarias respecto de la contradicción que Vargas le había hecho (1). Mas no contento con esto, ó no bastando quizá tal medida á borrar los escrúpulos de su conciencia, y creyendo estar aún á tiempo de poner eficaz remedio á tanta dilación y demora y de evitar, sobre todo, que se le hiciera á él, que se consideraba como primer sostén de la Iglesia católica y supremo protector de la Santa Sede en la tierra, responsable de tan escandalosos abusos y manifiestas simonías, escribió á Vargas una carta en que, sobre censurar severamente sus intrigas, mandábale ayudar con toda eficacia á Mendoza en el desempeño de su encargo.

En este despacho, fechado en Toledo á 8 de Enero de 1560, comenzaba por lamentarse el Monarca de que ni sus cartas á los Cardenales, ni las diligencias de su Ministro hubieran aprovechado al bien del negocio ni al pronto y loable resultado de la elección; «y aunque os deueis auer mouido con buena intención—decía á Vargas—no quisiéramos en ninguna manera que se huieran vsado por uestra parte, ni menos por el visorey de Nápoles algunos medios, como es offerçer

(1) Instrucción dada á D. Francisco de Mendoza á 8 de Enero de 1560. Archivo de Simancas, Estado, Roma, leg. 887, fol. 62.

y embiar dineros al Cardenal Carafa, y la recompensa de Paliano en tal ocasión y coyuntura, por no ser tan honestos y convenientes en cosa desta calidad, como lo fueran en otras de acá del siglo; y assí queremos que no vseis mas de semejantes formas de negociar, sino de aquellas que lícitamente y sin poderse cobrar dello mal nombre se pueden vsar..... Visto, pues, el estado en que se hallan las cosas del Cónclave—escribía más adelante el Rey—y quan poco ha aprouechado ninguna diligencia de las que se han hecho ni persuasiones que por vuestra parte se han vsado y los malos modos que entre los Cardenales se han tenido, partiéndose en dos partes los mismos que se han dado por nuestros aficionadas y dado á entender al mundo que nos consultauan lo que deuián hacer y esperauan la buelta de nuestros correos como si dependieran de nuestra sola voluntad; y que la cosa yva encaminada de tan mala manera, que no se podia esperar ningun buen successo; y que de la dilacion y causas della se nos podria echar alguna culpa, diciendo que los Cardenales nuestros aficionadas, por nuestros particulares dilatan la election; y considerando quan ageno es esto de la verdad y de nuestra intencion, nos ha parescido, por cumplir con lo que deuemos á Dios y á nuestra conciencia y al bien de la Iglesia y vniversal de la Christiandad, hazer una diligencia que es la última que podemos, con embiar persona propia que hable á los del Sacro Collegio y les de una carta nuestra y les presente una requisición que de acá lleva ordenada; y assi auemos escogido para ello á Don Francisco de Mendoza, nuestro gentil hombre de la boca, de quien tenemos mucha confianza y que no va mas de á este negocio..... Yo os encargo, pues, mucho, que entendida su comision y considerado el estado en que allá estuieren las cosas, vos le guéis y encamineis en todo lo que para el buen effeto della conuiniere y huuiere de hazer, de manera que pueda ayudar y servir á lo que se pretende, que en ello me hareis mucho plazer y seruiçio..... Y porque por todos se entienda claramente que nuestra intencion en este negocio del Pontificado, nunca ha sido otra que la de que se haya un buen Papa que gouierne bien la Iglesia y tenga en paz y

sosiego la Christiandad, ser a bien, y assi os lo encargamos y mandamos, que luego hableis a los Cardenales afiçionados y seruidores nuestros y les digais que yo agora de nueuo os embio a mandar expresamente que les rogueis, exorteis y requirais de nuestra parte que sin más dilacion atiendan á elegir un buen Pontífice, qual la Iglesia de Dios lo ha menester y se requiere para tan gran dignidad, sin eçeptar ni nombrar ningun subjecto, y que haziéndolo desta manera, los fauoreçeremos, honraremos y aprouecharemos como á personas que hazen lo que deuen en el seruiçio de Dios y nuestro; pero que haziendo lo contrario, tambien nos seguiremos otro camino del que siempre auemos desseado llevar con ellos; y que assi os he mandado, segun que por esta os lo mando, que ni nombreis ni excluyais á ninguno de los que fueren aptos para ser promouidos a esta santa dignidad, dán-doles bien a entender que desde aque'la hora en adelante, vos no avreis de tener ni tractar con ninguno dellos otro género de negociacion, sino solamente hazerles instancia y darles priesa de nuestra parte a que acaben de hazer la election de un subjecto qual conviene, porque esto es lo que siempre auemos pretendido y desseado y en que vos aueis de insistir por todas las vias y modos que juzgaredes ser apropósito, como cosa de que yo recibiré particular seruiçio y contentamiento. Y de aquí adelante no hablareis a ninguno de los Cardenales en lugares escondidos, sino en las partes por donde se negoçia comunmente en el Cónclave, porque no se pueda sospechar que teneis con ellos otro género de negociacion secreta, y se conozca por todos que no queremos otra cosa que el bien público y que la election se haga con la libertad que se requiere y sin tener respecto a ningun género de interesse temporal (1).

Tales eran los principales cargos que el Monarca dirigía á su Ministro, y tales también las nuevas instrucciones que,

(1) Minuta de carta de S. M. á su embajador en Roma, D. Francisco de Vargas, fecha en Toledo á VIII de Enero de 1560. Archivo de Simancas, Estado, Roma, leg. 887, fol. 60 y 61. Debo copia de este interesante documento á mi ilustrado amigo y compañero D. Benjamín Fernández Avilés.

pesaroso de sus primeras abusivas exigencias, había dado á Mendoza y trasmítia ahora á D. Francisco de Vargas. Las censuras fulminadas contra el Embajador resultan en labios de Felipe II injustificadas y absurdas, cuando se consideran bien la manera con que el Rey Católico pretendía ejercer la exclusiva y la inclusiva en los Cónclaves, y las particulares condiciones que exigía en los Cardenales á quienes prestaba su apoyo. Por lo que toca á las nuevas instrucciones, el lector habrá calculado ya que no pudieron cumplirse. Cuando Mendoza llegó á Roma, hacía más de un mes que el Cónclave había terminado. Hay que advertir, sin embargo, que no juzgando bueno Vargas dejar de dar al Rey los oportunos descargos, envióle un despacho fechado en Roma á 31 de Enero, donde, después de representar los graves inconvenientes que á los intereses españoles se habrían seguido de haber llegado á tiempo y cumplimentándose sus mandatos, procuraba excusar su conducta y proceder. El préstamo de cuatro mil escudos que á instancias suyas había hecho al Cardenal Carafa el Virrey de Nápoles, hallaba disculpa, á juicio del Ministro, en la amistad estrecha que de antiguo unía á ambos personajes y en la necesidad extrema en que se hallaban el sobrino de Paulo IV y sus parciales. Respecto á sus propias negociaciones, remitíase al parecer de los Cardenales amigos de España, los cuales entendían no haber en aquellos tratos temor de cosa ilícita, sino antes bien caridad y deseo de redimir la vejación que á la Iglesia católica se habría hecho, votando ó favoreciendo á hombres perjudiciales á su santa misión y á sus sagrados intereses. Y por si esto no fuera bastante á disipar los escrúpulos del Monarca, amparábase Vargas de la autoridad del Cardenal Cayetano, quien, al tratar de la simonía en esta materia de Pontificado, juzga ser «excelente caridad dar dineros á los electores porque no hagan Pontífice á algún hombre pernicioso, como se darían loablemente á los que quisieren despojar un templo ó hacer otras cosas semejantes» (1). Para los teólogos y ju-

(1) El Cardenal Tomás de Vio Cayetano, del tiempo de León X y Adriano VI, en su libro *Opuscula Omnia*, el cual formula del siguiente modo la

ristas españoles como para los expertos diplomáticos de la Corte de España en aquel tiempo, persuadidos en definitiva todos ellos de que nuestros intereses en Italia estaban á la sazón indisolublemente unidos á la suerte del Pontificado, sobre ser la decantada piedad de Felipe II una pública y notoria garantía de que su influencia en los Cónclaves no iba á otra encaminada que al bien de la Iglesia romana, eran á todas luces perniciosos cuantos candidatos no cuadraban á los planes de su Rey. En lo del hablar de noche por lugares escondidos, excusábase el Embajador con el proceder de los mismos Cardenales, los cuales no mostraron escrúpulo alguno en concurrir á sus secretas entrevistas (1). Las Constituciones pontificias que prohibían bajo las más severas penas cuanto pudiera coartar la libre emisión de los votos de los electores, eran, como se ve, para Vargas letra muerta, cuando su observancia podía poner en peligro el triunfo de los candidatos de España. Y tanto porque Felipe no entendiese que, fuera cualesquiera la opinión que de la conducta de su representante en Roma se hubiere formado, dejaba de caberle á él gran responsabilidad por ella, como por parar el golpe que pudiera amenazarle, el Embajador tuvo buen cuidado en decirle que pues él, Vargas, era su criado y ministro y por su servicio había tomado y llevaba esta cruz, mirase por su honra, puesto que á la de S. M. importaba y era más causa del Rey que suya (2).

cuestión 3.^a de su opúsculo *de Symonia*: «Nun vacan'e sede, et quarentibus omnibus pontificatum per fas et nefas propter ambitionem et avaritiam et ecclesie ruinam, liceat viro probo et digno quærere pontificatum, adhibendo promissiones, et exhibendo temporalia et beneficia, et pro suffragiis propter hunc finem, ut in sede positus ecclesie prosit et illam reformes.»

(1) Vargas al Rey, á 31 de Enero de 1560. Archivo de Simancas, Estado, Roma, leg. 886, fol. 7. «Quanto á lo del hablar de noche por lugares escondidos, no se pudo excusar; y donde venían Cardenales podía yo ir á verme con ellos; y Cardenal hubo que salió de Cónclave para hablarme, y porque todos hablaban lo hacía yo; y si lo dejara, yo fío que el negocio estuviera en otros términos; y por más escrupuloso que soy, sé que lo podía muy bien hacer con el fin con que iba y evitar el mal que he dicho; que aquello es defensión, la qual no hay canon ni estatuto que la prohiba ni pueda impedir.»

(2) «Tras lo qual no resta sino que V. M., pues soy su criado y ministro

La confianza que Felipe II continuó dispensando al hábil diplomático, el descomedimiento de que Vargas prosiguió dando muestras en la Corte romana, sus frecuentes demasías de lenguaje con el nuevo Pontífice á las cuales jamás intentó poner coto el Monarca, son, á mi juicio, manifiestas pruebas de que estas explicaciones del Embajador consiguieron disipar por completo los vagos escrúpulos del Soberano, mitigados ya antes sin duda por la noticia del triunfo.

Al día siguiente de la elección, Vargas se presentó en el Vaticano para felicitar al nuevo Papa en nombre de su Rey, y con tal motivo cumplir las prescripciones de Felipe dando á entender á Pío IV que al Monarca español debía su exaltación al Solio pontificio (1). Mas como al manifestarle que el Rey Católico había mandado entregar á los Colonna la fortaleza de Paliano, confiscada por la Santa Sede, el Pontífice mostrara escrúpulos de consentir en ello, Pío tuvo ocasión de oír frases bastante duras de labios del Ministro. Lleno de enojo, Vargas no halló reparo en advertirle que «mirase que en lo que S. M. había metido la mano no era menester to-

y por su servicio he tomado y llevo esta cruz, mire por mi honra, entendiendo que quanto mal me pudieren hazer en ella o en mi persona, lo procuraran y desto no se tenga dubda, y a la de V. M. importa y su causa es mas que mía.»

(1) El mismo encargo hacía por su parte el Rey de Francia al Cardenal de Guisa, á quien después de expresar su satisfacción por haber sido elegido Juan Ángel de Médicis, decía Francisco II: «Je m'asseure bien que vous n'aurez manqué de luy mettre devant les yeux les considerations qu'il doit avoir et retenir en memoire de l'obligation perpetuelle qu'il a envers moy de son assompcion au Pontificat, outre l'Alliance qu'il scait avoir esté tousiours reconneue par la Reine ma tres chere Dame et Mere..... et la dessus vous n'oublierez rien ausi de ce qu'il luy faudra toucher et dire pour le disposer particuliere-ment à me conserver son amitié..... ie veux bien tant esperer de sa bonté qu'il n'usera envers moy des refus et difficultez que son Predeceseur faisoit ordinairement á un chacun assez legerement et sans aucun respect, fust ce bien, ou mal.»—Carta de 16 de Enero de 1560, en Ribier, II, pág. 840. Á esta carta acompañaba Francisco una Memoria pidiendo al nuevo Pontífice la confirmación de algunas gracias otorgadas por Paulo IV, y la concesion de otras para sus Reinos. Sobre las gracias y beneficios concedidos por Pío IV al Duque de Florencia, como muestra de gratitud por la ayuda que en el Cónclave le había prestado Cosme, véase la Relación de Luigi Mocenigo al Senado véneto, en 1560.—Albèri, serie II, tomo IV, pág. 55.

car.» No habría hablado el Embajador con más firmeza á un simple capellán, vasallo del Rey de España. Por su parte, Pío IV, que por las muestras no parecía tener para el Papado las grandes ambiciones de su antecesor, aceptando sin reserva el papel de súbdito y hechura de Felipe II, apresuró á replicar que «todo su estudio había de ser el servicio de Dios y amar y contentar á S. M. y serville y emplear si fuere menester la vida en ello;» y cuanto á lo de Paliano, que «el Embajador trabajara por que las partes se concertasen, que por sí no pretendía ni quería cosa ninguna sino contentar en todo al Monarca» (1).

No podía desear Felipe II Papa mejor. Sus aspiraciones se habían cumplido, las regalías de la Corona de España estaban salvadas, su predominio político en Europa y singularmente en Italia, asegurado. Mientras viviera Pío IV, todo al menos parecía entonces presagiarlo así, el ejercicio del poder y las prerrogativas del sucesor del Príncipe de los Apóstoles iban á depender de su sola iniciativa. La voluntad y la utilidad del Pontífice, la necesidad de la Santa Sede, asegurábanle, á no dudarlo, omnímoda influencia. La voluntad, porque habiendo nacido el Papa su vasallo y habiendo los suyos, en particular su hermano el difunto Marqués de Marignano, servido siempre al Emperador y recibido bienes y honores de la Majestad Imperial, era de creer que favoreciera en todos los trances al Rey Católico; la utilidad, porque siendo harto poco próspera la fortuna de los parientes y allegados del nuevo Pontífice y deseando éste, como era natural, dejarlos ricos y poderosos después de su muerte, había de pensar que ningún camino más fácil y expedito para

(1) Vargas al Rey, á 29 de Diciembre 1559, en Döllinger, *Beiträge*, I, páginas 55, 325 y 326.—En carta posterior, de 9 de Enero de 1560, cumpliendo asimismo con las instrucciones de Felipe, el cual en 8 de Octubre le había ordenado «le avisara muy particularmente de la diligencia que con el nuevo Pontífice convenia hazer y de las personas que estuvieran cerca del y le fueran mas gratas y tubieren mano en los negocios,» enviábale Vargas una relación circunstanciada de cuanto podía convenir á los intereses de España en la Curia.

conseguir su objeto que el de ganar para ellos el favor de su propio Rey; la necesidad, porque hallando á Alemania, Inglaterra, Polonia, Suiza, gran parte de Flandes y aun la misma Francia, concitadas contra la autoridad pontificia, no podía recurrir al Papa en tan gran peligro á más seguro apoyo que el de un Príncipe dueño de tan numerosos Estados y tan celoso defensor de la religión católica como el Rey de España (1). Por su parte Felipe II, convencido mucho más allá de lo justo de que la Providencia le llamaba á proteger la Iglesia Católica por doquiera amenazada, supliendo con su inmenso poderío la debilidad de los Pontífices, creía deber compartir con ellos también la misión del Supremo Apostolado. Cierto que, movido de su acendrado celo religioso, el Monarca español mostróse siempre propicio á poner en juego cuantos medios halló á mano para defender la fe y proteger á la Santa Sede contra los esfuerzos de la herejía; pero cierto es también que, cediendo las más de las veces, fuerza es confesarlo, á la extremosidad de las doctrinas sin cesar pregonadas por los teólogos y juristas del Renacimiento, su protección no siempre estuvo libre de miras temporales, y que rara vez dejó de reclamar el premio de su ayuda ó de pedir la parte que creía corresponderle como príncipe responsable ante Dios, no sólo del bienestar material, sino también de la salud de las almas. Esta santa misión que Felipe II se creía providencialmente llamado á cumplir, unida á determinadas consideraciones políticas, llevóle á trocar las elecciones de los Papas en verdaderos pugilates de intrigas é influencias. No hay que hacer, sin embargo, único responsable al severo Monarca de errores tan difundidos en aquel tiempo, ni de abusos que eran, en suma, achaque general entre los soberanos de la época; como tampoco habría que censurarle si su intervención en los Cónclaves hubiérase mantenido siempre dentro de límites razonables y justos y exenta por tanto de apasionamientos y cálculos que nada tenían que ver con el bien de la religión ó la defensa de la

(1) Véase la Relación de Girolano Soranzo al Senado véneto, á 14 de Junio de 1563, en Albèri, serie II, tomo IV, pág. 108.

fe. Es, á mi juicio, claro que cualquier miembro de la Iglesia, cuanto más el Rey Católico, podía lícitamente entonces y puede de igual modo hoy tratar de ejercer influjo en las elecciones pontificias; pero sólo cuando á ello le muevan fines desinteresados y puros y sin recurrir nunca á medios por las leyes eclesiásticas reprobados. Estas y otras exageraciones del carácter y proceder de Felipe II, que no eran sólo suyas, repito, sino de la época y de la sociedad en que vivía, pintábalas con los siguientes profundos rasgos un Embajador de Venecia, Agostino Nani, acreditado en Madrid en los últimos años de aquel Monarca. Era el Rey religioso, justo, parco y pacífico; pero la primera cualidad tornábase en razón de Estado, la segunda en severidad cruel, la tercera en avaricia, la cuarta en querer ser árbitro de la Cristiandad (1).

(1) Relación de 1598, en Albèri, serie I, tomo V, pág. 488: «Il già re era religioso, giusto, parco e pacifico. Ma la prima qualità si convertiva in ragion di stato, la seconda in severità crudele, la terza in avarizia, la quarta in voler esser arbitro della cristianità.» Otro Embajador veneciano, Paolo Tiepolo, decía en 1563 á la Señoría: «Procura (Felipe II) in tutti i modi parer di muoversi sempre nelle sue operazioni, veramente come re catolico, per coscienza e per zelo di religione; la qual però mai non si separa dall'utile e beneficio suo proprio.» En Albèri, serie I, tomo V, pág. 62.





REVUE
HISTORIQUE

DE LA SOCIÉTÉ DE CONGRÈS DE 1859

MISSOURI
Y. M. J. CONCHAVE, B. B. 1870
ESTADOS UNIDOS

G-F 3779